

Selección RNR

MARIA FERRER PAYERAS

Quédate en
mi vida



Romance Actual

Quédate en mi vida

Maria Ferrer Payeras



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A mi abuelo, Jaume Payeras,
que pensaba que la gente instruida
era más difícil de manipular.*

CAPÍTULO 1

Lucía bajó del avión y se dispuso a cruzar el inmenso aeropuerto de Palma para recoger sus maletas.

«¿Con quién habrá venido papá a buscarme? ¡Seguro que con mamá no!», pensó mientras avanzaba por los concurridos pasillos de la terminal. «Mi madre odia las aglomeraciones si no son en el Real Club Náutico o en algún otro sitio por el estilo».

Si no fuera por la intervención de sus abuelos, ella, como el resto del mundo, no podría explicarse el matrimonio de sus padres. Ambos pertenecían a dos casas de Mallorca con apellidos nobles y fortunas de sobra envidiadas. Era consciente de que eso le había proporcionado la vida regalada que llevaba, incluido el último año pasado en Boston, donde había hecho su segundo máster. Todavía se ponía nerviosa al recordar lo muchísimo que le había costado convencer a su madre –la mujer no había visto con buenos ojos que ella saliera de su área de influencia–. «Mamá no me hubiese dejado irme si antes no hubiera fijado la fecha de la boda con Alberto, aunque el día lo escogió ella, ¿¡cómo no!?», se recordó a sí misma.

Las cintas transportadoras empezaron a dar vueltas y Lucía centró de nuevo su atención fuera de sus pensamientos. Tenía que recoger las dos maletas inmensas que le había costado tanto manejar por el aeropuerto de Boston. Esperaba que su padre viniese con el chófer; si no, ya se veía haciendo esfuerzos sobrehumanos para subir esos dos muertos al coche.

Nada más salir por las puertas correderas de la terminal de llegadas, vio que

su siempre elegante padre, vestido con un traje sport, la esperaba; en cuanto la reconoció entre la gente, una gran sonrisa iluminó su rostro. Lucía dejó las maletas y corrió a abrazarlo.

—¡Uy! Vaya espectáculo en público, a tu madre no le gustaría nada nuestro comportamiento —dijo riendo.

—Ella no está aquí, ¿no? Pues eso le quita el derecho a amargarnos el reencuentro.

Su padre prorrumpió en carcajadas y la besó efusivamente.

—¿Has venido solo?

—No, ¡por Dios! Te conozco y supuse que vendrías cargada de maletas. No me apetecía hacer pesas tan temprano —dijo levantando las cejas—. Efraín nos espera con el coche.

—¿Efraín? —preguntó ella dirigiéndose a por las maletas olvidadas.

—¿No lo conoces? Sí, creo que tienes que conocerlo. Es una de las adquisiciones de la Tata, ya lleva al menos dos años en el servicio.

—¿Es aquel que vino con la mujer y cinco hijos?

—Sí, creo que es ese. Pude arreglarle los papeles a él, pero tu madre se negó a que contratáramos a la mujer. Según ella, tenía suficiente trabajo en su casa con los niños. Ya sabes lo tradicional que es para esas cosas.

«Si solo fuera tradicional para eso», pensó Lucía, aunque no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Y la Tata no montó en cólera?

—Puedes imaginártelo, pero a tu madre no le dijo nada. Bueno, ni a mí, es demasiado buena para eso; de todas formas, estuvo de morros al menos durante un mes. ¡No puedo creer que no te acuerdes de Efraín!

—Sí, sí que me acuerdo, lo que no recordaba era su nombre —dijo poniendo el asa de una de las dos maletas en manos de su padre.

—Tu madre nos espera para comer —dijo él cambiando de tema.

—Y vosotros ¿cuándo salís de viaje? —preguntó con un poco más de entusiasmo del que pretendía. Pensar que acababa de llegar a casa y que sus

padres no estarían durante tres semanas la tenía loca de contento.

—Será mejor que disimules esa alegría delante de tu madre, o al final no querrá irse —remarcó él mirándola de soslayo—. No me apetece nada cancelar el viaje a las Seychelles.

Lucía se puso a reír y le dio un ligero codazo en las costillas.

—¿Acaso no la ves capaz? —la interrogó su padre con el semblante serio—. Porque a mí no me extrañaría nada que no quisiera irse.

El chófer los esperaba con el coche en un lugar donde, evidentemente, no se podía parar, aunque Lucía sospechaba que no había sido idea suya. Lo más probable era que su padre le hubiera «sugerido» hacerlo de esa manera.

La impunidad que le otorgaba a don Jorge su apellido también era una de las cosas que podía usar si un día la necesitaba.

No tardaron demasiado en llegar al chalet que sus padres tenían en Son Vida, una de las zonas de alto *standing* de Palma. Se trataba de una casa moderna: tenía tres plantas, diez habitaciones (además de las que ocupaba el servicio) y un jardín de más de siete mil metros, sin contar el espacio ocupado por la casa de invitados, que estaba al lado de la piscina.

Doña Obdulia, que los esperaba en una de las terrazas traseras tomando un vermut, se levantó al ver a Lucía.

—¿Qué tal el viaje, querida?

—Muy bien, mamá, no es lo mismo un vuelo interno que venir desde los Estados Unidos —le dijo al tiempo que acercaba la mejilla a la de su madre y besaba el aire—. Hace dos días, cuando desembarqué del avión en Madrid, sí que estaba hecha polvo, pero en casa de Alberto me he repuesto muy bien.

—Sí; por cierto, he hablado esta mañana con su madre. Tú ya habías salido de su casa; me ha dicho que habíais pasado dos días maravillosos. Qué pena que tu padre y yo no hayamos podido estar ahí con vosotros, pero ya sabes lo ocupado que está siempre.

—Me han tenido todo el día para arriba y para abajo. He conocido a un montón de gente, aunque yo creía que ya conocía a todos los amigos de

Alberto. Sin embargo, él no ha dispuesto de demasiado tiempo libre para pasarlo conmigo.

Pensó en Alberto y en su compromiso. Sus familias eran muy amigas; veraneaban en la misma urbanización privada del Puerto de Andratx. Ella y Alberto tenían la misma edad y habían aprendido juntos muchas cosas, desde la disciplina de la vela mini hasta el perfecto manejo de un catamarán de alto rendimiento; pasando, claro estaba, por las clases de equitación, las de pádel y el esquí en Zermatt, LechZurs y Chamonix.

Siempre había intuido que sus padres y sus futuros suegros se habían encargado de que su relación prosperara como era debido hasta conseguir que se prometieran. Ellos se habían dejado llevar, se querían de verdad, aunque a Lucía a veces le parecía que su amor por Alberto era más fraternal que otra cosa.

Mientras iba pensando en todo eso, los tres pasaron al enorme comedor, donde la mesa ya estaba puesta. En el mismo instante que entraron apareció Margarita, la gobernanta de la casa, desde la cocina; traía un gran ramo de flores primorosamente colocado en un jarrón de cristal. En cuanto la vio, Lucía fue corriendo a darle un abrazo y todos los besos que no le había dado en el último año.

—¡Quita, quita! No seas besucona, vas a hacer que se me caigan las flores —exclamó riéndose, con la alegría reflejada en el rostro.

Doña Obdulia miraba la escena con disgusto, como siempre que Lucía demostraba ese afecto desmedido hacia Margarita. Con el servicio uno debía ser amable, no demostrar cariño. «¿Cuántas veces le habré dicho lo mismo? Mira que es una norma sencilla y clara», se dijo la mujer.

—Te he echado mucho de menos, Tata —le dijo separándose de ella, pero sin soltarla del todo.

Margarita dejó el jarrón con las flores y Lucía aprovechó para abrazarla de nuevo con fuerza, hasta que se oyó un carraspeo desde la mesa que la hizo separarse con pereza de la mujer. Aun así, antes de soltarla del todo, le

susurró al oído:

—En cuanto se marchen, nos ponemos al día de todo, Tata.

A Margarita se le llenaron los ojos de lágrimas mientras veía a su *niña* regresar a la mesa. Le pareció que había crecido. «¿Será eso posible?», se preguntó. «Seguramente no, porque el mes pasado cumplió ya los veinticinco», se dijo para sí misma.

Lucía era alta, medía casi un metro ochenta. Su melena ondulada era muy rubia, tanto que cuando no llevaba maquillaje apenas se apreciaban sus cejas. La piel era casi translúcida. Por mucho que tomara el sol hasta septiembre, lo máximo que conseguía era ponerse roja como un tomate, a lo sumo adquiriría un tenue tono dorado.

Aunque no era fea, tampoco podía considerársela una beldad, pero su cara solía lucir una sonrisa perenne que la hacía destacar. Sus movimientos lánguidos permitían imaginarla como a una dama de la época victoriana, con vestidos largos hasta los pies.

Hubiera podido conquistar a cualquier hombre sobre la faz de la Tierra, pensó Margarita mientras la seguía con la vista, porque a pesar del empeño de su madre en lo contrario, era amable y cariñosa con todo el mundo, cuando se lo proponía. El problema radicaba en que a doña Obdulia no le gustaba que se relacionase con gente «poco adecuada», como le gustaba repetir hasta la saciedad.

Margarita no sentía ninguna estima por Alberto, el prometido de la *niña*, como parecía pasarle al resto del servicio de la casa, incluidas las criadas más jóvenes, que estallaban en risitas siempre que hablaban de él. Le parecía altanero, presumido en exceso y muy presuntuoso. No le gustaba nada que Lucía, que era inteligente y siempre había tenido las mejores notas de su clase, tuviera que languidecer a la sombra de ese mequetrefe engréido.

—Tata... Esto, Margarita —se corrigió don Jorge—, tendría que hablar contigo del nuevo jardinero. Los papeles de residencia ya están arreglados. Ahora le podremos hacer un contrato más largo, no me gustaría que nos

dejase. Estoy sumamente satisfecho con su trabajo.

—No se preocupe, don Jorge, ya me encargaré yo del papeleo. Llamaré a su despacho y hablaré con Arnau para que lo arregle todo. No se nos escapará. Está muy agradecido de la oportunidad que usted le ha dado.

—No sé de dónde recoges a todos esos muertos de hambre, Margarita —dijo doña Obdulia con acritud.

—Es mi manera de ayudar al prójimo, señora. Por suerte, tengo buena vista para saber dónde trabajará mejor cada persona.

—Sí, sí, como tú digas, pero cualquier día nos vamos a encontrar con que un acogido de esos tuyos nos ha desvalijado la casa —dijo la otra con saña.

—No se preocupe, doña Obdulia —contestó Margarita con la mayor dignidad de la que fue capaz—. De que eso no ocurra, me ocupo yo todos los días. Con su permiso.

Y sin esperar a que se lo dieran, salió de la sala.

—¡Mamá! —le recriminó Lucía—, sabes que esa ha sido siempre la manera de Margarita de aportar su granito de arena, ayudar ofreciéndoles un trabajo a los que tienen menos oportunidades.

—¡A nuestra costa, Lucía! Que tu padre es demasiado bueno y se lo consiente; si por una vez me dejara opinar a mí, otro gallo nos cantarí.

Ninguno añadió nada más, esa afirmación dejaba claro que, en un espacio de tiempo no muy largo, el privilegio del que había gozado Margarita desde hacía años de escoger a la gente del servicio llegaría a su fin.

—Bueno —dijo don Jorge, intentando rebajar un poco la tensión—, y ahora que ya has tenido tu aventura americana, como tú decías, este verano ¿vendrás a trabajar conmigo al bufete?

—Papá, este verano será el último que esté soltera, déjame disfrutar de él. No pretenderás que me encierre en el despacho a trabajar...

—La niña tiene razón, Jorge —intervino la madre—. Además, nos quedan algunas cosas que hacer antes de setiembre. Pruebas de vestido, maquillaje, peinado; las invitaciones hace tiempo que se mandaron por correo, pronto

empezarán a llegar las cartas de confirmación.

El padre, como de costumbre, no dijo nada.

—Y, por otra parte, ¿para qué va a aprender nada del bufete si en tres meses va a estar casada?

—Y cuando se case ¿no va a trabajar? —se aventuró a preguntar. Inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho; por la cara que puso su esposa, supo que se había equivocado al luchar esa batalla.

—¿Trabajar? Claro que no. ¡Menuda tontería! En cuanto se case, tendrá que ocuparse de que todo esté en orden en ese chalet precioso que les han comprado los padres de Alberto en la Moraleja. Siempre te he dicho que, aunque tú creas que yo no hago nada en casa, no me puedo despistar ni un segundo si quiero que todo marche como es debido...

Lucía, como de costumbre, dejó de escucharlos. Sus padres siempre se metían en disputas similares a esa cuando no estaban de acuerdo en algo. Ella conocía a su madre y sabía que no era necesario meterse en riñas con ella porque, de una manera u otra, en su casa siempre se hacía lo que doña Obdulia disponía.

Sus pensamientos volaron hacia la Tata. Cuando nació, su madre la dejó al cuidado de Margarita y se desentendió de ella hasta que cumplió los diez años. Antes de eso se había limitado a inscribirla en el mismo colegio exclusivo al que acudían sus primas.

La Tata la había llevado todo el día pegada a las faldas; cada vez que entraban en la cocina, le había dado algún dulce; le había mostrado cómo trasplantar flores; le había enseñado a amar a los animales y a las personas por igual, e incluso le había enseñado a leer con una vieja cartilla antes de que empezara a ir siquiera al colegio. Volcó todo su amor en ella y Lucía le correspondía aun ahora, aunque viviesen en zonas distintas de la casa y tuviesen pocas ocasiones para relacionarse.

Sabía que su padre la quería tanto como ella misma, pero estaba segura de que él nunca lo demostraría delante de su madre. Eso desataría, sin duda, una

guerra sin cuartel.

Margarita había entrado al servicio de sus abuelos con apenas ocho o nueve años para cuidar a don Jorge cuando nació. Procedía de una familia pobre del pueblo donde estaba la finca familiar, Puigpunyent; su madre acababa de morir y había dejado al padre cargado de chiquillos a los que mantener. Aunque, en teoría, prácticas como esa pertenecían al pasado, los abuelos de Lucía seguían anclados en él y no les había importado incorporar al servicio a una mocosa tan joven, que trabajaría a cambio de sustento, como habían hecho antes que ellos sus padres y aún antes sus abuelos.

Y era que aunque Mallorca hubiese avanzado mucho desde los años sesenta debido al turismo, la gente de su clase social seguía aferrada a sus costumbres y a su modo de vida caduco.

CAPÍTULO 2

Margarita salió muy enfadada del comedor; tendría que estar más que acostumbrada a la altanería y la soberbia de la señora, pero tras tantos años a su servicio, a veces, todavía conseguía sacarla de sus casillas.

Se dirigió hacia el inmenso jardín con paso decidido; como mínimo, la aliviaba el saber que tenía una buena noticia que dar.

El enfado se le pasó en cuanto vio a Lucky arrodillado junto a un macizo de flores. «Este chico sí que es una verdadera joya», se dijo mientras se acercaba a él.

Ella se las daba de encontrar el trabajo adecuado para cada persona, pero nunca había acertado tan de lleno como con Lucky.

Recordó el día que se acercó a Ca l'Ardiaca en busca de un jardinero, no iba muy esperanzada. Cuando su vista se topó con él, lo primero que había pensado fue que tenía el aspecto mismo de la desolación. Aun así, le pareció fuerte y dispuesto, no entendía cómo un chico como él había acabado en un centro de acogida para gente sin techo.

No fue a hablar con el encargado, como solía hacer, sino que se dirigió hacia él decidida a ofrecerle un trabajo.

—¡Hola! —lo había saludado—. Me llamo Margarita y podría tener un trabajo para ofrecerte. ¿Querías trabajar para mí?

Lucky la había mirado receloso. Por su aspecto se hubiera podido pensar que no tenía más de veinte años, aunque sus ojos revelaban la experiencia de una persona de cien.

—Depende —había contestado, con un acento muy marcado, pero con una perfecta dicción—. Si es en algo legal, no tengo problema. No vengo aquí a mendigar, por gusto.

Ella se había echado a reír ante la salida seca del muchacho. Le había ofrecido la mano y le había dicho:

—Mi nombre es Margarita Sitjar, soy la encargada de personal de una casa con un gran jardín y necesito un jardinero.

—Nunca he trabajado de jardinero, pero estoy dispuesto a aprender —había contestado él—. Mi nombre es Lucky. —Y le había estrechado la mano que ella le ofrecía.

No se dio cuenta de que el chico medía casi dos metros hasta que se puso en pie. Tuvo que dar un paso atrás para mirarlo a la cara de nuevo.

—¿Sabes conducir?

—Sé.

—¡Pues vamos! ¿Puedo preguntar de dónde eres?

—Puede.

Margarita se había reído de nuevo. Lucky le gustó de inmediato. A pesar de que él no había pronunciado más de media docena de palabras, supo que se trataba de un hombre cabal, como hubiera dicho su padre.

—¿Y me vas a contestar?

—¿Importa de dónde vengo?

—A mí no, en absoluto. Aunque no soy yo quien va a contratarte, solamente voy a proponerte para el puesto. Si te aceptan, seré algo así como una «encargada» para ti.

—Soy nigeriano —había contestado escueto.

Desde ese día había pasado casi un año. Margarita le había enseñado todo lo que necesitaba aprender sobre jardinería, y él había absorbido los conocimientos como una esponja.

Era un hombre callado, que apenas intervenía en las conversaciones de los demás miembros del personal; no obstante, se había ganado el respeto y la

admiración de todos. Resultó ser un trabajador incansable, no dudaba en echar una mano a cualquiera de ellos en cuanto había finalizado sus tareas. Nunca se quejaba, nunca se peleaba con nadie; lo que Margarita ordenaba era ley para él. Y, por supuesto, ella se vanagloriaba para sí misma de haber reconocido en él al diamante que en realidad era.

Nadie sabía cómo o cuándo había llegado a Mallorca, o si tenía familia en su país. No parecía tener amigos ni conocidos.

Aunque a Margarita le había costado sudor y lágrimas, consiguió que Lucky pudiera vivir en las dependencias de los empleados, que por otra parte estaban vacías desde hacía años. La única que seguía viviendo allí era ella.

En esos momentos, agachado junto a las flores, parecía una pantera. El color marrón oscuro de su piel se había vuelto negro, por la exposición continua al sol, en las zonas que no cubrían la camiseta y el pantalón corto. Sus movimientos fluidos eran los que le daban aquel aspecto felino. La concentración absoluta que se veía reflejada en su cara hacía suponer que había aprendido a amar su nuevo trabajo.

Levantó la cabeza y una sonrisa franca apareció en su rostro cuando vio que Margarita se dirigía decidida hacia él.

—¡Ya tienes los papeles en regla! —exclamó la mujer levantando ambos puños y sonriendo ampliamente.

Lucky se levantó con agilidad del suelo, se limpió la tierra de las manos en la parte trasera del pantalón y abrió los brazos. Margarita se refugió en ellos riendo y él le llenó la cabeza de besos.

—¡Madre mía, estoy rodeada de besucones! —dio un gritito, algo parecido a la risa, pero con la voz cargada de lágrimas.

—Margarita —dijo él hablando contra su pelo—, he conocido personas de todos los tipos. Algunas incalificables, algunas muy buenas. Tú, de entre todas, eres la que mejor me ha cuidado y la que más se ha preocupado por mí. Si algún día puedo devolverte aunque sea una milésima parte de tu ayuda, correré para hacerlo. ¡Lo juro!

Ella volvió a reírse y se separó un poco de él para mirarlo a la cara. En su gesto serio y sus ojos brillantes por un atisbo de lágrimas, vio que no estaba de broma.

—¡Venga, venga! —dijo haciendo aspavientos con las manos—. No es momento para ponerse trágicos, es momento de alegrarse. Voy a decirle a Nicolás que nos preparé algo espectacular para cenar. Después podrás ir a celebrarlo, te doy libre mañana por la mañana.

Él se puso serio de nuevo.

—¡Ya sé que no conoces a mucha gente en Palma! Me lo has dicho otras veces —le dijo ella, antes de que el chico pudiera, siquiera, abrir la boca—. En algún momento tendrás que intentar conocerla. ¡Necesitas relacionarte con gente de tu edad, no con una vieja como yo!

Él volvió a abrazarla.

—Algún día. De momento, estoy bien así.

Lucía pasó la primera parte de la tarde llamando a sus amigos y conocidos hasta que consiguió dar con alguien para salir a cenar. La única que se apuntó a salir con ella fue Patricia. No era una de sus mejores amigas, pero seguramente pasarían un rato ameno. No podía creer que, después de meses de no verse, todas estuviesen ocupadas justo la noche de su llegada, como tampoco le cabía en la cabeza que ninguna de ellas quisiese que organizaran una fiesta en su casa aprovechando que sus padres iban a estar fuera. Se sintió algo abandonada, había pensado que le montarían una fiesta de bienvenida y en cambio todas le daban con la puerta en las narices excepto Patricia.

No pensaba amargarse por eso. Tenía tres semanas sin padres por delante, ya tendría tiempo de convencerlas para montar algún sarao.

«De momento iré un rato a la piscina a tomar el sol», pensó.

Se dirigió a la biblioteca para escoger un libro. Como siempre que no tenía ninguno pendiente de leer, sus pasos la llevaron hasta *El conde de Montecristo*. Lo había leído tantas veces que incluso se sabía algunos pasajes

de memoria. No podía evitarlo, le fascinaba la historia de Edmundo Dantés.

Con el libro bajo el brazo, fue a la piscina. Esperaba tener un rato de tranquilidad y relax bajo el sol de junio.

Se había puesto un gran sombrero de paja de color fucsia, unas gafas de sol muy retro que le tapaban la mitad de la cara y un bikini diminuto, a conjunto con el sombrero porque eso era lo que marcaba la moda.

Se tumbó en una de las hamacas y se puso a leer.

No habían pasado más de cinco minutos cuando reparó en un hombre negro muy alto que transportaba, sin esfuerzo aparente, dos sacos de basura hacia la parte trasera del jardín.

«Debe medir al menos dos metros», pensó impresionada. Tuvo que bajarse las gafas de sol para poder observarlo mejor. Siempre le llamaban la atención los hombres altos, al serlo ella a su vez, pero ese tenía un magnetismo especial. Se movía como si flotara sobre el césped, con pasos largos y llenos de elegancia. Más que estar cargando peso, parecía estar bailando.

Se quedó tan hipnotizada mirándolo que no oyó cómo Margarita se acercaba a ella desde la casa.

—Ya veo que Lucky te gusta tanto como a las demás chicas de la casa — dijo a bocajarro, disimulando una sonrisa.

Lucía, que se asustó al oír la voz inesperada de su Tata, dio tal salto en la hamaca que hizo que Margarita no tuviera más remedio que romper a reír.

—¡Tata! —enfaticó, alargando mucho la última a—. Me has dado un susto de muerte.

—¡Normal! Estabas demasiado absorta mirando las vistas. —La vieja criada no podía parar, su barriga subía y bajaba al ritmo de sus carcajadas, Lucía apenas podía entender lo que le estaba diciendo.

—¡Cállate, que va a oírte! —susurró sonriendo a medias.

Como si esa advertencia hubiese llegado a los oídos de Lucky, este se giró para mirarlas.

Si la forma de caminar del jardinero la había dejado impresionada, tenerlo

de frente, quieto, mientras las observaba a ambas, le paró el corazón.

Era un hombre hermoso, si ese apelativo podía aplicarse a un varón de dos metros. Su piel negra brillaba por el sudor que le perlaba el rostro. Y sus ojos, también negros, estaban fijos en ella.

Lucky hizo un pequeño asentimiento con la cabeza, dirigido sobre todo a Margarita, y continuó con su trabajo.

—¿Él es el nuevo jardinero? ¿El que mencionó mi padre durante la comida?

—Ese mismo. Es alguien que no te deja indiferente, ¿verdad?

—Ahora entiendo que mi madre esté tan alterada. Debe estar asustadísima. No creo que nunca en su vida se haya encontrado tan cerca de un hombre como ese.

—¿Quieres decir... negro?

—No solo me refiero al color de su piel, sino también a su porte, a su manera de moverse. No sé cómo explicarlo, Tata, pero no negarás que no es un tipo corriente.

Margarita se puso a reír de nuevo, la turbación de Lucía la divertía mucho.

—Le he pedido a Nicolás que prepare algo especial para cenar. Celebraremos que tu padre ha tramitado con éxito el permiso de trabajo y residencia de Lucky.

Lucía la miró de hito en hito; estuvo a punto de aceptar, pero sabía que al personal –dejando aparte a Margarita– no le gustaba demasiado que ella se uniera a sus celebraciones ni que anduviera metiéndose en la cocina.

—Muchas gracias por la invitación, pero sabes que, si como con vosotros, la gente no se relajará y no podréis disfrutar de la fiesta como es debido.

—Eso es una tontería, Lucía, nadie se siente incómodo contigo si no te portas como... —«Tu madre», pensó sin decirlo en voz alta.

—¿Como qué?

—Déjalo, solo quería decir que antes no tenías problemas para relacionarte con el servicio.

—¡Venga ya, Tata! ¿Cuánto hace de eso? Desde que cumplí los diez años

no voy pegada a tus faldas a todas partes y no creo que haya entrado más allá de la cocina en alguna ocasión.

Margarita quiso contestarle, pero no lo hizo; no porque pensara que eso no debía hacerlo una empleada, sino porque no quería que se pelearan. Llevaban muchos meses separadas y le apetecía que le contara lo que había hecho en Estados Unidos, no andar a la greña con ella.

—Bueno, si no te apetece, no vengas; después no lloriquees diciendo que te has perdido una cena deliciosa —le advirtió—. Ahora, cuéntame, ¿qué has estado haciendo este año tan lejos de mí? —preguntó cariñosa mientras se sentaba a su lado en la hamaca.

—¡Ay, Tata! Cuánto me ha gustado Estados Unidos. No sé por qué no viniste a pasar unos días conmigo como habíamos planeado. Te hubiera llevado a visitar la universidad y Boston, que para mí es mucho más bonito que New York —dijo con tono afectado—. El Boston Common y el Boston Public Garden son una delicia, sobre todo en otoño; Tata; te hubiese encantado, estoy segurísima.

»Y la libertad, Tata. No tener a mi madre todo el día pegada a mi cogote para que me comportara «como es debido» ha sido todo un descubrimiento. Menos mal que en unos meses podré escapar de su cariño asfixiante.

Margarita la miraba sonriente, le encantaba cuando *su niña* le abría su corazón y se quitaba esa máscara de corrección y altanería que le hacía llevar su madre. Se daba cuenta de que todavía no la había perdido del todo. Se sentía feliz de ver en ella un atisbo de lo que hubiera podido llegar a ser y triste, al mismo tiempo, porque se daba cuenta de que todo aquello se iría perdiendo a medida que Lucía se adentrara en el mundo que doña Obdulia y su futura suegra tenían preparado para ella.

CAPÍTULO 3

Lucía volvió a casa más tarde de lo que había previsto en principio. La cena con Patricia había sido muy agradable. Después de comer se habían ido a tomar unas copas a un sitio que le encantaba, el Varadero; era un bar situado en mitad del dique del muelle viejo de Palma. Tenía unas vistas espectaculares de la catedral y de la bahía, además de ser un lugar muy tranquilo.

Patricia y ella habían hablado de un montón de cosas, evitando –no sabía si de forma deliberada o no– hablar de la boda y de su vida en Madrid a partir de setiembre, lo que le agradeció en silencio. Los primeros meses que estuvo en Boston, Bea y Nieves, sus mejores amigas, la llamaban casi a diario, pero últimamente parecía que se habían olvidado de ella y cuando le telefoneaban se limitaban a preguntarle nimiedades sobre la boda que ella ni sabía.

A Lucía no era que le desagradara hablar del tema, pero le molestaba no haber participado en ninguna de las decisiones del enlace; todas las habían tomado su madre y la madre de Alberto.

—¡Alberto! —exclamó en voz alta. No había hablado con él desde el día anterior. Esa misma mañana había estado tan ocupado que no había podido acompañarla al aeropuerto. Miró la hora. Todavía no era demasiado tarde, así que decidió llamarlo.

—¡Buenas noches, amor! —dijo melosa en cuanto él descolgó.

—Buenas noches, Lucía —contestó él algo serio.

—¡Uy! Parece que no te alegras de oírme.

—Claro que me alegro de oírte, solo que estaba mirando una película.

—¿Y qué película miras?

—No sé, una que ponen de estreno.

—¿Y es tan buena que no puedes hablar un rato conmigo?

—Ya lo estoy haciendo, ¿no?

—Pero no dices nada.

—Ni tú tampoco.

—Creo que voy a colgar, esto no es una conversación, es un diálogo para besugos —lo amenazó todavía sonriente.

—¿De qué quieres que hablemos? —preguntó Alberto con tono hastiado—. Si nos vimos ayer, no tengo nada que contarte.

—Vale, ahora sí que cuelgo —respondió ella elevando algo el tono de voz.

—De acuerdo, hablamos mañana o pasado.

Y, sin mediar ni una palabra más, fue él quien colgó.

Lucía se quedó mirando el teléfono como si este fuera a darle una explicación del extraño comportamiento de Alberto.

—¡Pues sí que estamos apañados! —le gritó al aparato—. Si en veinticuatro horas no tienes nada que contarme, ¿qué harás cuando nos veamos todos los días?

Una vez en su habitación se acostó enseguida, pero entre lo enfadada que estaba y que todavía llevaba el horario de Boston, no conseguía dormirse. A los diez minutos ya estaba harta de dar vueltas en la cama. Además, estaba muy acalorada. Al final había pasado demasiado tiempo al sol y, como era de esperar, se había quemado. A esas horas tenía la piel ardiendo, todo le picaba y sentía una gran desazón.

Decidió levantarse y bajar a beber un vaso de agua fresca.

La casa estaba silenciosa. Sus padres habían partido de viaje hacia las islas Seychelles antes de la cena y ella era la única habitante del lugar en ese momento, aparte de Margarita, que dormía en el ala destinada al personal.

En cuanto entró en la cocina se dio cuenta de que la puerta que daba al

jardín estaba abierta. Se preguntó cómo era posible que Margarita se hubiese olvidado de cerrarla, la Tata solía ser muy cuidadosa con esas cosas.

«Quizás ella tampoco puede dormir y ha salido un rato a tomar el fresco», pensó.

Se sirvió el vaso de agua y fue afuera en busca de la mujer, hablar un rato con ella seguro que calmaría ese malestar que sentía. Siempre lo hacía.

El jardín estaba oscuro, pero oyó un chapoteo en la piscina. Se dirigió hacia allí con la sonrisa prendida en los labios.

—¡Tata! —la llamó, levantando el vaso en señal de brindis—. Conque bañándote a oscuras y ni siquiera me has...

La frase se le quebró en la garganta al ver que quien estaba en la piscina no era Margarita, sino el jardinero que había conocido por la mañana.

Se quedó petrificada contemplándolo, no podía moverse ni decir palabra. Sentía sus ojos clavados en ella, aunque no pudiera distinguirlos, y eso le provocó una sensación extraña.

—Buenas noches, señorita —dijo él con su fuerte acento.

Tenía una voz profunda de barítono, que hizo vibrar algo en el interior de Lucía. El corazón empezó a bombearle con fuerza en el pecho. Ya le había pasado por la tarde, se había alterado solo con verlo, pero oír su voz hizo que un raro nerviosismo le recorriera el cuerpo de la cabeza a los pies.

—Buenas noches... Lucky, ¿verdad?

—Sí.

—Yo me llamo Lucía.

El asintió, pero no pronunció ni media palabra más. Estaba de pie en la piscina, no se había movido desde que Lucía había irrumpido brindando, como si temiera que ella fuese a enfadarse por haberlo encontrado allí.

De repente, Lucía fue consciente de que llevaba puesto un viejo camisón que le llegaba por encima de las rodillas —nada sexy, aunque muy cómodo—, que seguramente mostraba más que escondía, y notó cómo enrojecía deseando que la oscuridad ocultara su turbación.

—Ya... ya me voy —tartamudeó ella—. Es que he visto que la puerta de la cocina estaba abierta y he pensado que la Tata..., que Margarita no podía dormir... y como yo tampoco podía dormir... pues... pues he salido a hablar un poco con ella... —Él se limitó a asentir de nuevo—. Y probablemente todo lo que te estoy contando no te interese lo más mínimo... Vaya manera de hacer el ridículo —añadió Lucía, casi en un susurro.

—El que debería marcharse soy yo —dijo él al cabo de un momento, cuando vio que ella no se movía. Empezó a caminar hacia la escalera para salir de la piscina.

—No, por favor, no interrumpas tu baño por mí —se apresuró a añadir ella—. Ya me voy.

Pero sus pies estaban pegados a la tierra. No era capaz de ponerlos en movimiento y mucho menos de dejar de mirar a ese hombre musculoso y mojado que tenía delante.

Notó cómo se le abría la boca, que se le había quedado seca de la impresión, y recordó que tenía el vaso de agua en la mano. Se lo llevó a los labios y bebió unos sorbitos. Aun así, su cerebro seguía sin poder mandar órdenes de retirada a sus pies.

—¿Te importa si me siento? —dijo en cuanto se dio cuenta de que estaba definitivamente anclada al suelo.

—Está usted en su casa —dijo él con su brevedad habitual y salió de la piscina.

Lucía se quedó alhelada ante la visión de Lucky de pie fuera del agua, sus músculos todavía brillantes por la humedad. Era muy alto, de eso ya se había dado cuenta por la tarde; sus piernas, poderosas, eran larguísimas; sus brazos, también fuertes, acababan en unas manos grandes. Lucía tenía debilidad por las manos y esas le robaron el aliento.

Lucky cogió una toalla que había sobre una de las hamacas y empezó a secarse dándole la espalda a Lucía, que al verlo desde atrás se acabó el agua del vaso de un solo trago deseando que fuera algo mucho más fuerte.

—¿Hace... hace mucho que estás aquí?

—Un año.

—¡Qué va! —contestó Lucía riéndose, lo que la hizo sentirse muy tonta—. Yo me fui a Boston en setiembre y tú no estabas aún en la casa.

—Quizás usted no se fijó entonces —dijo él al tiempo que se daba la vuelta y quedaba frente a frente con ella de nuevo.

—Qué raro... —dijo inclinando la cabeza hacía un lado, pero no pudo añadir nada más. Ese hombre eliminaba todas las ideas coherentes de su mente.

Lucky tenía ganas de reír. La chica que tenía frente a él no se parecía en nada a la Lucía que Margarita no se cansaba nunca de alabar.

Ya le habían advertido los demás miembros del personal que la «niña» en cuestión no era más que una pequeña déspota como la madre, pero la Tata, como ella la llamaba, lo negaba una y otra vez. Sostenía que no se parecía en nada a doña Obdulia, que por el contrario era amable y dulce, pero que la bruja de la señora la obligaba a mantener esa pose con el personal.

En esos momentos, él no podía reconocer en ella ni a la chica inteligente ni tampoco a la tirana; sin embargo, veía algo que ninguno de ellos había mencionado: veía a una mujer de una belleza arrebatadora. La blancura de su piel, que afeaba a otras personas, a ella la hacía parecer un hada. La cara armoniosa, llena de pecas, le parecía tan bonita que no podía dejar de mirarla. Un magnetismo extraño hacía que se sintiera atado a ella.

—Lucky... Afortunado... Es un nombre muy curioso. —Lo sorprendió de repente, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Te lo pusieron por algo en concreto?

—Sí —contestó, conciso como siempre.

Lucía elevó las cejas invitándolo a continuar. Él no lo hizo.

—¿Y fue por...? —se atrevió, al fin, a añadir.

—Porque al nacer no morí ni maté a mi madre.

La respuesta áspera los sorprendió a ambos: a ella por el tono grosero y a él

por su propia sinceridad sin tapujos.

Vio la decepción en los ojos de ella y sintió un extraño pinchazo en el estómago.

—Lo siento, hacía muchos años que no hablaba de eso —añadió suavizando el tono—. Nací de... —Se detuvo un poco buscando la palabra adecuada—. Culo.

Ella sonrió, animándolo a continuar.

—Mis padres vivían muy lejos del hospital y la partera estaba convencida de que moriríamos ambos, mi madre y yo. Como no lo hicimos, se decidió que yo traería buena suerte a la familia, de ahí el nombre.

—¿Y fue así?

Él apretó los labios. Recogió la toalla sin decir nada, se la colocó sobre el hombro, hizo un leve gesto de asentimiento a modo de despedida y empezó a marcharse.

Lucía se estaba devanando los sesos en busca de una disculpa o de algo que hiciera que él permaneciera un rato más junto a ella.

—Lo siento —le dijo, sin querer despedirse todavía—. Mi madre siempre me dice que soy demasiado descarada y que hago preguntas impertinentes.

Él la miró de nuevo, estaba serio y había aparecido algo muy oscuro en su mirada, que ella no supo reconocer.

—En cambio Margarita la alaba por eso —manifestó él.

—Margarita me quiere mucho, no hay que tomarse en serio todo lo que dice.

—Sí, Margarita la quiere mucho. Es una mujer con un gran corazón y usted ocupa un lugar importante en él.

Lucía se levantó. Se sintió turbada por la alabanza y eso se añadió al nerviosismo que ya sentía.

—Por favor, deja de llamarme de usted, no me gusta demasiado...

Él volvió a mirarla con intensidad. «Ahí está la joven sencilla de la que presume Margarita», se dijo.

Se quedaron ahí, los dos de pie junto a la piscina. La atracción mutua los mantenía anclados al suelo, inmóviles y al mismo tiempo con un deseo intenso de moverse hacia el otro.

—Vives aquí —se atrevió a decir, más que a preguntar, Lucía.

—Sí.

Otra vez la respuesta escueta que no le daba pie a continuar hablando. Ella no estaba acostumbrada a estar con alguien que no participara más activamente en la conversación. A decir verdad, no entendía por qué seguía empeñada en mantenerlo a su lado.

—Pues, si quieres, vamos hacia la casa —consiguió decir al fin.

Él volvió a cabecear y emprendieron el camino hacia la puerta abierta de la cocina.

Varios senderos salían de la zona de la piscina hacia distintas partes del jardín. Uno llevaba a la casa de invitados, que permanecía cerrada gran parte del año, otro hacia la parte delantera de la casa grande, otro lo hacía hacia la cocina. Estaban hechos con baldosas de piedra blanca y no eran muy anchos. Por lo general, la gente iba en fila india para caminar por ellos. Lucía y Lucky lo hicieron uno al lado del otro, tan cerca que con cada paso los brazos de ambos se tocaban, eso generó una corriente eléctrica entre ellos que ninguno de los dos pudo dejar de notar. Tampoco hicieron nada por evitarlo.

En la cocina la luz seguía encendida; la claridad que reinaba en ella, en contraste con la oscuridad exterior, los deslumbró. De nuevo se quedaron de pie sin hablar y sin poder dejar de mirarse. Lucky fue el que, con gran esfuerzo, rompió el hechizo.

—Buenas noches, Lucía —dijo e hizo una nueva inclinación de la cabeza.

—Buenas noches, Lucky —respondió ella sin dejar de mirarlo.

Él se dirigió hacia su habitación en la zona de vivienda del personal y ella, hacia la suya, en la parte de la casa habitada por los señores.

Ambos sabían ya que esa noche les iba a resultar imposible dormir.

CAPÍTULO 4

Una vez de regreso en su habitación, Lucía decidió darse una ducha. Después de ver a Lucky prácticamente desnudo, estaba más acalorada que antes de salir a tomar aire. Si por la tarde la había dejado impresionada el observarlo trabajando en el jardín, verlo en el agua, hacía menos de un cuarto de hora, la había descolocado por completo. «Vaya espalda, ¡madre de Dios! —se dijo—. ¿Y qué decir del lugar donde pierde su noble nombre? —Se rio para sus adentros—. ¡Uf! Cómo me gustaría amasar todos esos músculos con mis propias manos».

Se daba cuenta de que era su físico el que la llamaba poderosamente; eso y su voz. Esa voz profunda que la había dejado alterada y sobrecogida a la vez.

«Tú quieres a Alberto, tú quieres a Alberto», se repitió a sí misma como si se tratara de un mantra, y abrió los ojos para alejar las imágenes de Lucky con ese bañador mínimo, que no dejaban de acudir a su mente.

Su vida estaba más que encauzada. Nunca había tenido una aventura. Solo había tenido un amante, Alberto, y su aprendizaje sobre sexo había sido como un adiestramiento entre colegas. Muchas risas, pero nada de pasión. No podía quejarse, hacer el amor con él era satisfactorio, muy correcto pero satisfactorio; aunque a veces echaba de menos lo que había leído en algunas novelas y lo que había visto en las películas románticas que tanto le gustaban. «Esa pasión arrebatadora que te quita el aliento y te deja toda despeinada ¿dónde está?», se decía en esas ocasiones.

Quería a Alberto, pero sabía que no lo hacía de la manera que debería. A

veces se preguntaba por qué había aceptado esa boda si no la arrastraba la pasión; suponía que había accedido a ella como a tantas otras cosas que le imponía su madre: por comodidad, por costumbre, por lo que fuera. Nunca se había rebelado contra ella, era más fácil seguir sus indicaciones que intentar saltarse sus normas.

«Hasta ahora no había conocido a nadie como Lucky... Igual le habría plantado cara a mi madre si alguien como él se hubiese cruzado en mi camino». Se rio de nuevo, no muy segura de lo que estaba diciéndose.

No entendía por qué no podía parar de pensar en él y en poner las manos sobre su piel. «¡Apostaría cualquier cosa a que hacerlo con ese hombre tiene que dejarte despeinada en más de un sitio! ¡Uy, uy, uy!». Una risita histérica se adueñó de ella. «Eso no deberías ni imaginarlo», se reprendió divertida.

«Lucía, así no te vas a refrescar; si no dejas de imaginarte haciendo esas cosas con él, tendrás que pasarte la noche en la ducha». No logró sacárselo de la cabeza y se quedó bajo el agua al menos media hora más.

A la mañana siguiente despertó tarde. Eran más de las doce; no tenía planes porque sus amigas seguían sin dar señales de vida. Se obligó a no salir corriendo en busca de Lucky en cuanto puso los pies fuera de la cama; aunque sentía una extraña fuerza que tiraba de ella hacia el jardín, una ansiedad que solo se calmó cuando sus ojos se posaron en él aquella misma tarde.

En su afán de buscar una excusa para hablar con el chico, se le había ocurrido pedirle que la dejara ayudarlo con las plantas. Sabía bastante de jardinería, sobre todo de cómo cuidar las flores. Margarita le había enseñado cuando era pequeña, pero él no tenía por qué saberlo; el único inconveniente que le veía a ese plan era que la Tata la pillara mientras se hacía la tonta y revoloteaba alrededor del jardinero.

Como suponía, encontró a Lucky en el jardincillo de los rosales. Lo habían llamado siempre de ese modo porque estaba algo alejado de la casa y delimitado por un seto que resguardaba las plantas del excesivo sol y del

viento, aunque no era un jardín en sí. Conocía bien a la Tata y estaba segura de que le habría dicho que cuidara los rosales con mimo. El chico estaba arrodillado junto al preferido de la mujer, un rosal trepador que florecía una sola vez al año. Era uno de los más sencillos; esa era la razón por la que la Tata lo adoraba: decía que las cosas más simples eran, a veces, las más bellas. Las flores formaban ramilletes de un rojo intenso que se esparcían por la pared a la que estaba sujeto.

En cuanto sus ojos se posaron en Lucky, los pies se negaron a obedecerla, otra vez. Se quedó plantada mirándolo. Estaba podando las ramas bajas del rosal y, con cada movimiento, sus músculos danzaban armoniosos bajo la piel brillante; Lucía estaba tan hipnotizada viéndolo trabajar que no se dio cuenta de que Lucky había girado la cabeza y la miraba a ella a su vez.

—Buenos días, señorita Lucía —la saludó.

Ella dio un respingo, no esperaba oír su voz ni que la pillara inmóvil, mirándolo como la noche anterior; la mortificó pensar que pudiese tomarla por una *voyeur*. Sacando fuerzas de flaqueza, compuso su mejor sonrisa y se acercó a él.

—Ayer quedamos que nada de formalismos, ¿te acuerdas?

Él asintió con la cabeza; después se quedó inmóvil mirándola con intensidad, como todas las veces que se habían cruzado antes. Lucía tuvo que sacudirse la sensación que le producía esa mirada, que la dejaba irremediabilmente perdida y sin aliento.

—Me gustan las rosas —dijo, algo turbada todavía—; cuando era niña, a veces solía ayudar a la Tata a cuidar los rosales... —Dudó—. ¿Crees que podría echarte una mano?

—Claro —contestó el chico—. ¿Sabes podar?

—Creo que me acordaré, aunque hace tanto que no lo hago que a lo mejor convendría que me supervisaras... —«¿De verdad he dicho eso?», se preguntó Lucía en cuanto esas palabras salieron a través de sus labios. Nunca había sido tan atrevida, por eso no había tenido novios ni amantes aparte de

Alberto.

Sabía que era una chica normal, del montón, como también sabía que no era fea; no obstante, siempre había sido muy alta y, hasta que cumplió diecinueve años y sus amigas empezaron a llevar tacones, se había sentido desgarbada la mayor parte del tiempo. Ellas sí que se veían desgarbadas sobre los estiletes que pretendían calzar. En aquel momento había dejado de tener complejos y se había aceptado tal como era, aunque el atrevimiento no era una de sus peculiaridades.

Lucky rebuscó entre sus útiles y le puso en la mano unas tijeras de podar justo de su medida. El leve roce de sus pieles hizo que se sintieran algo cohibidos. Parecía que se habían quemado en el punto donde había convergido aquel toque, ambos se estremecieron. Se quedaron quietos, mirándose a los ojos, respirando apenas. Fue él quien desvió la mirada para dirigirla al rosal. Lo estudió durante un rato sin atreverse a pronunciar palabra.

Esa mujer lo tenía anonadado, ejercía una fuerza sobre él desconocida hasta ese momento, todo lo impulsaba a tocarla. «Será mejor que ni la mires —se reprendió—, aquí es donde trabajas y donde vives; ella es la señorita, tú el jardinero, ni te acerques a ella», se dijo con firmeza.

—Ven aquí, acércate —le dijo, sin embargo—. Este es un buen sitio para empezar.

Lucia dio unos pasos adelante, vacilando un poco. Se situó a su lado y esperó a que él dijera algo más.

—Mira, puedes podar estas. —Lucky cogió un tallo entre sus dedos largos y lo cortó con pericia—. Hay que quitar las ramas viejas, que roban la savia a las nuevas y no las dejan florecer como es debido.

Ella se colocó más cerca del rosal y se hizo con una rama de las que él le había señalado. Cuando las tijeras ya casi tocaban el tallo, oyó de nuevo su voz.

—No, espera —dijo—. Tienes que poner las tijeras torcidas, para dejar un

corte en punta en la rama.

—¿Al bies? —preguntó ella haciéndose la inocente, a pesar de que sabía a la perfección cómo hacerlo. No había jugado a eso antes, pero le parecía que no lo estaba haciendo mal del todo.

—Sí, creo que esa es la palabra.

Lucía colocó las tijeras de podar y al ir a cortar, sintió la mano de Lucky acercarse y coger la suya con delicadeza. Contuvo la respiración mientras él le hablaba muy cerca de la oreja.

—Debes hacerlo un poco más arriba de la yema sana. —Pasó la otra mano por el costado de Lucía para sujetar el tallo. Estaban muy cerca, la espalda de ella casi tocaba el abdomen de él; ella notó cómo se le erizaban los pelos de la nuca y creyó que iba a perder el sentido—. Tienes que hacerlo así, ¿ves? —dijo a la vez que podaba esa rama—. Si dejas la parte alta del corte por encima de la yema, el agua de la lluvia resbalará hacia fuera, y evitaremos que el rosal enferme.

Con el aliento cálido de Lucky cerca de su cuello y todo su cuerpo que la envolvía, Lucía se sentía embriagada, como si hubiese estado bebiendo todo el día. Temió moverse y deshacer aquel hechizo que se había apoderado de su mente.

Lucky no se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que tuvo a la chica entre sus brazos. No lo había hecho adrede, se sentía tan cómodo con ella que había sido natural cogerla de esa manera para enseñarle a utilizar las tijeras de podar; en esos momentos, se daba cuenta de lo cerca que la tenía y de lo inapropiado de la situación, pero no podía soltarla. Al contrario, su impulso era estrecharla todavía más entre sus brazos y besarle cada centímetro de piel.

Permanecieron sin moverse y sin hablar, anhelándose y con las respiraciones aceleradas, hasta que oyeron la voz de Margarita llamando a Lucky. Se separaron como si hubiesen sentido un calambrazo doloroso. Lucía agachó la cabeza y se mordió el labio inferior, esperando la llegada de la Tata. La habían descubierto, pero estaba muy lejos de arrepentirse.

—Lucky, muchacho, ¿no piensas parar un rato? —preguntó la mujer irrumpiendo en tromba en el jardincillo de los rosales.

—Ya iba a parar, Margarita —contestó—. Solo estaba terminando de podar el rosal trepador; ayer vi cómo lo mirabas y supuse que querías que lo hiciera.

—Eres el *novamás* —lo alabó—. Siempre adelantándote a las necesidades y a los deseos de los otros.

Lucky bajó la mirada al suelo y movió los pies con nerviosismo, azorado; a Lucía le pareció adorable, se lo hubiera comido a besos en ese mismo instante. Se encontraba a la espalda de Margarita y esta no la había visto; pensaba en marcharse sin hacer ruido, pero antes de poder hacerlo, la mujer se dio la vuelta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, alegre—. ¿Echabas de menos las rosas?

—He venido a verlas, sí —dijo. «A las rosas, sobre todo», pensó sarcástica—. Ya me iba —añadió mirando a Lucky.

—Puedes venir a ayudarme siempre que quieras —afirmó él, mirándola a su vez.

—Gracias —dijo.

Lucía no quería irse, quería quedarse allí, con él, pero no encontró ninguna excusa que poner para hacerlo, así que emprendió el camino hacia la casa grande. Decidió que llamaría de nuevo a Patricia. Era enfermera y le había dicho que tenía varios días libres. Supuso que podía quedar con ella de nuevo y evitar de esa manera que sus pensamientos volviesen cada dos segundos a ese hombre que la tenía obnubilada.

Mucho más tarde, Lucky salió de su habitación y se dirigió hacia la piscina, como había hecho la noche anterior. Esta vez, sin embargo, su intención no era meterse en el agua. Se sentó en el suelo, se apoyó en una pared desde donde él podía observar sin ser visto, y se dispuso a esperar.

Media hora más tarde oyó un coche que aparcaba en la entrada. Era Lucía,

de eso estaba seguro, nadie más que ella había salido esa noche. Al cabo de tres minutos, la chica apareció por el camino que conectaba la casa con la piscina. La expresión de decepción que apareció en el rostro de Lucía al no encontrarlo allí hizo que Lucky sintiera una descarga que casi lo empujó a salir de su escondite. Sin embargo, al mismo tiempo, lo invadió el descontento. No era nada inteligente, ni sensato, sentirse feliz porque ella hubiera ido a buscarlo.

CAPÍTULO 5

Con la sensación de no haber pegado ojo en toda la noche, a las ocho de la mañana, Lucía se levantó y se dirigió a la cocina. No le apetecía desayunar sola y estaba segura de que Margarita estaría allí a esas horas.

Se sorprendió al entrar y encontrar la habitación vacía. Cuando ya estaba a punto de recorrer la casa en busca de la Tata, esta entró desde el jardín riéndose y hablando con alguien.

—No es verdad —iba diciendo—. Eso no es verdad y lo sabes.

—¡Que sí! —oyó que contestaba la voz grave de Lucky tras ella—. Y la que debería tenerlo en cuenta eres tú —añadió después de proferir una risa fresca que resonó en el interior de Lucía a pesar de no haberla provocado ella.

Sus risas se apagaron de golpe al entrar en la cocina y encontrarla de pie, con las manos en los bolsillos del cortísimo pantalón vaquero que se había puesto.

—¡Buenos días! —dijo algo cohibida por haber interrumpido, sin querer, una charla tan animada.

—¡Buenos días, niña mía! —exclamó Margarita acercándose a ella y dándole un abrazo efusivo—. ¿Qué haces levantada tan pronto? ¿Te has caído de la cama?

—No, es que no he dormido demasiado bien. Supongo que por el cambio de cama y todo ese rollo —contestó, sin poder dejar de mirar a Lucky.

—Bueno, pues ya que estás aquí, puedes desayunar con nosotros. Ahora mismo íbamos a comer algo, ¿verdad, Lucky?

Lucky, que apenas se había repuesto del vuelco que le había dado el corazón tras ver las largas piernas de Lucía desnudas, asintió mirándola fijamente.

Margarita observó a uno y otro sin saber muy bien qué pasaba entre ellos.

—Sentaros a la mesa, ahora mismo os pongo el desayuno —les ordenó señalándola.

—¿Te puedo echar una mano? —ofreció Lucía.

—¡No, no, no! Vosotros sentaros que yo lo preparo todo en un minuto. Me encantará trataros como si fuerais mis niños mimados.

Lucía y Lucky le sonrieron y fueron a sentarse, uno junto a otro, a la mesa.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Lucía en un intento de desviar la atención de la pierna de Lucky que casi tocaba la suya.

—He decidido darles vacaciones. No necesito a tanta gente por aquí si tus padres no están.

—No puedo creerme que mi madre haya consentido en dejarme sola —puntualizó Lucía, con un suspiro—. Hasta que, anteayer, los despedí en la puerta y los vi partir hacia el aeropuerto, no me lo creí del todo.

Lucía no se atrevía a moverse, pensaba que, si su piel y la de Lucky se rozaban siquiera, Margarita podría ver las chispas que saltaban entre ellos.

Y de repente ocurrió. Sus piernas desnudas entraron en contacto, lo que provocó un flujo eléctrico entre ellos que los hizo mirarse a los ojos y dejar de respirar por un instante. Se separaron azorados, ambos sentían el corazón desbocado y, en el estómago, experimentaron un vértigo igual que si el pobre hubiera realizado un triple salto mortal con caída en picado. Al cabo de unos segundos, que a ambos les parecieron horas, Lucky, sin dejar de mirarla, se acercó más a ella, intencionalmente esta vez; dejó su fuerte pierna muy pegada a la de Lucía; ella le correspondió quedándose muy quieta y clavando sus ojos en los de él.

La aparición de Margarita los devolvió al presente, dejaron de mirarse a los ojos, pero mantuvieron las piernas muy juntas sin poder dejar de tocarse.

—Aquí tenéis los dos: café para Lucky y un colacao para ti. Ahora mismo traigo las tostadas.

—Gracias —respondieron casi al unísono y con un hilo de voz. Por suerte, Margarita estaba enfrascada en prepararles el desayuno y no se había dado cuenta de lo ocurrido entre ellos.

—De hecho, creo que yo también me cogeré el día para mí —dijo la mujer al tiempo que se sentaba—. Quiero ir a Manacor a ver muebles. Me gustaría tener mi casa a punto antes de que nos vayamos al Puerto de Andratx, en julio.

Ni Lucía ni Lucky contestaron, ambos eran conscientes de que iban a quedarse solos en la casa. No habían necesitado hablar para saber que los dos lo deseaban de verdad.

—¿Nadie quiere venir conmigo? —les preguntó abiertamente, ya que ninguno se había ofrecido a acompañarla.

—Yo tengo cosas que hacer hoy, lo siento, Tata. Si me hubieras avisado que querías ir, no habría planeado nada... —contestó una titubeante Lucía.

—¿Y tú, Lucky?

—Yo... yo debería trasplantar algunas plantas —dijo él, algo más sereno que Lucía, pero lejos de su tono habitual.

Margarita notó la extraña atmósfera que reinaba en la cocina. Era evidente para ella que sucedía algo entre sus dos niños, pero no sabía si esa incomodidad se debía a que había pasado algo bueno o algo malo. Esperaba que fuera lo primero.

«Muy malo no puede ser —pensó—, si no, no estarían sentados desayunando uno al lado del otro, ¿no?». Fue incapaz de contestarse esa pregunta.

Ni bien Margarita hubo salido de la casa, Lucía, que estaba en su habitación, bajó las escaleras, atravesó la sala que daba al jardín y se dirigió a la piscina.

Tenía el corazón en un puño. Había preparado muy bien lo que iba a decirle

a Lucky. Desde que lo había visto el día anterior dentro del agua, no había podido pensar en otra cosa que no fueran él y la atracción que ejercía sobre ella. Después de pasar toda una noche en blanco, tenía bastante claro que lo que había entre ellos era totalmente físico.

Lucky, que a su vez había vigilado los pasos de Margarita hasta que esta se había marchado, cogió la carretilla, por aquello de tener algo en las manos, y se dirigió también hacia la piscina. Sabía que se estaba metiendo directamente en la boca del lobo con su comportamiento, pero se sentía atraído hacía esa mujer como una polilla hacia la luz. Después de ver que Lucía había ido a buscarlo a la piscina, había pasado toda la noche repitiéndose, en todos los idiomas que sabía —y eran varios—, que debía alejarse de esa tentación más que de ninguna otra cosa. Cuando Margarita y él la habían hallado en la cocina, el corazón le había brincado en el pecho. Después, cuando se habían sentado uno muy pegado al otro, el tacto de la piel de Lucía lo había subyugado. Le había costado la mayor parte de su autocontrol no tener una erección en ese momento.

Llegaron a la piscina al mismo tiempo. Lucía atisbó en todas direcciones antes de mirarlo a él fijamente. Lucky soltó la carretilla y se acercó a ella con paso decidido. Se plantaron uno frente a otro, casi tocándose. Ambos respiraban agitadamente, como si hubiesen corrido muchos kilómetros para llegar hasta ese punto de encuentro.

Sin mediar palabra Lucía lo cogió de la mano y tiró de él hacia la casa de invitados. Lucky la siguió con docilidad.

En cuanto entraron, volvieron a colocarse uno muy cerca del otro.

—Voy a casarme en setiembre —susurró Lucía, mirándolo a los ojos.

—Lo sé.

—No sé qué me pasa contigo, es como si una fuerza invisible tirara de mí hacia ti, no sé si quiero resistirme más.

—A mí me sucede exactamente lo mismo.

Estaban tan cerca el uno del otro que podían sentir sus alientos

mezclándose; sus corazones palpitaban acelerados. Ella desvió la mirada a sus labios carnosos, llenos.

Lucky la agarró por el talle y acercó su boca a la de Lucía muy despacio, alargando el momento previo a ese primer beso casi de forma inconsciente. Y entonces atrapó sus labios, suavemente, como si quisiera probar a qué sabían.

Todo desapareció a su alrededor; solo estaban ellos dos y eran el centro del universo. Se sintieron como si el mundo se hubiera plegado sobre sí mismo para hacerlos coincidir en aquel lugar, en aquel instante.

Lucky tiró de Lucía, la cogió por debajo de los brazos y, sentándose, la sentó a horcajadas sobre sus piernas sin dejar de mirarla a los ojos ni un solo instante. Ella cogió su cabeza entre las manos y lo atrajo hacia su pecho mientras él la abrazaba con fuerza por la cintura.

Él olía a fuerza, a hogar, a amor incondicional; ella olía a paz, a dicha, a vida apacible.

Se soltaron un instante, no dijeron nada; se vieron reflejados en los ojos del otro.

Empezaron a besarse de nuevo, no ya de forma dulce, sino como si su vida dependiera de ello. Las lenguas se movían hambrientas, atacando y retirándose en una danza infinita. Les faltaba la respiración y el tiempo.

Hubieran deseado tener cuatro manos cada uno para poder tocar más de lo que tocaban. La ropa que entorpecía el contacto de sus pieles les pareció una barrera insalvable que, no obstante, fue desapareciendo con rapidez, sin que sus labios se separaran más que unos segundos.

Lucky se desprendió de la boca sedosa que lo tenía prisionero para poder mirar a Lucía. Se dio cuenta de que no le bastaba el reconocimiento que, de ella, hacían sus manos. Quería verla, empaparse la mente con la imagen de su cara, de sus labios hinchados por los besos, de sus pechos turgentes que bailaban al son de su respiración entrecortada.

Lucía se puso de pie con lentitud, Lucky la imitó. Les bastaron unos instantes para desprenderse de las pocas prendas que aún llevaban puestas.

Volvieron a escrutarse, disfrutando, paladeando el cuerpo del otro.

Lucky se sentó y colocó de nuevo a Lucía sobre sus piernas. Su miembro duro rozó sus tiernos pliegues e hizo que gimiera de placer y anticipación. Él se quedó unos segundos paralizado por esa misma sensación, sin atreverse a hacer ningún movimiento para no perder ese momento delicioso.

Un atisbo de cordura traspasó la bruma de toda esa pasión y él recordó con fastidio que necesitaban un preservativo.

Empujó levemente a Lucía indicándole que volviera a levantarse. Sin perder tiempo, rebuscó en sus pantalones y dio con el paquetito plateado que andaba buscando. Después de colocárselo, volvió a sentarse y a atraer a Lucía hacia él; el contacto los dejó de nuevo anonadados y sedientos de besos y caricias.

Esa vez el roce entre sus sexos se hizo más intenso, más profundo. Lucky buscó su camino hacia la humedad insondable de ella; Lucía lo recibió ciñéndolo por completo. El aire abandonó sus pulmones al unísono, y los dejó abrumados, deseosos de más.

Durante un tiempo que pareció infinito, ninguno de los dos se movió. Volvieron a mirarse a los ojos, no podían dejar de hacerlo; después ella empezó una lenta danza, a veces separándose y otras acercándose. Él se dejó hacer, sumergiéndose más en ella con cada nuevo envite. No podía dejar de tocarla, lo hacía con una avidez que nunca antes había experimentado.

La danza se convirtió en lucha. Lucha de cuerpos deseosos de llegar al clímax, lucha por dar y recibir, hasta que un espasmo empezó a recorrer las piernas de Lucía, le llegó al sexo y, viajando por su espina dorsal, la dejó congelada; gritó de placer y lo exacerbó a él todavía más. Lucky la sujetó por la cintura para obligarla a moverse con suavidad, lo que provocó en ella nuevas descargas de placer absoluto. Era todo lo que Lucky necesitaba y sintió un orgasmo sublime que acudía a su encuentro. Gritó y la estrechó de nuevo con fuerza contra su pecho mientras, oleada tras oleada, se vaciaba en ella.

CAPÍTULO 6

La casa de invitados no era demasiado grande, tenía un salón con una cocina americana, dos habitaciones y un baño. Se accedía a ella por un gran ventanal con puertas correderas que daban a la piscina.

La habían construido para poder albergar a las visitas –aunque en la casa grande hubiera espacio de sobra–, pero apenas le daban uso. No era frecuente que viniera alguien a pasar varios días.

Lucky y Lucía, tras ese primer encuentro apresurado que tuvieron en el sofá del salón, se habían trasladado a la gran cama de una de las habitaciones y allí habían continuado haciendo el amor durante toda la mañana.

En esos momentos yacían lánguidos y agotados; Lucky estaba boca arriba y abrazaba a Lucía que, tumbada a su lado, tenía el torso apoyado sobre él.

—Nunca había disfrutado tanto del sexo como hoy —dijo ella tirando de uno de los escasos rizos que poblaban de pelusilla de su pecho.

—No será por mi... —Dudó buscando la palabra.

—¿Pericia? —lo ayudó ella.

—¿Esa palabra significa lo mismo que «hacerlo bien»?

—Algo así —contestó sonriendo.

—Pues sí, no será por mi pericia —dijo haciendo hincapié en la nueva palabra aprendida—. Nunca antes me habían dicho algo así.

—¡Qué humilde eres! —le dijo la joven en tono de burla.

—No, solo digo la verdad.

Buscó los ojos de ella mientras le dibujaba círculos con los dedos en la

espalda.

—Yo siempre digo la verdad —afirmó, cuando sus ojos se encontraron—. ¿Me crees?

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo? ¿Y por qué deberías mentirme?

Siguieron así, acariciándose apenas, los dos sumergidos en sus pensamientos durante un rato.

—¡Hablas muy bien! —dijo Lucía al fin.

—Lo hago desde que tenía un año —contestó él con una sonrisa torcida.

Lucía levantó un poco el torso para mirarlo a la cara.

—¿Hablas español desde...?

Lucky prorrumpió en una sonora carcajada, Lucía entrecerró los ojos queriendo poner cara amenazante y le pegó un golpecito en el pecho.

—Ha sido una broma fácil —dijo él cuando se calmó su risa.

—¡Ahora en serio! —insistió ella.

—No sé, aprendo rápido. Llevo algunos años en España...

—¿Desde cuándo estás aquí?

—¿En España?

—Sí.

—Desde hace unos cinco o seis años.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Nunca te han dicho que haces demasiadas preguntas? —le contestó él algo seco.

—¡Oh! ¡Millones de veces! ¿Te molesta? Si te molesta, no hace falta que contestes. Además, en algún sitio leí que quien tiene capacidad de ofender es el que contesta, no el que pregunta.

Lucky no respondió a eso y el silencio se prolongó de nuevo durante unos minutos.

—Tengo veintiséis o veintisiete, quizás veintiocho. —No entendía por qué tenía esa necesidad de responder a las preguntas de Lucía. Solo había hablado con ella dos o tres veces, y ya sabía más de él que la gente que lo conocía

desde hacía un año.

—¿No sabes la edad que tienes? —preguntó Lucía, incorporándose de nuevo un poco para mirarlo a la cara.

—En mi país no siempre se... —Pensó un poco y después continuó—: No sé esta palabra, ¿*apunta*? a un niño cuando nace. Yo pienso que tengo esa edad. En mis nuevos papeles dice que nací el 28 de febrero y que tengo veintisiete años, pero en realidad no conozco la fecha exacta de mi nacimiento.

—¿Por qué el 28 de febrero? —quiso saber entonces Lucía.

Al instante sintió cómo los músculos de Lucky se ponían tensos bajo ella y se arrepintió de haber preguntado.

—No me gusta hablar de eso —contestó al fin, sin terminar de recuperar la calma. Lucía había logrado que hablase más que en mucho tiempo, pero ciertas cosas eran demasiado dolorosas; si se negaba incluso a pensar en esa época de su vida, mucho menos iba a contárselas a ella.

—No hace falta que lo hablemos si no quieres. No pretendo hacerte sentir mal. Solo que me gustaría saber más cosas sobre ti —dijo ella, dándose cuenta de la incomodidad que le había causado.

—¡Pues ya basta de curiosidad! —exclamó él recuperando el tono jocoso, como si se arrepintiera de su brusquedad anterior—. Yo prefiero descubrir donde tocarte para que hagas otra vez esos ruidos tan divertidos —añadió, alargando la mano hasta una de sus nalgas y apretándosela suavemente.

—¡Yo no hago ruidos divertidos! —dijo ella intentando sonar ofendida de nuevo.

—Sí los haces —contestó él sonriendo. Dirigió la mano que tenía libre al sexo de ella y buscó su clítoris, empezó a acariciarlo con suavidad.

Lucía gimió y emitió unos ruidos guturales que a él lo excitaron muchísimo.

—¿Ves?, ahí están. —Y la miró a los ojos sonriendo ampliamente.

Esta vez fue ella la que se acercó a él. Atrapó su labio inferior entre los

dientes y lo mordió con deleite, sin hacerle daño, con mordiscos suaves.

—Llevaba queriendo hacer esto desde que te vi anteayer en la piscina — dijo cuando lo soltó.

Lucky se rio con esa risa profunda, la misma que ella oyó por la mañana cuando él había entrado en la cocina hablando con Margarita. Lucía notó que su interior se convertía en algo parecido el caramelo líquido, algo caliente que se extendía despacio desde el pecho hacia las extremidades hasta llegar a todos sus poros.

Empezó a besarlo de nuevo, pero esta vez lo obligó a abrir la boca, jugó con su lengua, se deleitó con su aliento.

Lucky se puso encima de ella sin apenas esfuerzo y le sujetó los brazos detrás de la cabeza.

—¡Me gusta mirarte! —dijo con la voz más profunda de lo habitual—. Eres preciosa, pareces como de algodón, tanto que quiero besar y lamer cada centímetro de tu piel. —Notó cómo ella se estremecía suavemente bajo él.

Le soltó los brazos y se incorporó sobre las caderas para poder observarla mejor. Lucía intentó quedarse muy quieta y dejó que él la contemplara, deleitándose en el placer de ser admirada.

Lucky se tumbó de nuevo sobre ella; moviéndose, rozó su erección lentamente contra su sexo. Ella arqueó la espalda suspirando, y él aprovechó para coger uno de sus pezones con los dientes, lo mordió muy suavemente; ella empezó de nuevo a emitir esos ruidos guturales y notó cómo los labios de Lucky se abrían en una sonrisa sobre su pecho.

Hicieron el amor despacio, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Se dedicaron a explorarse mutuamente, mucho más a fondo de lo que lo habían hecho hasta ese momento.

Como Lucky había prometido, lamieron, besaron y acariciaron cada milímetro de sus pieles, sin dejar nada para otra ocasión, por si no se presentaba.

Lucía se despertó sobre las cinco de la tarde, Lucky no estaba a su lado. «¿Dónde habrá ido?», pensó con un dejo de ansiedad.

Se incorporó en la cama y notó un ligero entumecimiento en los músculos que la hizo sonreír. Se levantó y buscó la camiseta que llevaba puesta por la mañana. Lucky entró en la casa para invitados cuando se la acababa de poner; traía una bandeja en la que había puesto un gran bocadillo partido por la mitad y dos vasos. Lo dejó todo en una mesa y se acercó a Lucía. La cogió entre sus brazos y la cubrió de besos delicados en la cara y en los labios, que ella le devolvió encantada.

—He traído comida —dijo con la voz de nuevo enronquecida—. Tendremos que reponer fuerzas, digo yo...

—¡Qué bien! Creo que me ha despertado el rugido de mi propio estómago.

Él se rio otra vez, Lucía se estremeció por enésima vez aquel día, le encantaba oír su risa.

Se acercaron a la mesa, Lucky sacó una botella de agua de uno de sus bolsillos laterales del pantalón corto, que se había puesto para ir hasta la cocina, y la dejó junto a la comida. Se sentaron a comer en silencio, tenían hambre de verdad, no habían probado bocado desde la hora del desayuno y habían hecho mucho ejercicio.

—Margarita no tardará en volver —dijo Lucky mientras se limpiaba las manos con la servilleta.

—Es lo que yo estaba pensando ahora mismo —asintió ella.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió él. Su voz traslucía un dejo de tristeza, pero no quería que ella se diera cuenta de que estaba tan abatido.

—No lo sé —respondió Lucía—. No pensaba que una cosa así pudiera sucederme a mí. Quiero a mi prometido. Sé que lo que hemos hecho no está bien, aunque no estoy segura de que me arrepienta de ello —dijo mirando al suelo.

Lucky agachó la cabeza y se pasó la mano por el pelo, cortísimo, al tiempo que resoplaba. Su postura afligida hizo que Lucía se levantara de un salto y se

acercara a él.

—Creo que lo más adecuado sería que no volviéramos a vernos —dijo Lucky en un susurro.

Lucía creyó que el corazón se le detenía en el pecho. Pasó más de un minuto antes de que pudiera volver a hablar sin que se le quebrase la voz.

—Sería lo mejor —aseveró.

«No veo cómo podré lograrlo», pensó él levantando la cabeza y mirándola con los ojos cargados de tristeza.

—Prometí a Margarita que haría cualquier cosa por ella. Si seguimos con esto, estaré faltando a su confianza. —«Pero no veo el modo de alejarme de ti». Eso último no se atrevió a pronunciarlo en voz alta; se dijo que, quizás, Lucía podía pensar que estaba loco. Al fin y al cabo, habían pasado una sola tarde juntos.

—Tienes razón, esto no está bien, no es justo para los demás implicados. — Aunque no pronunció el nombre de su prometido, este se quedó flotando un momento entre ellos.

«No tengo ni idea de qué podré hacer para no venir en tu busca esta misma noche», se dijo para sí Lucía mientras miraba a Lucky a los ojos y le acariciaba la cabeza.

Lucky se puso en pie, no había mucho más que añadir. Lucía quería cogerlo y no dejar que se marchara de su lado, pero sabía que eso no era posible.

Se miraron un instante, despidiéndose silenciosamente; él se encaminó hacia la puerta y salió. «Mierda —se dijo nada más atravesar el portal—; ya sabía yo que ella no podía traerme más que problemas». Sin embargo, había pensado que las dificultades vendrían desde el exterior, no desde su interior. Las manos le picaban debido a la ausencia de la piel de Lucía bajo ellas. Quería volver, decirle que haría todo lo que ella quisiera, que se postraría a sus pies; tenía una opresión en el pecho que no había sentido nunca antes, y que apenas lo dejaba respirar con normalidad.

Lucía tuvo que controlar sus ganas de correr tras él. Si bien era cierto que

nunca podría haber nada más entre ellos, sentía un frío en los huesos desde que Lucky había salido de la casa de invitados, que no había sentido jamás.

CAPÍTULO 7

Margarita llegó sobre las siete de la tarde. La casa estaba en silencio, eso le provocó un sentimiento de fatalidad que no supo muy bien a qué achacar. Después recordó que había dado vacaciones al resto del personal y se tranquilizó un poco.

Fue hacia la cocina. Iba algo cargada y tenía prisa por dejar las bolsas en algún sitio. Sabía que a Lucía y Lucky les encantaba la fruta y se había detenido en una tienda donde solía ser muy fresca y de calidad.

Una vez que hubo dejado las cosas que traía en la cocina, se dirigió a su habitación para darse una ducha. Ya prepararía la cena más tarde, se dijo. Suponía que Lucía habría salido a cenar con alguien. «Esa chiquilla siempre tiene plan», pensó; pero Lucky y ella tendrían que comer algo.

Cuando volvió a la cocina media hora más tarde, se asombró de encontrar allí a Lucía.

—¡Hola! —le dijo con regocijo—. Pensé que no estabas. ¡¿No me digas que te quedas a cenar con nosotros?!

—Pues... en principio, sí. Creo que todas mis amigas están demasiado ocupadas para quedar conmigo. No sé, Tata, será que nos hacemos mayores —mintió, sintiéndose mal por ello.

Margarita se puso a reír sonoramente, y Lucía elevó las cejas sin saber qué era aquello tan gracioso que acababa de decir. Esa era la única excusa que se le había ocurrido. «¿Cómo voy a decirle a la Tata que estoy aquí para pasar un poco más de tiempo cerca de Lucky? ¿Que, desde que nos hemos

separado, no he hecho otra cosa que pensar en cómo estar junto a él?», se justificó ante sí misma.

En ese momento, él entró por la puerta del jardín, sudoroso y lleno de tierra. —¡Por Dios, Lucky! ¿Has estado trasplantado flores o peleándote con ellas? —preguntó Margarita entre risas en cuanto lo vio.

El chico ni siquiera sonrió ante esa broma. El corazón le había dado un brinco en el pecho cuando había visto a Lucía en la cocina, y eso más que alegrarlo lo había preocupado. Sin duda, no presagiaba nada bueno tanto regocijo interior, más bien significaba que los sentimientos que Lucía despertaba en él eran más intensos de lo que podía permitirse.

La chica también retuvo la respiración al verlo y para Margarita, que era perro viejo, no pasó desapercibida ninguna de las dos actitudes.

—Ve a ducharte —ordenó la mujer a Lucky—, Lucía y yo prepararemos algo para cenar.

Él asintió, como solía hacer, pero no dijo nada. Pasó hacia las dependencias del personal sin abrir la boca y obligándose a sí mismo a no mirar a Lucía.

Margarita vio la desolación en los ojos de la chica y ya no le cupo ninguna duda de que aquellos dos se traían *mucho* entre manos. «Solo espero que los dos salgan bien parados de ello», suplicó al Dios al que seguía rezando.

—¿Sabes preparar ensalada de frutas? —preguntó a Lucía.

—¡Tata! ¿En serio hace falta que me preguntes eso? —contestó ella algo picada.

Margarita la miró, condescendiente. Le señaló donde había dejado la fruta y se fue a buscar patatas; había decidido que prepararía una tortilla.

La cena transcurrió prácticamente en silencio, la única que habló fue Margarita. No paraba de contar cosas sobre la casa y los muebles que había comprado esa tarde.

—Así que, al final, me he decidido por dos camas de matrimonio, una para cada habitación, porque cuando me jubile quiero dormir a mis anchas, estoy

cansada de camas pequeñas. —Se daba cuenta de que los chicos no la estaban escuchando, ambos tenían la mirada puesta en el plato sin atreverse a mirarse entre sí.

—Es verdad que en Puigpunyent ya no queda casi nadie de mi familia, ni siquiera de la gente que conocía cuando vivía allí —continuó—. De todas formas, siempre me ha parecido que el pueblo me llamaba; al fin y al cabo, es donde nací.

»También he comprado los muebles del comedor. Bueno, más que un comedor, aquello es la entrada, sala de estar y comedor, todo en uno...

Siguió hablando de la casa y de los muebles durante un rato más, pero desistió al ver que sus palabras caían en el vacío. Se levantó para quitar los platos y traer boles para el dulce.

—Hale, chicos, de postre tenemos la ensalada de frutas que tan amablemente ha preparado Lucía —dijo poniendo la ensaladera en la mesa.

Lucky levantó la vista del plato para fijarla en Lucía. Por la tarde, mientras trabajaba, había cambiado de opinión al menos veinte veces; un momento le parecía que había hecho lo correcto y al momento siguiente se arrepentía de haberse separado de ella después de lo que habían compartido. Al verla en la cocina, se había dado cuenta de que estaba allí por él y, aunque por un momento había sentido que había ganado la partida, al instante siguiente había recordado que nunca podría salir indemne de aquella situación. Mientras se duchaba, había decidido que no hablaría con ella, para evitar así comprometerse a algo a lo que no estaba dispuesto. Sin embargo, su fuerza de voluntad flaqueó de nuevo en cuanto tuvo a Lucía frente a él. Deseaba tanto mirarla, perderse en sus ojos del color de la miel, que estuvo a punto de romper su mutismo incluso delante de Margarita.

Lucía no sabía por qué Lucky parecía estar tan lejos de allí en esos momentos, ni siquiera por qué parecía enfadado, lo único que sabía era que no deseaba verlo en ese estado. El hombre que tenía frente a ella se parecía muy poco al que había tenido entre sus brazos esa misma mañana. Verlo así

la hacía sentir miserable. Lo miró, una vez más, esperando que por fin él le correspondiera.

En cuanto sus ojos se encontraron, notó de nuevo aquella electricidad desconocida para ella hasta el día anterior, y supo que él, de algún modo, deseaba tanto como ella que volvieran a estar juntos.

Después de cenar, Lucky se retiró a su habitación. Desde que había entrado no había parado de darle vueltas a la situación en la que se encontraba. Sabía que Lucía iría esa noche a la casa de invitados para encontrarse allí con él – ¿para qué había ido a cenar con él y Margarita, si no era para hacérselo ver de algún modo?, se decía–, y que él, irremediablemente, también lo haría. Sabía que, en esa relación, el único que iba a perder, tal vez demasiado, sería él. Perdería el amor propio que tanto le había costado ganar, perdería la confianza de Margarita y, lo que era peor, al final también perdería a Lucía.

Todo por lo que había pasado en su vida lo impelía a huir de ella como de la peste, pero cada una de sus fibras había quedado atada a Lucía esa mañana o, lo que era peor, la primera vez que la vio, dos días atrás.

Aunque le hubiera dicho que no pensaba poner en peligro a Margarita o su trabajo en casa de sus padres; a pesar de la promesa hecha a su benefactora, a pesar de que todo su ser le decía que lo único que podía conseguir al acudir esa noche a la casa de invitados era dar al traste con lo que tanto esfuerzo le había costado conseguir, iría. La atracción que sentía por Lucía le robaba el sentido común y lo llevaba a hacer cosas en contra de lo que le dictaba la razón.

En cuanto oyó los suaves ronquidos de Margarita en la habitación contigua, salió sin hacer ruido, se dirigió al único sitio donde en esos momentos deseaba estar, y se dispuso a esperar a Lucía.

Lucía se negaba a analizar qué le pasaba. En menos de tres meses se casaría

con el hombre adecuado; sus padres lo habían elegido para ella hacía casi veinte años y justo hasta esa mañana le había parecido bien. Sin embargo, con ese *hombre adecuado* nunca había sentido lo que había experimentado mientras practicaba sexo con Lucky —«¿Practicar sexo? ¿Ha sido eso lo que hemos estado haciendo?», se preguntó—; ni tampoco mientras estaban tumbados en la cama, hablando. En esos momentos, se había sentido más unida a Lucky de lo que nunca se había sentido a Alberto, y eso que con este último habían sido buenos amigos mucho antes de prometerse.

Desde el momento mismo que vio a Lucky fue como si un imán tirara de ella hacia él y no podía ni quería evitarlo.

Se estaba hartando de dar vueltas en su cuarto como un animal encerrado. Sin hacer ruido atravesó la casa a oscuras y bajó las escaleras para dirigirse, por segunda vez ese día, hacia la casa de invitados.

Las luces de la estancia estaban apagadas cuando entró. Aun así, no le costó distinguir la silueta de Lucky. Estaba sentado en el mismo sofá donde había encontrado apoyo, esa mañana, la primera vez que habían hecho el amor. «Porque es lo que hemos hecho, ¡eso no ha sido solo sexo!». Lucía acababa de contestar a su pregunta.

Se encontraba inclinado hacia delante, los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos. Tenía un aspecto tan abatido que a Lucía le partió el corazón. No se movió cuando ella se acercó a él. La chica levantó una mano y, después de dudar un segundo, le acarició la cabeza.

—¡Has venido! —susurró ella.

—¿Podía hacer otra cosa?

—Todavía no sé qué es lo correcto: si seguir haciendo lo que es debido o hacer lo que me dicta el corazón...

—Hagamos lo que hagamos siempre habrá alguien que salga perdiendo — le contestó al tiempo que la abrazaba y enterraba la cara en su abdomen.

Permanecieron así un tiempo, él abrazado a su cintura, ella acariciándole la cabeza.

—Vamos a disfrutar del tiempo del que dispongamos —dijo Lucky, al fin, separándose un poco de ella y mirándola fijamente.

Ella volvió a cogerlo de la mano, como había hecho por la mañana, y lo guio a la habitación. Se tumbó en la cama y le indicó a él que hiciera lo mismo. Se acostaron de lado, frente a frente, tan cerca uno del otro que sus respiraciones se aunaban.

—No sé qué has hecho conmigo, Lucía —susurró Lucky—. Si creyera en patrañas de viejas, diría que me has embrujado.

—Entonces nos pasa lo mismo a los dos. Me siento atada a ti de una forma tan extraña que soy incapaz de explicarlo u oponerme a ello siquiera.

Y así, pegados uno al otro, se quedaron dormidos hasta la mañana siguiente.

Cuando Lucía despertó, ya bien entrada la mañana, Lucky no estaba a su lado. En el lugar que él había ocupado había un ramillete de rosas, que sin lugar a dudas había cortado en el jardín.

A Lucía se le llenaron los ojos de lágrimas; se dio cuenta de que lo único que deseaba era volver a estar con él, fuera de la forma que fuese.

CAPÍTULO 8

La semana siguiente fue de ensueño. Durante el día, Lucía pasaba la mayor parte de las horas en la piscina viendo trabajar a Lucky e intercambiando con él algún beso furtivo cuando pensaban que Margarita no podía verlos. Por las noches, la casa de invitados se convertía en su reino. Se encontraban allí y hacían el amor o simplemente dormían hasta el amanecer. Si Lucía se despertaba y él ya no estaba, siempre encontraba a su lado un ramillete de flores: un día eran narcisos, otro, violetas, y el que más le gustó, uno de margaritas silvestres.

Una noche, cuando Lucía llegó a su cita diaria con Lucky, él estaba sentado en el sofá de la pequeña sala leyendo algo que escondió en cuanto la vio entrar.

—¿Qué estabas leyendo? —le preguntó, pícara.

—Nada.

—Has escondido algo a tu espalda cuando yo he entrado —insistió ella con una gran sonrisa en la cara—. ¿Qué era?

—¡Te digo que no era nada! —exclamó él, poniéndose serio de repente.

Lucía, con cara de tramar algo, se sentó a horcajadas sobre el chico y empezó a besarlo sin descanso. En cuanto Lucky bajó la guardia, metió una mano entre él y el sofá, y se hizo con lo que andaba buscando.

—¡Venga ya! —exclamó él, fustigándose mentalmente por haber caído en una trampa tan tonta.

—¿Qué es? —repitió Lucía echando un vistazo a su descubrimiento—.

¡Oh! —dijo en cuanto se dio cuenta de que lo que tenía en las manos era la vieja cartilla que ella había utilizado para aprender a leer—. ¿No sabes leer? ¿Por qué no me lo habías dicho? Te hubiese ayudado.

—No es una cosa de la que uno presume, ¿sabes? —le dijo poniéndose tenso bajo ella.

Ella se sintió tremendamente arrepentida de haber desvelado su secreto, pero no estaba dispuesta a que eso se interpusiera en los días maravillosos que estaban pasando.

—Bueno, pues como ahora ya lo sé, voy a ayudarte. Practicaremos cada noche.

—¿Ah, sí? —dijo él en un tono lisonjero que enronqueció su voz—. Y ¿cuándo piensas hacerlo si apenas nos queda tiempo para dormir?

—Ese truco ya lo he usado yo contigo, mi bombón relleno. ¡No te surtirá efecto!

Él se puso a reír, ¿qué otra cosa podía hacer? La culpa había sido suya por llevar a la casa de invitados la cartilla que le había dado Margarita para que se familiarizara con las palabras.

Lucía se sentó a su lado en el sofá.

—A ver, ¿por dónde vas?

—No pararás, ¿verdad?

—No.

—Empecé hace tres días. Margarita me ayudó; ahora estaba practicando para dejarla boquiabierta con mis progresos —dijo él con una sonrisa de triunfo—. Ya sé que «Mi mamá me mimaa» y que «Timoteo mete tu moto».

—¡Pues sí que has avanzado en tres días! —De repente se calló, puso cara de espanto y cerró la cartilla escolar de golpe.

Lucky levantó las cejas preguntándose qué había pasado.

—Este libro es muy antiguo, ¿por qué no me acerco mañana a una librería y compró una cartilla más moderna?

—¿Por qué deberías hacer eso? —dijo él sonriendo—. El método me parece

genial. Esos dibujos asociados a una ¿sílabas? van muy bien. ¿O es que hay algo ahí que no quieres que vea?

—No, que va; cuando aprendí a leer, yo era una niña muy buena, ¿qué piensas de mí? —dijo intentando desviar el tema.

—Pues no entiendo qué problema ves. Me encanta saber que estoy aprendiendo con el mismo libro con el que lo hiciste tú —dijo meloso y empezó a besarla.

A los pocos segundos se había hecho con la cartilla y la estaba abriendo para saber qué era lo que Lucía no quería que viera.

Una sonora carcajada hizo temblar todo su cuerpo.

—No sé por qué te ríes, no me parece para nada gracioso.

—¿Te molesta que usen el perfil de un negro para representar la sílaba «ne»? ¿Por eso no querías que la usara más?

—Es muy políticamente incorrecto. No me gusta —refunfuñó ella.

—No tienes que darle más importancia de la que tiene. Además, Margarita me dijo que era una reliquia de cuando ella aprendía a leer.

—Ya lo sé, le enseñó a mi padre a leer con ella y a mí también.

—¿Y sabías que tu padre fue el que le enseñó a ella todo lo demás?

—¿Qué dices?

—Cuando me dio este libro me contó que había empezado a trabajar para tus abuelos cuando todavía era muy joven, para cuidar a tu padre; en cuanto él ingresó en el colegio y se dio cuenta de que la estaba aventajando, decidió enseñarle todo lo que aprendía en clase. Se ve que tenían que hacerlo por la noche, cuando ella no tenía trabajos pendientes; al poco tiempo, los dos se dormían durante el día. A ella le caía alguna que otra reprimenda de las mujeres mayores del servicio, pero como a eso ya estaba acostumbrada, no se alteraba demasiado; lo peor fue que un día tu padre se quedó dormido en clase y desde el colegio llamaron a tu abuelo. Les prohibieron que siguieran estudiando juntos por las noches. Tu padre cogió un berrinche impresionante, pero tu abuelo fue inamovible.

—No sabía nada de todo eso, ninguno de los dos me lo ha contado nunca. ¡Qué triste me parece! Mi abuelo era un déspota.

«¿Y tu madre no lo es?», pensó Lucky, aunque no lo dijo en voz alta. En cambio, continuó:

—Casi la despiden esa vez. Pero se ve que tu padre amenazó con irse con ella y se conformaron con separarlos. La mandaron a una de las casas del campo a trabajar.

—Sabía que había estado una temporada en la casa del pueblo, pero no sabía que hubiese sido por eso —dijo Lucía con los ojos anegados en lágrimas.

—Tu padre la reclamó enseguida que tuvo su propia casa y, para que no hubiera un escándalo, le concedieron lo que pedía.

—Pero yo tenía entendido que se la habían pasado como parte de la herencia, cuando mis padres se casaron y se instalaron en su primera casa —dijo ella muy extrañada.

—Eso es lo que le contaron a tu madre para que no se pusiera más celosa de lo que ya estaba.

—¿Mi madre celosa de Margarita?

—¿No te has dado cuenta de cómo la trata? Yo la mitad de las veces ni me entero, porque en la casa grande no entro, pero en el jardín la humilla siempre que puede. Si me tratara a mí de esa manera, creo que ya me habría ido. —Después recapacitó un poco—. Bueno, seguramente habría esperado a tener los papeles en regla.

Lucía, que estaba a punto de echarse a llorar, no podía dar crédito a lo que Lucky le estaba contando. Sin embargo, se dio cuenta en seguida de que era la verdad. Ella había visto en cientos de ocasiones las escenas que su madre le montaba a Margarita. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que la pobre mujer aguantaba sin decir ni media palabra y que, de no haber sido así, la sangre hubiese llegado al río años atrás.

Lucky la cogió por debajo de las piernas sin apenas esfuerzo y la sentó

sobre él como si fuera un bebé. Empezó a secarle las lágrimas con besos tiernos hasta que ella se calmó.

—Margarita es fuerte y, como ella dice, «No ofende el que quiere, sino el que puede». No sé cómo haré cuando se vaya; supongo que me iré con ella.

—¿Cuándo se vaya?

—¿No lo sabes? Piensa dejar la casa cuando tú te cases. —La mención de la boda hizo que Lucía se pusiera tensa de nuevo. Lucky notó cómo se envaraba y empezó a acariciarle el pelo.

—Vamos a dejar de hablar de estas cosas, ¿de acuerdo?

Lucía asintió algo reticente. Lucky empezó a besarla de nuevo, pero la tristeza se notaba en el aire. Se puso en pie con ella en brazos y la llevó a la cama.

—Vamos a dormir esta noche —le dijo—. Que yo también ando muerto de sueño todo el día.

Lucía rompió a llorar de nuevo.

—¡Dios! ¿Cómo he podido ser tan egoísta, Lucky?

—¡Chis, chis! —dijo, y la hizo callar con un beso—. No tendría que haber mencionado eso. Hoy estoy hablando mucho más de la cuenta.

Se tumbaron en la cama, de nuevo frente a frente, que era como más les gustaba estar. Lucky la tenía abrazada con fuerza; Lucía continuaba llorando.

De repente, él empezó a hablar muy flojito en una lengua que ella no entendía. Parecía que estaba recitando una especie de poema, la cadencia la calmó y paró de llorar. Después de unos minutos más, la letanía de Lucky también se acabó.

—¿Qué estabas diciendo? —preguntó ella después de un rato de permanecer en silencio.

—Mi madre siempre me recitaba este poema cuando yo era pequeño para que parase de llorar. Creo que se lo había inventado para mí, porque no he conocido a nadie más que lo sepa.

—¿Y qué dice?

—Dice algo así como que la luz del sol sale cada día, que ninguna noche dura eternamente y que la mañana siempre llega para alumbrarnos con su luz.

—Nunca me habías hablado de tu madre.

—Me cuesta mucho hacerlo.

—¿Está en Nigeria?

—No, murió antes de que yo me fuera.

—¿No tienes familia allí?

Lucky no contestó inmediatamente, tardó un rato muy largo en volver a hablar y, cuando lo hizo, lo que dijo fue:

—Vamos a dormir, otro día te lo contaré.

Uno tras otro, los miembros del servicio empezaron a incorporarse al trabajo. Primero fueron las camareras, que tenían que hacer una limpieza general antes de que los señores volvieran, después el cocinero, y finalmente el chófer, que pasaba las horas muertas sacando brillo a los coches estacionados en el garaje.

Lucía y Lucky tuvieron que ser cuidadosos a la fuerza y solo podían verse por las noches, cuando todo el mundo se había marchado. Su suerte era que, a esas horas, solo permanecían en el chalet él y Margarita como internos. Los demás empleados volvían a sus casas al terminar la jornada laboral.

Habían elaborado un sistema para comunicarse cuando había gente en la casa, que consistía en dejar un montoncito de piedras en una esquina de la piscina. Eso impelía a uno a buscar al otro en la casa de invitados. La mayoría de las veces intercambiaban algunos besos ansiosos y nada más, pero ese leve contacto, esa comunicación secreta incrementaba su deseo de encontrarse por la noche.

A medida que pasaban los días, el nerviosismo de ambos crecía a marchas forzadas ante la inminente llegada de doña Obdulia y don Jorge.

Una noche, tras haberse bañado en la piscina, Lucky estaba tumbado boca abajo en la cama mientras Lucía dibujaba letras en su espalda.

—Estate quieto —le dijo—. Ahora dibujaré una frase.

—¿Una frase? Tú estás loca, si con las letras sueltas ya me cuesta, ¿cómo voy a saber qué dice una frase?

—Será una muy cortita. Además, verás lo fácil que es. ¿Preparado?

—Dale, ya veremos.

Lucía empezó a dibujar la primera letra en su espalda, muy despacio para que él tuviera tiempo de asimilar la forma.

—Una te —dijo él.

—Exacto, alumno avanzado, sigamos.

—Una e. Te

—¡Ajá! —aprobó—. Ahora viene un espacio.

—De acuerdo. Sigue.

—Le vas cogiendo el gustillo, ¿eh?

—Sigue, me tienes intrigado —la apremió.

—Como ordene su señoría —dijo ella juguetona.

—Eso es una hache.

—No, fíjate bien.

—¿Una a?

—Sí.

—Una eme. Una o.

Lucky se volvió de golpe hacia ella y la miró a los ojos de aquella manera que la dejaba siempre anonadada.

—¿Me amas? —preguntó incrédulo.

Lucía asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Te amo, Lucky. Mucho más de lo que he amado a nadie jamás.

Él la estrechó entre sus brazos y empezó a besarla con un delirio nuevo y desconocido, hasta que los pulmones de ambos pidieron aire a gritos.

—Yo también te quiero, Lucía. Estar contigo es como llegar a una fuente después de atravesar el desierto.

Se fundieron en un abrazo desesperado. Ambos sabían que ese amor no

podía prosperar y estar en conocimiento de que el otro sentía lo mismo, más que alegrar sus corazones, los entristecía.

—¡Lucía, Lucky! —Oyeron, con espanto, la voz de la Tata que los llamaba desde la puerta de la casa de invitados—. Salid de prisa de ahí. Efraín acaba de venir a buscar el coche. Tu padre lo ha llamado para que los recoja a él y a tu madre en el aeropuerto. Han adelantado el día de llegada.

CAPÍTULO 9

Se vistieron a toda prisa con el corazón en un puño. Al llegar a la puerta, la Tata los esperaba allí, de pie. Miró a Lucía con cara de apremio.

—Venga, no te entretengas, ¡y alegra esa cara! Ya les extrañará que estés en casa un sábado por la noche, como para que les des más pistas. No puede parecer que te acaban de condenar a muerte.

—¡Ay, Tata! Lo sabías. —No se lo estaba preguntando, más bien lo afirmaba.

—Claro que lo sabía. No habéis sido cuidadosos precisamente —contestó empujándola con suavidad hacia la casa—. Lucky, métete en tu habitación y no salgas de momento. En cuanto pueda iré a verte.

Lucía no se atrevía a dejar marchar a Lucky, que tenía una mano extendida hacia ella y le decía con todo el cuerpo lo abatido que se encontraba.

—¡Venga, venga, camina si no quieres que se nos caiga el pelo a todos! —repitió Margarita.

Lucía formó con los labios un «Te quiero» y echó a correr hacia la casa.

Margarita marchó tras ella y Lucky se quedó solo junto a la piscina, el dolor en su corazón era parecido al que había sentido con demasiada frecuencia en su vida, pero mucho más intenso y lacerante: nunca antes se le había roto por amor. En las anteriores ocasiones había conseguido enterrar ese dolor en un lugar remoto de su mente, pero en esos momentos no veía cómo podía realizar de nuevo esa proeza.

Lucía pensó en hacerse la dormida cuando sus padres llegaran, pero Margarita no se lo permitió. La obligó a cambiarse para bajar a verlos.

—Deberías maquillarte un poco, mi vida, tu madre se dará cuenta enseguida de que pasa algo si ve ese color ceniciento de tu cara.

Lucía empezó a llorar de nuevo. No podía parar.

—¡Oh, Tata! ¿Cómo voy a hacerlo? ¡Quiero a Lucky!

—Lucía, la vida te ha tratado muy bien, no has aprendido todavía que nunca podemos tener todo aquello que deseamos. Dentro de unos años, Lucky será un recuerdo agradable en tu pasado. Tu futuro está atado a Alberto.

—¿Cómo puedes decir eso precisamente tú? —le recriminó Lucía.

—Puedo decirlo, te conozco desde que naciste y, aunque te quiero más que a nada en el mundo, sé cómo te has criado. Lucky es el camino difícil, Lucía. Todo lo que te han enseñado a ser en la vida te ha llevado a evitar los caminos difíciles. Aunque sea cruel decirlo, y a mí me entristezca más de lo que puedas imaginar, nunca lo elegirás a él. Eso me consta. Y a ti también.

Lucía le señaló a Margarita la puerta.

—¡Vete! No quiero oírte. Dices que me quieres y al mismo tiempo me insultas, ¡no te entiendo! —gritó con un dejo de histerismo.

—¡Lo harás, algún día, lo harás! La vida es un ciclo y las situaciones se repiten mucho más de lo que los pobres mortales deseáramos.

Dicho eso salió por la puerta y dejó a Lucía sola con su dolor.

Veinte minutos después, doña Obdulia y don Jorge entraban por la puerta de la casa. Detrás venía Efraín, que cargaba con dos maletas enormes; las dejó y fue al coche a por más. Lucía bajó las escaleras de la gran entrada y fue a dar un beso de compromiso a su madre y un abrazo a su padre.

—¿Qué hacéis aquí? Pensaba que no volvíais hasta dentro de cuatro días.

—Tu madre se ha hartado de estar tumbada al sol, bailar y comer; cuando es lo mismo que hace todo el verano en el Puerto de Andratx, y me ha hecho

regresar antes.

—No soportaba más la cantidad de nuevos ricos y advenedizos que nos hemos encontrado. No hemos conocido a una sola persona decente en las tres semanas que hemos estado allí —dijo su madre con el gesto torcido.

Don Jorge no contestó, apretó los labios con fuerza y estrechó más a Lucía entre sus brazos.

—¿Y tú qué haces en casa? ¿Cómo es que no has salido con tus amigas a divertirse? Creía que las echabas mucho de menos —le preguntó.

—Sí, así era, pero se ve que nos estamos haciendo mayores y todas tienen mejores cosas que hacer que salir a divertirse por ahí conmigo —contestó ella, poniendo la misma excusa que había utilizado hacía casi tres semanas con la Tata.

Don Jorge profirió una sonora carcajada; en cambio, doña Obdulia chasqueó la lengua.

—Es normal que tus amigas no salgan tanto contigo, Lucía. Ahora estáis todas prometidas, os debéis a vuestros futuros esposos.

—¡Mamá! —exclamó la chica, algo alterada—. Estamos en el siglo xxi, no en los años cincuenta del siglo pasado.

—Pero la gente de bien sigue comportándose de la misma manera. Y que sea la última vez que me levantas la voz, señorita.

Como siempre, el mandato autoritario de la madre acabó con cualquier conato de rebeldía en la hija.

—Voy a hablar con Margarita para que mañana todo esté a punto para el desayuno. Vosotros dos iros a la cama. No molestes demasiado a tu padre con tus tonterías, Lucía, está agotado.

Don Jorge y Lucía empezaron a subir la escalera, él todavía con el brazo rodeando los hombros de su hija.

—Ahora que no está tu madre, ¿me contarás qué es eso que ha pasado que ha hecho que te pongas tan triste?

Lucía se envaró un poco; al final, el que se había dado cuenta de que pasaba

algo había sido su padre; le iba costar mucho más engañarlo a él de lo que le habría costado engañarla a ella, pensó. «¡En fin!, ya no tiene remedio», se dijo.

—No pasa nada, papá. Supongo que echo de menos salir, ver a mis amigas, ¡qué sé yo! Pensaba que este verano sería diferente —mintió.

—¡Vaya tontería! —dijo él parándose en medio de la escalera y sujetándola por la barbilla—. Si el verano apenas ha empezado. Dentro de una semana nos iremos al Puerto de Andratx, y allí estarán todas tus amigas, como siempre; y Alberto, por supuesto. Créeme, hija, tu vida no va a cambiar tanto como insinúa tu madre. Te darás cuenta enseguida de que somos siempre los mismos que vamos a los mismos lugares. No te parecerá que haya cambiado nada. Ya lo verás.

A Lucía se le llenaron los ojos de lágrimas y besó a su padre.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, cariño.

Don Jorge suspiró pesaroso. Lo que le acababa de decir a su hija era la pura verdad, solo que maravillosamente envuelta en papel de celofán. Su vida sería tediosa hasta el hastío. La gente de su círculo se hallaba anclada en las viejas costumbres, siempre frecuentaba los mismos lugares sin relacionarse nunca con nadie que no fuera «adecuado». Su futura consuegra no difería en nada de su mujer en ese aspecto. Ya se asegurarían ellas de que Alberto y Lucía siguieran sus pasos al pie de la letra. En parte se compadecía de la niña porque era inquieta como él lo había sido antes de que lo casaran con Obdulia. Desde que había accedido a ese matrimonio para complacer a sus padres, su vida se había vuelto insulsa. Lo único que le alegraba los días era la presencia de su hija y la compañía callada y discreta de Margarita. Y ni siquiera de eso podía disfrutar, su mujer se encargaba siempre que tenía oportunidad de poner palos a las ruedas de sus conversaciones y sus encuentros.

Suspiró mientras se acababa de desvestir, esa había sido su elección y cada

día le pesaba más. De todas formas, no había mucho que pudiera hacer, ya se habían encargado sus padres y sus suegros de atarlo bien atado a Obdulia con un contrato prematrimonial. Se habían asegurado de que aquello que había unido Dios no lo separará el hombre.

Después de haber hablado de los detalles del desayuno con la señora, Margarita se dirigió a la habitación de Lucky. Lo encontró metiendo en una bolsa las escasas pertenencias que tenía.

—¿Qué haces, Lucky? —preguntó a la espalda del chico.

—¡Me voy!

—¿Te vas así? ¿Ni siquiera te despedirás de ella?

—No hay mucho más que nos podamos decir, ella ya ha elegido —dijo con la rabia cuajándole la voz.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso, Lucky? Ni siquiera se lo has preguntado.

Lucky se volvió para mirar a Margarita a la cara.

—¡Me acababa de decir que me amaba! Y en cuanto le has dicho que sus padres estaban aquí, ha salido corriendo, ni siquiera se lo ha pensado. Pero es mejor así, yo nunca tendré nada que ofrecerle.

—Lucky, no seas tan trágico. Lucía ha salido corriendo porque yo la he instado a ello. Dale un tiempo para pensar lo que perderá si tiene que separarse de ti...

—¿Y qué es eso que según tú dejaría de tener? Conmigo tendrá que trabajar toda la vida, ¿o acaso crees que sus padres me aceptarán tan fácilmente y me abrirán las puertas de la casa grande? Tendrá que irse de aquí a vivir en un piso de mala muerte y sin las comodidades a las que está acostumbrada. ¿Te parece que lo nuestro duraría mucho en esas condiciones?

—La estás juzgando sin dejar que se defienda, Lucky, no me parece justo.

—¿Y qué es lo que te parece justo? ¿Que me quede aquí soportando los desprecios que quieran hacerme los señores solo para estar cerca de ella,

como haces tú con su padre?

La mano de Margarita salió disparada a la cara de Lucky. Lo quería casi tanto como a Lucía, mucho más de lo que quería a cualquiera de las personas que había ayudado a prosperar a lo largo de los años. Pero se había sentido muy ofendida y no había sabido controlarse.

—No te consiento que me hables de esa manera —dijo con lágrimas aflorando a sus ojos—. Por mucho que te quiera, sigo siendo tu encargada directa. Si quieres irte, tendrás que darme los quince días de rigor.

Salió de la habitación de Lucky con la cabeza muy alta y se dirigió hacia la suya.

Lucky se sentó en la cama y enterró el rostro entre las manos. Durante toda su vida había tenido que luchar, desde el momento mismo de su nacimiento su vida había sido difícil. Se había enfrentado a la muerte más veces de las que podía o quería recordar. ¿Por qué una cosa tan sencilla como hacer una maleta y salir huyendo de la fuente del peor dolor que había sentido nunca le costaba tanto?

CAPÍTULO 10

A la hora del desayuno, las ojeras de Lucía le llegaban casi al mentón. Su cara era la de un alma en pena. Pero su madre, inmersa en sus propios problemas, ni se dio cuenta.

Margarita se asomó al comedor; parecía estar buscando a alguien, y Lucía no perdió el tiempo, se dirigió corriendo a ella y la abrazó.

—¿Me perdonas, Tata? —le preguntó flojito al oído.

—A mí no hace falta que me pidas perdón, ya lo sabes, pero a lo mejor...

—¡No puedo entender que cada día tengáis que haceros arrumacos y contaros secretitos! Lucía, por favor, ¿quieres sentarte a la mesa y dejar de hacer tonterías ya? —las interrumpió doña Obdulia. Lucía miró a su madre con algo parecido al odio al mismo tiempo que, dándole un leve apretón en un brazo a Margarita, le hizo entender que después seguirían hablando.

En cuanto se sentó a la mesa, su madre se lanzó al ataque.

—¡Vosotros dos no me escucháis nunca y así nos va! —dijo dirigiéndose a su hija y a su marido.

—¿Y ahora cual es la supuesta ofensa, Obdulia? —dijo don Jorge con tono hastiado.

—Pues que el jardinero nuevo, al que tú tan amablemente le has arreglado los papeles de residencia, ha decidido que ya se ha aprovechado lo suficiente de nosotros y le ha dicho a Margarita que en quince días se va.

—¿Cómo? —gritaron casi al unísono padre e hija.

—Entiendo que os indignéis, a mí me ha pasado lo mismo —contestó, ajena

por completo a nada que no fueran sus propios pensamientos.

Lucía se había quedado blanca como la leche, varios tonos por debajo de su color habitual. Se le había formado un nudo en la garganta que le impedía tragar y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Si me disculpáis —dijo poniéndose en pie—, tengo una jaqueca tremenda, ni siquiera puedo tragar. Creo que me volveré a la cama un rato.

Y, sin esperar a que ninguno de los dos contestara, salió del comedor. Una vez en la entrada, en lugar de subir hacia su habitación se dirigió al jardín. Esperaba encontrar a Lucky enseguida y sin que nadie la viera. Si tenía que usar el montoncito de piedras para que él supiera que lo esperaba en la casa de invitados, lo haría, pero estaba muy inquieta, no podía esperar a que Lucky decidiera si acudiría o no acudiría a la cita. Además, en ese momento cobraba sentido lo que le había insinuado la Tata cuando le dijo que no era a ella a quien debía pedir perdón.

«¡Ahí está! —se dijo en cuanto lo vio—. Si te acercas a él desde la cocina, le cortarás la retirada».

Como había planeado se dirigió hacia él con paso decidido y, cuando estuvo a su altura, giró en dirección a la casa de invitados haciéndole una señal para que la siguiera. Lucky echó un vistazo al jardín y, como no le pareció que los hubiera visto nadie, la siguió.

Una vez lejos de las miradas de los demás pobladores de la casa, Lucía se puso a temblar de una manera tan intensa que Lucky se asustó. Intentó acercarse a ella, pero Lucía lo hizo mantenerse apartado alzando una mano.

—¿Qué es eso de que te marchas dentro de quince días, me lo puedes explicar?

—Me voy, Lucía, no quiero quedarme aquí y asistir a los preparativos de tu boda. Me moriría si tuviera que ver eso todos los días. Además, aunque no lo hayamos hablado, sé que Alberto llegará la semana que viene. ¿Cómo crees que me sentiré cuando os vea juntos?

—Pero, Lucky, él ni siquiera vendrá aquí; estará en el Puerto de Andratx.

Yo puedo quedarme unos días más en Son Vida. Puedo inventarme cualquier excusa —balbuceó.

—Deja de pensar solo en ti, Lucía. ¿Crees que tú podrías vivir esperando ver un montoncito de piedras en una esquina de la piscina? ¿Acaso no te parece denigrante?

Lucía lo miró con toda la pena de su alma reflejada en los ojos. Entendía lo que Lucky decía, pero ¡no quería perderlo! Solo con pensarlo su corazón se partía en dos. ¿Cómo solucionar el enredo en el que se había metido? Estaba prometida a Alberto, no podía romper ese compromiso por las buenas. Durante el tiempo que compartió con Lucky, no había querido plantearse qué pasaría más allá del día siguiente, más allá de la próxima cita. Pero ya no le quedaba más remedio que hacerlo. El momento en el que había evitado pensar a toda consta había llegado y la había dejado noqueada.

—No quiero vivir así, no me apetece ser el juguete sexual de nadie —escupió de repente Lucky.

Ella abrió los ojos con espanto, le dio un bofetón y salió corriendo hacia la casa grande.

Lucky había dicho esas palabras de forma deliberada para que ella se marchara, había intentado hacerle más fácil una ruptura que de todas formas se veía venir, pero se arrepintió de inmediato después de haberlas pronunciado en voz alta.

—¡Lucía, Lucía, espera, no sé por qué he dicho eso, no es lo que pienso! —gritó, al tiempo que salía corriendo tras ella.

La alcanzó cuando ya entraba en la sala de estar contigua a la terraza. Ella se paró en seco, nada más traspasar el ventanal, sorprendida de encontrar a sus padres sentados allí leyendo el periódico; no era el lugar donde solían hacerlo y por eso había elegido esa sala para entrar a la casa grande.

Lucky entró como un rayo tras ella, y casi la tiró con la fuerza del impacto con que la golpeó. Se apresuró a cogerla entre sus brazos para que no diera con sus huesos en el suelo.

—¿Qué significa esto? —chilló doña Obdulia fuera de sí.

—No es lo que parece, mamá —contestó Lucía. Inmediatamente se dio cuenta de que esa era la mentira más grande que había dicho jamás porque sí era lo que parecía y porque por primera vez en su vida no le importaba, en absoluto, lo que su madre pudiera opinar sobre el asunto.

—Tú, sal de la casa —dijo doña Obdulia mirando a Lucky con desprecio.

Él no se movió ni un milímetro y no soltó a Lucía, como si sujetándola entre sus brazos pudiera protegerla de la furia que reflejaban los ojos de doña Obdulia.

—Sal, no te preocupes, ahora iré a buscarte —le susurró al darse cuenta de que su madre se estaba poniendo morada de rabia por momentos.

Margarita, que alertada por los gritos se había acercado a ver qué pasaba, también le indicó con la cabeza que se marchara, dándole a entender que ella cuidaría de su niña.

Él las obedeció receloso; antes de irse, miró a Lucía a los ojos, con esa intensidad que hacía que ella se fundiera por dentro; eso la llenó de un valor que creía no tener. Encaró a su madre con ánimos renovados.

—¿Qué necesidad tenías de hablarle de esa manera? —le espetó en cuanto él hubo salido.

—¿Qué manera? Me parece que he sido mucho más educada de lo que merece, no sé dónde ves mi falta —contestó irónica.

—¡Mamá! Lo has tratado como si fuera una basura.

—¡Ay, hija, que quisquillosa te has vuelto! ¿Qué querías, que lo invitara a pasar después del espectáculo que habéis dado? Además, no sé cómo has podido quedarte tan cerca de él, ¡con lo mal que huele!

Lucía miro a su madre con furia.

—Pero ¿qué dices, mamá? ¿Te has parado a escuchar lo que sale de tu boca? Eso sí que es basura —chilló.

Don Jorge se puso en pie e intentó acercarse a su hija.

—Cálmate, Lucía, estas muy nerviosa; estoy seguro de que no querías

hablarle así a tu madre —exclamó en un tono conciliador.

Ella alargó una mano y no dejó que su padre se le acercara más.

—No es a mí a la que tienes que intentar calmar, papá. ¿Tú la has oído?

—¡A la que hemos podido oír todos es a ti! —vociferó doña Obdulia, sin que su marido pudiera intervenir de nuevo—. ¡Me vas a hablar como es debido, con educación, ahora mismo! —ordenó perdiendo la falsa compostura que había mantenido hasta ese momento.

—¡No hasta que tú hagas lo mismo con Lucky!

—¿Lucky? ¿Ahora no te basta con besuquear a Margarita? Además, vas a poner al jardinero negro por encima de tu madre.

—¡Mamá! —la increpó Lucía con los dientes tan apretados que Margarita, que seguía allí, temió que se le fueran a partir.

—¡Ni mamá, ni mamá! —contestó la madre—. Si crees que no sé qué has estado haciendo mientras nosotros no estábamos aquí para vigilarte, estás muy equivocada.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué he estado haciendo según tú, mamá?

—¡Has estado revolcándote como una perra en celo con ese negro por toda la casa! —Estaba fuera de sí, chillando a voz en cuello.

—¡Obdulia! —gritó don Jorge, intentando que no dijera más barbaridades.

Margarita se llevó las manos a la boca, y Lucía se quedó en estado de *shock* por unos instantes.

—Menos mal que en dos meses te casarás y todo este encaprichamiento, por demás inapropiado, se te pasará —añadió todavía la madre, intentando recuperar una calma que estaba muy lejos de sentir, alisándose la falda y sin mirar a nadie.

Lucía se dio cuenta entonces de que algo en su interior desaparecía. No supo si fueron las ataduras que su madre había ido tejiendo a su alrededor o si fue el miedo que sentía por esa mujer; lo que fuera se borró de un plumazo, y esa ausencia la hizo más fuerte que nunca. Se irguió cuan alta era y anunció:

—No pienso casarme con Alberto. Si me caso con alguien, será con Lucky.

Ya que parece que todo el mundo sabe lo que siento por él, no hace falta que nos andemos más por las ramas.

—Eso ni lo sueñes, tú no te casarás con un inmigrante pelagatos, que lo único que quiere de ti es tu dinero. Bueno, mejor dicho, el de tu padre y mío, porque lo que es tú, si sales de esta casa, no tienes donde caerte muerta.

—¿Me estás amenazando, mamá?

—En absoluto, lo único que hago es constatar un hecho.

—Eso no es, en absoluto, un hecho. ¡Yo no soy tú, mamá! ¡No soy ningún florero! Tengo una carrera y dos másteres. Creo que soy más que capaz de buscarme la vida y ganármela; muy bien, por cierto.

—Inténtalo, si eso es lo que quieres. Ahí está la puerta. Cuando vuelvas con el rabo entre las piernas, será bajo mis condiciones.

Lucía se encamino hacia la escalera con los puños apretados por la rabia.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó su madre sin alterarse.

—Voy a hacer la maleta, no pienso pasar ni un minuto más bajo tu mismo techo.

—¡Si te vas, te vas sin nada! Da gracias que no te haga dejar la ropa que llevas puesta.

Lucía le dirigió una mirada de odio tan intenso que su madre retrocedió medio paso. Después por un segundo miró a su padre que, como siempre, seguía callado.

Se encaminó hacia el jardín en busca de Lucky y salió de la casa sin mirar atrás.

Margarita tenía la cara anegada en lágrimas. La escena que acababa de contemplar la llenaba de tristeza, pero no era por lo que se habían dicho madre e hija, si no por lo que no había dicho el padre.

Con paso lento se acercó a él.

—Jorge, ¿de verdad dejarás que tu hija se marche así?

—No le vendrá mal un tiempo de reflexión —contestó él mirando al suelo,

sin atreverse a confrontarla.

—Es tu hija, Jorge, ¡tu hija!

—Cállate, bruja —la recriminó doña Obdulia—. Todo esto es culpa tuya por meter a esa chusma en esta casa; si no hubiese sido por ti, Lucía no se habría desviado del camino que le habíamos marcado con tanto esfuerzo.

Por segunda vez en su vida, y en menos de veinticuatro horas desde la primera, Margarita sintió ganas de pegarle a alguien. Pero su educación al servicio de los señores le impidió que lo hiciera; sin embargo, se volvió hacia Jorge, que seguía sin decir nada, y le espetó:

—Yo también me voy. Hasta hoy he aguantado por ti y por Lucía, pero ya no más, Jorge, ¡ya no más! En mi casa tu hija sí que será bien recibida, así que si quieres vernos, ya sabes dónde puedes encontrarnos. Pero ven solo, si la arpía de tu mujer se acerca a menos de un kilómetro, puede darse por muerta. Lo juro. —Y tras decir eso, salió por la misma puerta por la que había salido Lucía.

CAPÍTULO 11

Lucía salió de la sala a paso rápido; lo primero que hizo fue buscar con la vista a Lucky por todo el jardín, pero no logró dar con él.

Decidió ir a la casa de invitados por si estaba esperándola allí; sin embargo, tampoco pudo encontrarlo. Aprovechó la ocasión para despedirse de las estancias que la habían visto ser feliz. Se negaba a llorar o a pensar en las cosas horribles que le había dicho su madre; por no hablar de su padre, quien, como siempre, se había quedado callado, dejándose dominar por ella. Se dijo que en esos momentos no podía pensar en nada de todo eso. No se arrepentía, para nada, de lo que había hecho; se sentía liberada y muy feliz; no obstante, su futuro era más bien incierto.

Creía que Lucky se alegraría de la decisión que ella había tomado, pero necesitaba verlo, tocarlo, sentirlo a su lado para estar completamente segura de ello.

Se dirigió a la cocina y pasó a la zona de alojamiento del personal, que no visitaba desde hacía años. No se atrevió a entrar sin ser invitada.

—Lucky —lo llamó desde el pasillo, esperando que estuviera allí. Si no era así, no sabía dónde más buscarlo.

El chico salió de una de las habitaciones y la miró con anhelo. No había querido irse del salón cuando ella se lo sugirió, sabía que la había dejado sola frente a la furia de sus padres, pero la mirada que le había dirigido Margarita le había confirmado lo que él ya sabía: que su presencia allí no haría sino empeorar todavía más las cosas.

En cuanto lo vio, ella corrió hacia él y enterró la cabeza en su cuello empapándose de su olor, mientras Lucky la estrechaba entre sus brazos, como si temiera que pudiese desaparecer.

—¡Me voy contigo!

Lucky la separó un poco para poder mirarla a la cara.

—¿Cómo dices?

—Mi madre me ha humillado más allá de lo que la creía capaz y mi padre no ha movido un dedo para defenderme. Me voy. Te quiero a ti. Si son incapaces de entender eso, no pienso perder más el tiempo con ellos.

—¿Estás segura? Yo no tengo nada que ofrecerte, Lucía —dijo él con tristeza y poniéndose muy serio.

—¿No me quieres? —preguntó ella en un susurro. Los ojos se le habían llenado de lágrimas al pensar que él se estaba echando atrás.

—Más de lo que he querido a nadie en mi vida —contestó, aferrándola con fuerza.

—Pues eso me basta. Que tú me quieras es mucho más de lo que he tenido jamás.

¿De qué le servía la fortuna de sus padres o la de Alberto si no iban acompañadas de un amor incondicional como el que había descubierto que sentía por Lucky?

Margarita apareció en esos momentos; venía hecha una fiera. Lucía no creía haberla visto nunca tan enfadada. En su cara encendida podían distinguirse unas manchas blancas provocadas, sin duda, por la ira. La joven temió que le diera un ataque al corazón o quizás un infarto cerebral; lo que estaba claro era que, si no se calmaba, iba a estallar.

—¡Lucky, Lucía, nos vamos! —dijo en un tono autoritario al que no los tenía acostumbrados.

—¿Qué? —contestaron ambos al unísono.

—¿Acaso os habéis quedado sordos? Nos vamos.

—Pero, Tata, ¿de qué estás hablando? ¿Adónde quieres que vayamos?

—¡A mi casa! Podéis vivir conmigo todo el tiempo que queráis. Hay espacio de sobra.

—Margarita... —empezó a decir Lucky algo envarado.

—¡Ni Margarita ni Virgen Santa! En esta casa ya he aguantado todo cuanto tenía que aguantar y he visto todo cuanto tenía que ver. Me voy. Mejor dicho, nos vamos. Recoged vuestras cosas —dijo ella a voz en grito.

Lucía la miró apenada.

—Siento tanto haber causado esto, Tata.

—¡A callar! —le dijo—. Tú no has hecho nada de nada.

Ellos seguían en medio del pasillo, abrazados, y Margarita estaba a punto de entrar en su habitación.

—¡Venga! ¿No me habéis oído? Moveros; si podemos irnos en diez minutos, mejor que en veinte.

—Yo ya estoy lista para irme cuando quieras. Mi madre me ha prohibido coger nada.

—Y yo la he amenazado de muerte, ¿y qué? No voy a matarla, aunque no me falten las ganas. Tú no te irás de aquí sin nada. ¡Eso te lo aseguro desde ya!

Dicho eso, entró en su habitación y dio un tremendo portazo.

Lucky y Lucía se miraron entre aterrados y divertidos. Nunca habían visto a Margarita en tal estado y les parecía inverosímil que alguien tan amable y dulce como ella pudiera llegar a estar tan enfadada.

Entrelazaron sus dedos y entraron en la habitación de él a terminar de recoger lo poco que la noche anterior no había guardado. Todo cabía en una bolsa de viaje, pero Lucky no necesitaba nada más, tenía a Lucía.

Su vida había dado giros y tumbos imposibles muchas veces, pero nunca le había sucedido algo así. Las últimas semanas habían sido igual que aquellos cuentos que le contaba su madre y que nunca le parecieron reales.

No se cansaba de mirarla, todavía no podía creer que lo hubiese elegido a él por encima de sus padres o su prometido.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Lucía

—Creo que por fin me sonrío la suerte —dijo estrechándola entre sus brazos. No podía ni quería dejar de tocarla, de sentirla a su lado.

—No estoy segura de que cargar conmigo sea una suerte... —contestó ella.

—No digas tonterías, no voy a cargar contigo, vamos a encargarnos el uno del otro —le dijo sonriéndole con dulzura.

Lucía se quedó sin respiración, como siempre que Lucky la miraba de esa manera. No se acostumbraba a que él, que era un hombre corpulento y fuerte, pudiera tener una mirada tan tierna. Se acercó más y, poniéndose de puntillas, empezó a besarlo.

Los brazos de Lucky ascendieron por su espalda y descendieron de nuevo hasta sus nalgas; apretándola contra él, hizo que se diera cuenta de lo excitado que estaba.

Lucía quería fundirse con él, acercarse a su cuerpo aún más; no podía pensar en nada que no fuera acariciarlo, besarlo...

—¡Chicos! —se oyó la voz, todavía airada, de Margarita en la puerta—. Ya tendréis tiempo para eso más tarde, os he dicho que quiero salir de esta casa cuanto antes.

Ellos se separaron deprisa, muertos de vergüenza porque la Tata los hubiera pillado en pleno arrebató. Sin poder dejar de tocarla, Lucky tomó a Lucía por la cintura para mantenerla muy cerca de él; con la otra mano cogió la bolsa, que estaba sobre la cama; echó un último vistazo a la habitación que había ocupado durante el año escaso que había pasado en esa casa. Pensó que había estado en sitios mucho peores y que no se llevaba tan malos recuerdos; por el contrario, se llevaba al amor de su vida.

Margarita, eficiente como siempre, incluso había tenido tiempo de recoger algunas cosas de Lucía.

—Casi todo lo que he puesto en esa bolsa estaba en la lavandería —dijo—. He subido a tu habitación a por un poco más de ropa, pero no me he atrevido a coger nada de valor. No me dan ganas de que la... que tu madre pueda

poner una denuncia y decir que lo has robado.

—Muchas gracias, Tata, no tenías por qué hacerlo —le contestó la chica emocionada—. ¡Lo que sea que hayas cogido estará genial!

«Esperemos que lo esté», pensó la mujer con tristeza.

A esas alturas quien más quien menos en la casa se había enterado de lo sucedido; por eso, mientras ellos tres acomodaban las bolsas en el coche de Margarita, la mayoría de los empleados salieron para despedirse del ama de llaves. Todos la querían: unos, porque la conocían desde hacía muchos años; otros, porque los había ayudado a encontrar trabajo en un país que no los había recibido tan bien como esperaban o hubieran deseado; todos, en general, porque era como una madre para ellos. Siempre atenta, siempre allí para echar una mano a cualquiera, sin enfadarse jamás; nunca se había comportado con ellos como la superior que era.

La mujer, emocionada, repartió besos y abrazos a diestro y siniestro. Se conmovió hasta las lágrimas por las muestras de cariño que le prodigaron sus compañeros; prometió una y otra vez cenas, reencuentros y citas para cafés que sabía que seguramente nunca se llevarían a cabo, pero que no obstante se ofrecían de todo corazón.

Muchos se despidieron también de Lucky. Aprovecharon para echar una ojeada a ese hombre que siempre les había parecido taciturno y que, sin embargo, en esos momentos cogía a la señorita Lucía por la cintura y en la cara exhibía una sonrisa brillante como el sol.

Al volver a la cocina o alejarse de ellos, formaban corrillos y cuchicheaban sobre lo sonrientes que iban ambos. No parecía que los hubieran echado con cajas destempladas, decían, más bien se les veía contentos.

—Eso es el amor —dijo una de las criadas más jóvenes.

—¡Pues el amor no da de comer! Mira que te digo, no creo que la señorita se haya mojado las manos para lavar un plato en su vida —dijo otra, maliciosa.

—Tiene una carrera —terció una tercera.

—Pues yo he oído a la señora dando instrucciones por teléfono a alguien —intervino la otra; bajando el tono de voz, continuó con la confidencia—. Le decía que se encargara de que nadie en Palma le diera un trabajo.

—¡La señora no tiene tanto poder! —exclamó la primera que había hablado.

—¡Vaya si lo tiene! Te digo yo que esos dos las van a pasar canutas para encontrar trabajo. Verás cómo la «señorita» vuelve antes de quince días pidiendo perdón.

—¡Ya lo creo! ¿Qué pueden tener en común? Ella tan refinada —dijo con retintín—, y él tan bestia. Porque será muy buen chico, pero ese es todo músculo y nada aquí dentro. —Y se dio unos golpecitos en la sien para ilustrar lo que decía.

—¡Pues tan tonto no ha sido! Yo creo que a este, en nada, tenemos que llamarlo señor.

—¡Que no, que no y que no! Te digo que ella vuelve en menos de quince días sin él. Me parece que él es demasiado Madelman para esa Barbie.

Se echaron a reír las tres.

—¡Anda que no te hubiese gustado a ti meterle mano a Lucky! —atacó una de ellas.

—¡Anda esta! ¿Y a ti no? Si es que está para comérselo. Aunque ¿has visto cómo la miraba? La «señoritinga» le va a romper el corazón y encima, por culpa suya, nosotras nos hemos quedado sin él y sin Margarita.

—Peor estará él si lo deja: tendrá el corazón roto y habrá perdido un buen empleo.

Esa vez, en lugar de reír les dio a todas por suspirar.

—Venga, volvamos a la faena, que, con la mala leche que calza hoy doña Obdulia, será mejor que no nos encuentre aquí dándole a la lengua.

Dicho eso el corro se deshizo y las tres volvieron a sus quehaceres sin perder tiempo.

No obstante, durante ese día y los siguientes, la mayoría de ellos saco el

tema en una u otra ocasión, e incluso se cruzaron apuestas sobre el tiempo que duraría la relación de Lucky y Lucía.

CAPÍTULO 12

La casa de Margarita estaba a la salida de Puigpunyent, en la carretera de Galilea, pasando el cementerio.

Era una edificación de una sola planta. Tenía dos habitaciones y dos baños, además de la cocina, la entrada y el comedor, que convivían en una sola sala.

—¡Tata! Es enorme, me encanta la distribución, ¿por qué nunca me habías dicho que es tan fenomenal? —exclamó Lucía mientras pasaba de una habitación a otra.

—¡Es que no me escuchas! Te he hablado mil veces de la casa y ahora dices que no te he explicado cómo era.

—¿Cuándo te han traído los muebles? No hace tanto que fuiste a comprarlos.

—Al menos hace tres semanas de eso, lo que pasa que tú has estado muy ocupada y te ha parecido poco tiempo.

Lucía se puso roja como un tomate al darse cuenta de lo que implicaban esas palabras. Lucky, que acababa de entrar acarreando cosas desde el coche, también oyó lo que había dicho Margarita, pero a él le dio por reír.

—¿Tú de qué te ríes? —lo increpó la mujer—. ¡Mira qué, vaya dos! Liados bajo mis narices y sin decirme nada.

—¡No te enfades, Tata! —le dijo Lucía melosa—. No es que no quisiéramos que lo supieras, es que no...

—¡Calla, calla! Ya sé yo porqué no me lo contasteis, ¿crees que no he sido joven, que no he tenido mis deslices? Yo también disfruté de mi

clandestinidad.

—¡Tata! —exclamó la chica—. Cuéntamelo ahora mismo.

—Todo eso pasó hace demasiado tiempo; además, todavía estoy muy enfadada para contar cosas que un día fueron alegres.

—¿Estás enfadada con nosotros? —preguntó Lucía con la voz cargada de tristeza.

Margarita se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

—No, niña mía, ¿cómo podría? Tú has sido más valiente que cualquier otro miembro de tu familia en toda su historia. —Después, separándose de ella, la cogió por las manos y le dijo—: Te juro que, si ayer por la noche me hubiesen dicho que esta mañana ibas a enfrentarte a tu madre como una leona, no lo hubiese creído. ¡Ya era hora de que alguien la pusiera en su sitio! Lo único que me enfada es que no haya sido tu padre. Que no lo hiciera por mí hace casi cuatro décadas es una cosa; al fin y al cabo, yo no era más que una criada nueve años mayor que él. Pero lo de hoy... Nunca me hubiera imaginado que él fuera capaz de darte la espalda de esta manera.

Margarita se puso a llorar, casi sin hacer ruido primero, de forma desconsolada después. Se había estado controlando desde que había salido de la casa que habitó durante los últimos veinticinco años, pero ya no podía más.

Lucía se quedó alelada ante la confesión de la Tata. No estaba segura de lo que Margarita había querido decir, pero se hacía una idea bastante aproximada.

La ayudó a sentarse en una de las butacas, que todavía estaban por estrenar; arrodillándose ante ella, la abrazó con fuerza y esperó a que a la pobre se le pasara un poco el disgusto.

Cuando los hipidos de la mujer se calmaron, Lucía miró a la Tata a la cara. Lucky, que se había sentado en el suelo detrás de ella, la atrajo hacia sí y la acomodó sobre él. La chica cogió las manos de esa mujer a la que amaba como a la madre que había sido para ella, y con la mirada la instó a hablar.

—Éramos muy jóvenes. Tu padre tenía diecisiete años y yo veintiséis.

Hacía casi nueve años que yo ya no cuidaba de él, y por aquel entonces no se parecía en nada a aquel bebé que pusieron en mis manos al día siguiente de nacer.

»Al contrario que yo, Jorge era muy maduro para su edad. Además, aparentaba ser mayor. Siempre llevaba traje y corbata, como hacían todos los chicos de su clase social entonces, y ya era tan alto como ahora. —La mirada de Margarita se difuminó al visualizar sus recuerdos.

»Un día vino a buscarme a la cocina y me dijo que había decidido enseñarme lo que aprendía en el colegio. «Sé que eres muy inteligente —me dijo—, y es vergonzoso que esa inteligencia se pierda por una mala formación»; yo acepté encantada. Me pasaba el día rodeada de mujeres mucho mayores que yo, que también trabajaban para tus abuelos, y me apetecía estar con alguien joven; además, su halago ¡me gustó tanto! ¡Vaya tonta! —dijo mirando a Lucía a los ojos y apretándole suavemente la mano. Parecía que necesitara justificar su comportamiento, tantos años después.

»Al principio nos aplicábamos en estudiar, él veía que para mí sería una ventaja tener cierta cultura, y yo era feliz al darme cuenta de que el niño al que yo había cuidado se había convertido en un hombre que pensaba por sí solo y que se preocupaba por mí.

»Nos veíamos por las noches, casi siempre en una de las habitaciones más alejadas de las demás. Al poco tiempo yo empecé a leer el periódico, que tu abuelo dejaba siempre sobre el escritorio de la biblioteca, para poder hacerle preguntas. De cualquier información que leía, sacaba temas que tratar con él por la noche. Y, si le preguntaba algo que no sabía, al día siguiente buscaba la información hasta que la encontraba para poder darme una explicación detallada a la noche siguiente.

»La verdad es que me importaba muy poco lo que me contaba, ¡me gustaba tanto oírlo hablar!, ver lo inteligente que era, estar a su lado... No tardé en darme cuenta de que el amor que sentía por Jorge no era fraternal, ni el que siente una Tata por un niño que ha cuidado. No me hice ilusiones, yo era

nueve años mayor que él y además era una criada. Imaginaba que Jorge lo hacía todo por altruismo, no pensaba que pudiese estar enamorado de mí.

»Una noche que yo estaba muy cansada, me quedé dormida sobre la mesa; cuando desperté Jorge me había acostado en la cama. Él estaba tumbado a mi lado y me miraba fijamente, con una dulzura infinita. «¡Eres tan bonita, te quiero tanto! —me susurró». No necesitó decir nada más.

»A partir de esa noche dejamos de estudiar. Nos seguíamos reuniendo en la habitación todas las noches, pero los libros habían quedado olvidados. Descubrimos que nos queríamos y, ¡nos gustaba tanto estar juntos! —dijo, recuperando por un segundo el ánimo—. Yo, pobre ilusa, no creía que aquello pudiera acabar nunca. Sin embargo, se acabó. Un día llamaron a tu abuelo desde el colegio porque Jorge se había quedado dormido en clase. Entre su padre y el director lo hicieron hablar; cuando llegó a casa tenía las manos en carne viva de los golpes que le habían dado con la regla.

»Tu abuelo, que estaba encolerizado, gritó que me echaría a la calle, intentó cogerme por el pelo para hacerlo en ese mismo momento; pero tu padre, sin casi poder usar las manos, lo hizo retroceder. Se enfrentó a él.

»Tu abuela fue la que lo arregló todo. Solía decir que con miel se cazan más moscas que a paletazos y supo convencer a Jorge. Nos separaron, yo me fui a la casa del pueblo; él, a Barcelona a estudiar. A los tres meses de estar en el campo, tuve un aborto, la única que supo de mi estado fue tu abuela. Todavía no sé por qué me dejó quedarme después de eso.

Lucía la miró horrorizada, se llevó las manos a la boca y después se aferró a Margarita de nuevo.

—Tata, nunca me habías contado nada, ¡es tan triste! —dijo al mismo tiempo que empezaba a llorar.

—Cariño, no llores —le dijo Margarita acariciándole el pelo—, ya te he dicho que todo eso pertenece al pasado, dejé de lamentarlo hace mucho. Desde entonces he tenido muchas más cosas por las que llorar. No tendría que haberte dicho lo del aborto, tu padre no sabe nada. Nunca se lo dije y me

imagino que tu abuela tampoco.

—¿No le dijiste que estabas embarazada? ¿Cómo lo sabía la abuela? — preguntó Lucía, ansiosa.

—No, no se lo dije. Yo era una mujer soltera y, embarazada o no, seguía siendo una criada. Por ambas razones tenía mucho que perder. No sé por qué tu abuela no me echó entonces, igual que no sé por qué, después de hacer que Jorge se casara de prisa y corriendo con Obdulia, dejaron que me quedara al cuidado de su casa. —Paró de hablar unos segundos—. De cómo lo supo, me puedo hacer una idea... Siempre había quien informaba a los señores de lo que pasaba en la zona de los criados, bien para ganarse su favor, bien por envidia, bien por lo que fuera...

Al cabo de un rato, continuó con la historia; había empezado y quería sacar todo lo que llevaba dentro.

—Jorge me escribía desde Barcelona, mandaba las cartas a un amigo que tenía en el pueblo y este se encargaba de traérmelas a mí. Eran cartas interminables, en las que me decía cuánto me quería y que cuando regresara nos marcharíamos lejos de sus padres, a cualquier sitio donde pudiésemos estar juntos. Decía que era importante esperar porque así él tendría una carrera y las cosas nos irían mejor.

»Vino a verme cada verano, siempre encontraba una manera de escapar de la vigilancia de sus padres, eran visitas cortas, pero pasábamos las horas de las que disponíamos juntos haciendo planes para un futuro que nunca se cumplió.

»Al fin, Jorge terminó la carrera y vino a buscarme. Yo no podía creer que siguiera enamorado de mí; parecía una vieja a su lado. Las faenas del campo me habían envejecido, mientras que, a él, la vida cosmopolita lo había convertido en un dandi. Pero seguía mirándome de la misma manera que aquella primera noche.

»Las cosas no fueron como habíamos planeado. Resultó que su padre había firmado un contrato matrimonial con tus otros abuelos para que Jorge se

casara con Obdulia. Él al principio se negó, incluso había comprado pasajes para que nos fuéramos a Barcelona y nos instalásemos allí. Pero tu abuela volvió a intervenir. Le hizo ver que el camino que pensaba emprender era muy difícil y que él no estaba acostumbrado a llevar una vida dura. Como último acto de rebeldía exigió que yo fuera la gobernanta de su nueva casa y tus abuelos accedieron. Ya te he dicho que aún no me explico cómo lo consiguió —dijo Margarita mirándola fijamente.

»Cuando Obdulia entró en la casa por primera vez, dejó muy claro quién era la señora. Se prohibió el trato familiar y cambió a la mayoría de criados, menos a mí. Siguió con la costumbre de sus padres y sus suegros: los esposos dormían en habitaciones separadas. Jorge pasaba casi todas las noches conmigo, menos las que ella lo citaba para cumplir con las obligaciones matrimoniales.

—Lo que cuentas no parece de una pareja de la edad de mis padres...

—¿Todavía no sabes lo tradicional y antigua que es tu madre para lo que le conviene? Además, tú misma has visto que duermen separados.

—Sí, pero yo creía que eso habían empezado a hacerlo de mayores, no desde el día que se casaron. —Cada palabra que decía Margarita la dejaba más anonadada que la anterior. Pero creía todas y cada una de ellas, conocía a su madre y la veía capaz de cualquier maldad.

—Por no hablar de que todo eso ocurrió al final de los años setenta —tú tardaste casi diez años en llegar—. Todavía vivíamos los últimos coletazos de la dictadura y tus padres no fueron educados como el resto de los mortales —apostilló la mujer—. Los primeros años yo pensaba que me moriría de pena. Cada día, me prometía a mí misma que por la mañana dejaría la casa, pero luego él volvía, me decía que solo me quería a mí, que con ella no cumplía más que su obligación, y yo le creía.

»El tiempo pasó, y todos nos acomodamos a una vida llena de mentiras, aunque quien más quien menos sabía qué pasaba. Yo suponía que tu madre estaba al corriente de todo, aunque nunca me dijo nada; supongo que era

porque ella sabía mucho mejor que yo cuál era el lugar de cada una.

»Mientras, ellos se iban de vacaciones y yo me quedaba desolada; ellos compraban una casa nueva y yo moría de angustia hasta que volvían a ponerme a cargo de todo en lugar de dejarme atrás. —La mujer paró para coger aire y serenarse un poco; no lloraba; pero su respiración era entrecortada. Quería reordenar un poco sus pensamientos.

—Y así hasta el día que naciste tú —continuó—; tampoco puedo explicarme cómo convencieron a tu madre para que me eligiera a mí para cuidarte, pero te pusieron en mis brazos y yo me di cuenta de que, en otra vida, podrías haber sido mi hija, pero que en esta no lo eras.

»Desde ese día no dejé entrar más a tu padre en mi cama. Me dediqué a ti en cuerpo y alma. No me arrepiento en absoluto. Hoy has hecho lo que él no se atrevió a hacer nunca por mí, aunque siga jurando que me quiere y que soy el amor de su vida. Nunca ha tenido el valor ni el coraje que tú has demostrado esta mañana.

Después de este monólogo, Margarita parecía haber envejecido diez años. Su cara reflejaba su agotamiento y su tristeza.

Lucía había empezado a llorar de nuevo no sabía en qué momento de la historia y ya no había parado. No podía creer que las cosas que la Tata había contado hubieran podido pasar en pleno siglo xx. Todo lo que Margarita les había explicado parecía pertenecer a un pasado rancio y lejano; no obstante, de todo eso no hacía más que veinticinco años, los que ella tenía.

Empezó a ver a sus padres con otros ojos, aunque no fue más benévola, sino que su rabia creció; su vida estaba llena de hipocresía. Seguían aferrados a un pasado y unas costumbres que habían dejado de existir hacía muchos años. Si antes pensaba que no podía perdonarlos por cómo se habían comportado con ella, ahora se añadía a eso lo que había sufrido Margarita por su culpa.

«Nunca los perdonaré», se dijo.

CAPÍTULO 13

Habían pasado quince días desde que Lucía, Lucky y Margarita se habían marchado de Son Vida y, aunque la Tata les repetía una y otra vez que de momento no se agobiaran, que ella había ahorrado dinero para mantenerlos a los tres al menos durante cinco años, los chicos no estaban tranquilos. Además, no querían abusar de Margarita. Sabían que el dinero que le quedaba era para su jubilación y que no podían gastarlo sin más.

—Aunque me haya despedido yo misma, voy a cobrar pensión. Eso me lo explicó perfectamente Arnau y, por lo que dijo, va a ser una buena paga. ¿Queréis hacer el favor de no estresaros? Solo faltaría que, con la prisa que tenéis los dos por encontrar trabajo, cogierais el primero que se presente. ¡Eso de ninguna de las maneras! Tenéis que elegir bien y no conformaros con menos de lo que merecéis.

—¡Ay, Tata! Para poder elegir tiene que haber ofertas y de momento todo lo que he conseguido son negativas.

—Eso es porque no has ido al sitio adecuado.

—¡Si creo que he estado en todos los bufetes de Palma...!

—Has estado en los bufetes de los amigos y conocidos de tu padre y, a esos, pondría la mano en el fuego que tu madre los ha mangoneado.

—No creo que ella tenga tanta influencia; además, todos dicen lo mismo: que no tengo ninguna experiencia; y en eso llevan razón.

—¡Ta, ta, ta! ¡Y un huevo que no te contratan por falta de experiencia!

Lucía rompió a reír, le hacía mucha gracia que la Tata dijera tacos; no

estaba nada acostumbrada a ello, pero parecía que desde que habían dejado la casa de sus padres la mujer se portaba de una forma más natural, sin tanto encorsetamiento, y eso le encantaba. Si antes la quería, ahora la adoraba; estaba portándose con ella y con Lucky como una verdadera madre.

Lucky le preocupaba más, estaba triste y, aunque ella se esforzaba por saber qué le pasaba, el chico estaba encerrándose en sí mismo y lo notaba distante. A él le costaba encontrar trabajo aún más que a ella porque no tenía cómo desplazarse fuera del pueblo. Aunque sabía conducir, no tenía carnet, y Lucía no quería que le pusieran una multa por esa razón.

—Lo que deberías hacer es empezar desde abajo —continuó Margarita—. Ofrecerte para hacer de abogado de oficio, hacer guardias, lo que sea...

—¿Pero no decías que no querías que cogiera cualquier trabajo? ¡Tata, es que te contradices un montón! Para poder acceder al turno de oficio tienes que tener un máster...

—¡Pues tú tienes dos! —dijo la mujer con la mayor de las satisfacciones.

—Sí, pero ninguno de los dos sirve para este caso. Además, tienes que haber trabajado al menos durante tres años en un despacho.

—Pues sí que se lo ponen difícil a los jóvenes con ganas de trabajar —intervino de nuevo, esa vez demostrando su indignación.

—Y, por si fuera poco, eso no solucionaría nuestro problema de dinero. Los abogados de oficio cobran muy poco. No es un buen trabajo, Tata.

—¿Quién dice que ese sea un trabajo malo? ¿Qué hay de malo en defender a alguien que no puede pagar para que otro defienda su causa?

—¿Ves cómo no me escuchas? Te acabo de decir que para el turno de oficio es preciso cumplir unos criterios que yo no cumplo ni por asomo. Y necesito encontrar trabajo ya, Tata, estamos viviendo a tu costa.

—Te he dicho mil veces que eso no tiene importancia, no necesito el dinero...

Lucky, que hasta ese momento las había escuchado en silencio, se levantó de la silla donde estaba sentado y salió de la casa.

Margarita cerró la boca de inmediato y le hizo una señal a Lucía para que fuera tras él. La chica estuvo un poco reticente al principio, no quería agobiarlo más de lo que ya lo estaba, pero la insistencia de la Tata la hizo moverse para ir en su busca.

—Creo que me acercaré un rato al pueblo a ver a mi prima —dijo la Tata, saliendo tras ella; sin añadir nada más, cogió el coche y se marchó. Sabía que los chicos necesitaban un rato a solas, sin que ella estuviera molestando, para poder hablar a sus anchas.

—¡Lucky! —lo llamó Lucía cuando la Tata y el coche hubieron desaparecido.

Él ni se inmutó, continuó con lo que estaba haciendo como si no la hubiera oído. Entre él y Margarita habían estado sembrando césped y algunos macizos de flores, y estaba agachado quitando unas malas hierbas; al menos eso lo distraía. No podía creer que hubiera consentido que Lucía se fuera con él. Se recriminaba por no haber sido más previsor, se culpaba por su falta de liquidez. Las pesadillas, que creía que pertenecían al pasado, habían vuelto, no con demasiada intensidad todavía, pero todo era cuestión de tiempo.

Lucía se acercó a él y, poniéndole las manos sobre los hombros, se los masajeó. El siguió sin moverse.

—Deberías volver a tu casa —dijo al fin, con una voz oscura que marcaba todavía más su acento.

—¿De qué estás hablando, Lucky?

—Solo repito lo que te dije antes de marchar de allí. No tengo nada que ofrecerte. Tú no estás acostumbrada a vivir con tan poco; si hoy no te das cuenta, lo harás mañana; yo a duras penas puedo hacerme cargo de mí mismo. ¿Cómo voy a poder mantenernos a los dos? —dijo sin moverse, seguía de cuclillas; no era capaz de mirarla a la cara para decir lo que debía.

—Es que tú no tienes que mantenerme. ¿Quieres olvidarte de esa tontería, por favor? Dijimos que nos apoyaríamos el uno en el otro, y solo han pasado quince días. ¡Por Dios!, tenemos tiempo de encontrar trabajo...

—Si en Mallorca no encuentras trabajo en julio, mucho menos lo vas a encontrar en octubre. No tengo coche, no tengo ni carnet de conducir, ¿cómo voy a conseguir empleo en este pueblo? Vuelve a casa ahora, todavía no has hablado con Alberto, seguro que todos harán borrón y cuenta nueva; no habrá pasado nada.

—Escúchame bien, Lucky Orawenbaue —dijo Lucía arrodillándose ante él y obligándolo a mirarla—. No volveré a mi casa, aunque no tenga ni para comer. Sabía muy bien a qué me enfrentaba cuando decidí salir de allí contigo. Parece que todos pensáis que soy una muñequita de porcelana que se va a romper en cualquier momento, que soy una caprichosa que solo piensa en cosas materiales; pero no es así. Soy una mujer, soy fuerte y te amo. Te quiero, aunque seas el hombre más tozudo que conozco. No pienso abandonar a la primera dificultad que se presente. ¿Crees que esto será lo peor que nos va a pasar? Pues no lo será, yo estoy preparada para ello, ¿lo estás tú?

—Tú no sabes qué es lo peor que puede pasar, no has pasado por cosas malas de verdad, yo sí —dijo él sin levantar la vista del suelo—. Esto no es nada, Lucía; no quiero ver cómo me odias porque no puedes tener todo lo que tenías antes... y yo no voy a poder mantenerte...

—¡Ahg! —exclamó ella, dándole con los puños apretados un golpe en el pecho, que él apenas notó—. ¿Qué parte de «no tienes que mantenerme» es la que no has entendido, jorobado cabezota? Si quisiera lo que tenía antes, no me hubiera marchado contigo.

Esa vez consiguió que Lucky la mirara a la cara, estaba muy sorprendido por cómo había reaccionado Lucía, no pensaba que se fuera a enfadar tanto. No podía decir nada. Quería que se fuera, pero al mismo tiempo quería retenerla junto a él; sabía que, si la perdía, se habría perdido a sí mismo. ¿No sería mejor que eso acabara en ese momento, cuando todavía ella podía recuperar su vida? Solo con pensarlo un dolor punzante, que lo dejó sin respiración, atravesó su pecho.

—Estoy asustado, Lucía —le dijo al fin—, después de todo lo que he pasado, por primera vez, tengo miedo. Si un día despierto y descubro que tú te has ido... —Ella fue a hablar, pero él se lo impidió—. Tú dices que yo no tengo por qué mantenerte, en cambio a mí me parece que, si no lo hago, si no soy yo el que cuida de ti, no soy nadie. Es así como lo siento.

—Te quiero, Lucky, ¿cómo voy a tener que decírtelo para que lo entiendas? Me da igual que tú creas que esto no puede funcionar, yo tengo confianza de sobra para los dos y haré que lo nuestro sea una historia de película, aunque me vaya la salud en ello.

Acercándose a él, le sujetó el rostro entre las manos y empezó a besarlo, primero en las mejillas, después en los párpados, y ya no pudo seguir. Lucky atrapó las manos de Lucía entre las suyas y no se entretuvo en sutilezas. La acercó a él y devoró sus labios. Abriendo la boca para recibirlo, ella hizo que suspirara entrecortadamente.

Lucky, levantándose del suelo, la arrastró hacia arriba con él. Una vez en pie, la cogió de los muslos y la cargó a horcajadas. Sin dejar de besarla entró en la casa, había visto que Margarita les había concedido un momento de intimidad y pensaba aprovecharlo.

Una vez en su habitación, le quitó la ropa con rapidez, pero cuando fue a hacer lo mismo con la suya, Lucía lo detuvo negando con la cabeza. Empezó sacándole la camiseta por la cabeza y besándole el pecho; bajó lamiendo el abdomen con la punta de la lengua y se arrodilló frente a él. Lucky cogió aire con fuerza entre los dientes previendo los próximos movimientos de Lucía. Con lentitud deliberada ella le desabrochó los botones del pantalón vaquero; introdujo varios dedos entre la cinturilla de la ropa y su piel y, siguiendo con los movimientos a cámara lenta, se los fue bajando. Lucky se fundía por dentro deseando que fuera más deprisa, entonces ella empezó a besar su miembro caliente y duro por encima de la tela de los bóxers. Él ya no pudo más. Con un movimiento rápido y fluido se deshizo de los pantalones, de los calzoncillos y tiró de Lucía hacia arriba. Asiéndole sus nalgas con fuerza, la

acercó a su enorme erección. Ella empezó a gorgotear como hacía siempre que estaba muy excitada, y esa fue la señal que él necesitaba. La cogió de nuevo por los muslos y levantándola del suelo la apoyó en la pared. Sin pensarlo ni un minuto más se introdujo en ella de una sola embestida, lo que los hizo gritar de placer al unísono. Lucky se movió despacio al principio, Lucia lo atenazó con las piernas y con los brazos, y lo acercó a ella todo lo físicamente posible. Le besó cada centímetro del rostro mientras él entraba y salía de ella y la hacía gemir y gritar. No tardó demasiado en notar un calambre placentero que le ascendía desde los muslos hacia el sexo. Lucky notó la tensión que se había adueñado de ella e incrementó la velocidad de las embestidas, entonces ella gritó y se convulsionó en un orgasmo que la sacudió como si fuera una ramita a merced de las olas. Él no esperó más y también se dejó ir, apretando los dientes y sin cerrar los ojos, para poder contemplar como ella se retorció de placer.

En cuanto la respiración de ambos se normalizó y él fue capaz de controlar el temblor de sus piernas, la llevó a la cama y se tumbó a su lado. Con la punta de los dedos le rozó la cara con suavidad, depositó un beso leve en los labios y la miró extasiado. Ella lo miraba con una sonrisa beatífica.

—Estoy loco por ti, Lucía. Te quiero más que a mi vida. Eres lo mejor que me ha pasado nunca, no quiero perderte, no quiero que nada se interponga entre nosotros.

—No habrá nada que pueda separarnos si no lo permitimos.

Y así, abrazados, se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 14

A Lucía la despertó el grito desgarrador de Lucky. Se incorporó en la cama como si la hubieran pinchado con una aguja, tan asustada que casi ni podía respirar; el corazón le latía a mil, tenía la impresión de que iba a salirse por la boca.

Él se removía a su lado, dormido todavía, hablando en una lengua que ella no conocía. Parecía estar suplicando, pasándolo realmente mal.

Margarita golpeó la puerta de la habitación.

—¡Lucky! ¡Lucía! ¿Estáis bien? —preguntó con la voz estrangulada por la angustia, eso lo sacó a él de su pesadilla.

—¡Sí! —contestaron los dos casi al unísono.

Lucky se puso un brazo sobre la cara, intentando ocultar sus ojos de la mirada de Lucía; aun así, ella pudo ver sus lágrimas. Lo abrazó sin decir nada hasta que notó que empezaba a respirar con normalidad. Cuando también ella hubo recuperado la calma, se levantó de la cama y, poniéndose una camiseta, se dirigió a la puerta y salió.

—Creo que ha tenido una pesadilla —le dijo a la Tata para tranquilizarla mientras cogía un vaso de agua.

—Hacía mucho tiempo que no las tenía... Al principio de instalarse en la casa de Son Vida, eran el pan nuestro de cada día, pero en cuanto se acomodó al ritmo de la casa empezaron a desaparecer.

Lucía no dijo nada, aunque no le gustó lo que acababa de escuchar. No sabía qué había provocado el regreso de las pesadillas, pero creía haber oído

que las situaciones de estrés ayudaban a ello.

Cuando entró en la habitación, la aprensión se había adueñado de ella; sin embargo, hizo lo posible para que Lucky no lo notara.

—¿Estás mejor? —preguntó en cuanto entró. Él no se había movido ni un ápice desde que ella lo había dejado solo.

No hubo respuesta.

Después de dejar el agua en la mesita de noche, se tumbó en la cama muy cerca de él, se apoyó sobre su pecho y se dispuso a esperar a que quisiera hablar.

Al cabo de unos minutos, Lucky movió el brazo que tenía apoyado sobre los ojos y la abrazó.

—Solo ha sido una pesadilla —dijo con la voz enronquecida—. ¿Te he asustado?

—Un poco.

Lucky abrió un ojo.

—¿Solo un poco?

—Bueno, la verdad es que casi me meo encima —dijo Lucía queriendo quitar hierro al asunto.

La boca de Lucky dibujó una sonrisa torcida.

—Lo siento mucho.

—Tú no puedes controlarlo, ¿por qué deberías disculparte?

—Creí que eran cosa del pasado, pero está claro que no es así.

—¿Quieres contármelo?

—No.

—Margarita dice que antes tenías pesadillas con frecuencia, pero que después dejaste de tenerlas, ¿crees qué han vuelto por mi culpa?

—¡Qué tontería! ¿Qué culpa vas a tener tú de mis pesadillas?

—Está claro que el estrés que estás padeciendo es culpa mía, si los malos sueños han vuelto debido a la ansiedad... —No terminó la frase—. ¿Es porque crees que no vas a poder cuidar de mí?

—Claro que eso me preocupa; aunque tú quieras restarle importancia, para mí es un problema serio. Pero también lo hace el que estamos abusando de la hospitalidad de Margarita. Ella no tiene tanto dinero...

—No vamos a volver a hablar sobre eso, ¿verdad? —lo atajó Lucía sin dejarlo acabar —. Estábamos hablando de tus pesadillas y no me vas a dar esquinazo.

—No voy contarte mis sueños, Lucía, ya me basta vivir ese horror de nuevo cuando estoy dormido, no lo haré mientras esté despierto.

—¿Por qué no? Cuando pasa una cosa así, parece ser que lo mejor es poner en palabras lo que has soñado para minimizar el malestar.

—¿A quién le parece eso? ¡A mí no, en absoluto!

Dicho eso la besó en los labios y se sentó en la cama con la intención de levantarse.

—Ya que no podemos hacer una aportación económica, lo mínimo es que ayudemos a Margarita en las cosas de la casa. Voy a ver si me necesita para preparar la cena.

Lucía también se levantó de la cama; no quería mostrarse enfadada, pero ese mutismo de Lucky no le gustaba en absoluto. Creía que no presagiaba nada bueno.

Durante las semanas siguientes se repitió la misma escena cada noche. Lucky despertaba a Lucía y a Margarita con sus chillidos y después se negaba a hablar de lo que había soñado. Los tres tenían los nervios a flor de piel, aunque el que peor estaba, sin duda alguna, era él.

Intentaba retrasar al máximo la hora de meterse en la cama y se lo veía agotado y falto de sueño. Las dos mujeres estaban preocupadas de verdad por él, pero no sabían qué hacer.

Ese día estaba especialmente irritable y apenas dijo ni media palabra desde que se había levantado. Pasó el día en el jardín, como venía siendo su costumbre.

Estaban a punto de entrar en el mes de agosto, y Lucía iba a Palma todos los días para repartir copias de su *curriculum*; sabía que el día 31 de julio la mayoría de los bufetes cerraría hasta septiembre y quería visitar todos los que pudiese antes de que eso sucediera. Cuando llegó a Puigpunyent, cansada y muerta de calor, vio, por la cara que ponía Lucky, que estaba muy enfadado y supuso que habría pasado el día dándole vueltas al tema de siempre. Entendía que él estuviera preocupado, pero le parecía que exageraba un poco. De todas formas, se dirigió hacia él con su mejor sonrisa.

—¡Hola, amor! —le dijo arrodillándose a su lado—. ¿Qué tal el día?

Él la miró furioso.

—Pues aquí, haciendo de mantenido mientras tú buscas trabajo. Si me dejaras conducir, podría buscar algo yo también, pero como me obligas a quedarme esperando, tengo que conformarme con lo que me queráis dar —dijo con un retintín destinado a ofender.

A Lucía esas palabras le sentaron como un mazazo.

—¡Eso no es justo, Lucky!

—Ah, ¿es que creías que la vida era justa? Pues bienvenida al mundo de los pobres, dentro de nada tendrás la oportunidad de descubrir lo que es pasar hambre. ¡Uy! no, perdona, que cuando lleguemos a eso tú podrás volver a casita con papá y mamá.

Ella estaba a punto de echarse a llorar, pero en vez de eso, decidió plantarle cara.

—Lucky, eso también lo hemos hablado —le dijo con los dientes apretados—. Conducir sin carnet es un delito contra la seguridad vial establecido, recogido y penado en el Código Penal. Si te condenan por eso, aunque sea a realizar servicios para la comunidad, ya nunca podrías tener la nacionalidad, ¿te cuesta tanto entenderlo?

—¿Por qué iban a pararme? Yo conduzco muy bien —contestó él casi gritando.

—¡Pues podría ser que alguien decidiera hacerlo solo por el color de tu

piel! —gritó ella a su vez.

—Es verdad. Qué pena ser negro y no tener un color de piel adecuado como el de Alberto.

—¿Qué tendrá que ver Alberto en lo que estamos hablando? —preguntó Lucía, furiosa—. Déjalo en paz, él a ti no te ha hecho nada, somos nosotros los que le hemos destrozado la vida.

—Entonces, ¿por qué no le has dicho que no te casarás con él? ¿Crees que cuando las cosas se pongan mal de verdad podrás celebrar esa puñetera boda y olvidarte de mí?

—¿Qué has bebido, Lucky? Estoy contigo porque te quiero a ti.

—Bueno, eso no es cierto, estás con los dos. Supongo que por eso ha venido, para ver si consigue que te vayas con él.

—¿Quién ha venido?

—Tu prometido —escupió Lucky—. No me creo que no hayas visto su coche. Estás disimulando para intentar que no me cabree más, pero está claro que habíais quedado de acuerdo para que viniera a buscarte. ¿Piensas que no te he oído hablar con él a escondidas?

—Fuiste tú quien me recriminó que no lo hubiera llamado. ¿Pretendías que hablara con él delante de ti? ¿Qué hubieses hecho, dictarme lo que tenía que decirle? —se defendió Lucía.

Lucky la miró furioso, pero no contestó.

Lucía se puso en pie y se dirigió hacia la casa casi corriendo. Entró en su habitación y cerró dando un portazo. Al pasar había visto a Alberto junto a la Tata, pero necesitaba serenarse un poco antes de enfrentarlo también a él.

—Voy a salir al jardín para que podáis hablar con tranquilidad —dijo Margarita a Alberto, mientras se levantaba—. Creo que será mejor que intente calmar a Lucky.

Alberto asintió. Habían oído los gritos de Lucía y Lucky en el jardín; aunque no habían entendido de lo que hablaban, la entrada de Lucía dejaba bastante claro que no había sido agradable.

Una vez que Margarita salió de la casa, Alberto se acercó a la puerta por la que Lucía había desaparecido y tocó con suavidad con los nudillos.

—Pasa, Alberto —se oyó desde el interior—. ¿A qué has venido? —le preguntó cuando lo tuvo frente a ella. Estaba sentada sobre la cama, con un pañuelo se limpiaba las lágrimas de la cara.

—He venido para hacerte entrar en razón...

—¡Qué irónico! —exclamó Lucía—. Al final, Lucky no andaba tan equivocado.

—No sé de qué estás hablando, Lucía, pero por lo que acabo de ver, no eres feliz. ¿Por qué no olvidas toda esta locura y vuelves a casa?

—Alberto, como tú bien has dicho, no entiendes de lo que estoy hablando. Sí, es verdad que Lucky y yo acabamos de pelear, pero ¡lo amo!

—Eso es ser masoquista, Lucía. Somos más que amigos desde hace años, y nunca te había visto en este estado. Parece como si te hubieran abducido. No te reconozco. No reconozco a mi Lucía.

—Tu Lucía ya no existe, Alberto. Eso es lo que he intentado decirte cada vez que hemos hablado por teléfono. No soy la misma y ya no quiero lo mismo que tú. Bueno, de hecho, creo que nunca lo quise, solo estaba siguiendo el camino que me habían marcado.

—¿Tú te das cuenta de que voy a ser el hazmerreír de todos?

—¿Eso es lo único que te preocupa? —espetó ella. Se acababa de pelear con Lucky y tenía pocas ganas de pelear con Alberto, pero lo haría si era necesario.

—Bueno, ambos sabemos que no era la pasión lo que nos había llevado a prometernos. Pero tenemos una gran amistad y sabemos resolver muy bien los conflictos juntos.

—A mí eso ya no me basta. No quiero ser una mujer florero, quiero sentirme amada y valorada...

—No me parece que él te valore mucho si te hace llorar de esta manera. Además es sabido que *ellos* son muy machistas.

—¿Que has querido decir con ese «ellos», Alberto? —preguntó ella elevando las cejas con desdén.

—¡Ellos, ellos, está claro! —dijo, mientras señalaba hacia afuera con la mano.

—A mí no me parece que esté tan claro. Los que pretendían que me quedara sin hacer nada más que cuidar de nuestra casita, para que tú la encontraras perfecta cuando volvieras a ella cada noche, eran tus padres y los míos. ¿Acaso te referías a «ellos»?

—Sabes perfectamente que no, Lucía. Me refería a los que no son como nosotros...

Lucía miró a Alberto con tanta intensidad que sus palabras se convirtieron en un balbuceo.

—Me decepcionas mucho, Alberto. Siempre creí que éramos amigos de verdad. Eso hizo que tu propuesta de matrimonio no me pareciera tan absurda. Ahora me doy cuenta de que no es así; en realidad, veo más diferencias que semejanzas entre nosotros. Por favor, ¡vete! Como ya te dije por teléfono, nuestro compromiso ha quedado anulado. No me llames, no me busques...

—¡No puedes hacer eso, Lucía! No puedes cancelar nuestra boda sin más —dijo él, elevando peligrosamente el tono de voz.

—No lo hago sin más, ya te había avisado.

—¡No voy a quedar en ridículo delante de todo el mundo porque tú te hayas encaprichado con un negro que no puede ni mantenerte! —gritó, acercándose rápidamente hacia ella—. ¡Vendrás conmigo te guste o no! —le dijo mientras la agarraba por un brazo.

Lucía se resistió, y él tiró de ella para que se pusiera en pie.

—¡Suéltame ahora mismo! —gritó la chica, mientras forcejeaba.

Alberto miró hacia arriba, sorprendido de que la habitación se hubiese ensombrecido de repente; Lucky estaba allí de pie, ocupando todo el vano de la puerta y lo miraba con cara amenazante.

—¡Ya la has oído! —dijo Lucky con una voz oscura y peligrosa que Lucía no le había oído nunca.

—¿Acaso piensas que alguien *como tú* puede decirme a mí lo que tengo o no tengo que hacer? —dijo Alberto, encarándose a él con tono jactancioso y sin soltar a Lucía.

Lucky dio un paso más en dirección a Alberto y este, ante la más que probable posibilidad de verse vapuleado, soltó a Lucía con desdén. Durante un rato fue incapaz de articular palabra. Se sentía humillado, desdeñado. «Lucía ha perdido definitivamente la cabeza. ¡Me ha cambiado por un subsahariano que no puede ni cuidarla ni protegerla como podría hacerlo yo!», pensó. Lo había ofendido en lo más íntimo y, aunque su madre se había ocupado de difundir que Lucía era una casquivana y una disoluta, él había pensado, hasta ese mismo instante, que debía intentar hacerla volver a su lado. «¿Cómo va a volver si está totalmente sometida a Lucky? Y, además, ¿de qué me serviría que venga conmigo si a la primera de cambio se va de nuevo con él, o con cualquier otro? —pensó—. ¡Que se quede!, de todas formas todo el mundo me ha desaconsejado que intente hacerla razonar...». A pesar de eso, decidió darle una última oportunidad.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Lucía? —le espetó, despectivo.

—Sí, estoy segura —contestó ella, recuperando en parte la calma.

—Si me voy de aquí sin ti, no habrá marcha atrás. Nunca más sabrás de mí.

Ella no contestó. La entristecía que su relación con Alberto acabara de esa manera después de tantos años de lo que ella había creído que era, cuando menos, una amistad verdadera. En esos momentos, le pareció claro que ya no era así. No merecía la pena intentar hacérselo entender, él estaba tan encumbrado en su posición privilegiada como sus propios padres o como ella misma hasta no hacía tanto tiempo, pensó Lucía, despreciándolo por ello.

—Adiós, Alberto. Espero que te vaya bien —dijo al fin.

—Adiós —contestó él y, sin levantar la cabeza, se dirigió a la puerta y salió

de sus vidas para siempre.

Lucky intentó acercarse a Lucía, ella levantó la mano para impedírselo, con ese gesto tan suyo.

—No te acerques, Lucky —le dijo, todavía enfadada—. Aun no se me ha pasado el cabreo que me has hecho coger con lo que me has dicho ahí afuera.

—Está bien —dijo sin avanzar. Al cabo de un rato volvió a hablar—. Cuando he visto llegar a Alberto me he asustado, Lucía. Pensé que te irías con él.

—No sé por qué te empecinas en creer que podría cambiar de opinión, no entiendo por qué confías tan poco en mí.

—No es que no confíe en ti, Lucía, de quien no me fío es de mí mismo. Nunca he tenido nada. Todo lo que he conseguido he tenido que lucharlo, incluso con los puños; ha sido así muchas más veces de las que preferiría recordar. Y, ahora, tú quieres estar conmigo sin que yo haya hecho nada para merecerlo.

—¿Cómo puedes pensar eso, Lucky? ¿Cómo podrías no merecerlo? Todos merecemos ser amados y tú, más que nadie.

Esta vez, cuando él intentó acercarse, ella no se lo impidió. Se sentó a su lado y le cogió las manos.

—Ya sé que no es excusa, pero estoy muy nervioso, apenas duermo y, cuando Alberto llegó, me obsesioné pensando que podías dejarme.

—Pues ya ves, aquí sigo, contigo.

Lucky apoyó la frente en la de Lucía.

—¿Podrás perdonarme? —preguntó al cabo de un rato.

—No hay nada que perdonar —contestó ella—. Pero sigo diciendo que no dormir por culpa de las pesadillas va a acabar pasándonos factura. Si no quieres contarme a mí lo que te hace chillar de esa manera por las noches, quizás deberíamos buscar a un profesional.

—¿Un profesional? —inquirió Lucky, arrugando la frente.

—Sí, un psicólogo, alguien que pueda ayudarte si crees que yo no voy a ser capaz.

—Si tuviera que contárselo a alguien, sería a ti, a nadie más; solo que no quiero poner en palabras todo ese horror.

—Pues inténtalo. A lo mejor nos ahorramos un montón de sufrimiento; has dicho que confías en mí —lo presionó un poco más.

—Algún día, pero todavía no.

CAPÍTULO 15

Doña Obdulia tenía muy claro que era necesario aparentar normalidad después de los desmanes de Lucía. Su hija volvería, de eso estaba segurísima, y no quería que nadie pensara que sería de otra manera.

Desgraciadamente, las noticias volaban y las malas lo hacían mucho más deprisa que cualquier otra. No hacía ni cinco horas que Lucía había salido de su casa cuando su futura consuegra, Cecilia, la había llamado para decirle que estaba informada de todo el asunto. Fue una conversación muy incómoda, que recordaría durante toda la vida.

—¡Obdulia! —la había interpelado seca la madre de Alberto nada más atender la llamada—. ¿Qué es eso de que Lucía se ha fugado con el jardinero? Espero que sea una broma de mal gusto; que, si lo es, no me parecería ni medio normal, pero al menos sería falso.

—Cecilia, querida. —Había intentado suavizar la situación Obdulia—. No sé de qué me estás hablando. —Mientras pudiera esconder la vergüenza, lo haría, no había necesidad de airear todos los trapos sucios de golpe y tan pronto.

—Obdulia, hace mil años que nos conocemos, no creo que sea el momento de que me vengas con disimulos. Mi doncella me ha dicho que ella lo sabía por la cocinera, y esta ha confesado que la había llamado tu cocinero para contárselo. «Se los veía contentos y muy enamorados»; según ella, esas han sido las palabras textuales de Nicolás.

En la cabeza de doña Obdulia había sonado una retahíla de palabras

malsonantes que de ninguna manera se hubiese atrevido a decir en voz alta, pero que la habían dejado un poco más dispuesta para el siguiente round.

—Cecilia, hija, no dramatices. Si no te he llamado ha sido porque sé que se trata de un encaprichamiento temporal. En menos de una semana la tengo aquí, comiendo en mi mano, de eso puedes estar segura. ¿No te acuerdas de cuando a Alberto le dio por frecuentar aquella bailarina exótica? —Se había abstenido de pronunciar la palabra *estríper* porque venía ya implícita en la pulla.

—Pero Alberto fue muy discreto en todo momento, Lucía no llegó a enterarse de nada. ¿Cómo pretendes que no le cuente a él que la niña se ha fugado de casa, cuando todo el servicio habla de ello?

Cecilia era una de sus amigas más queridas, pero en ese momento le hubiese partido la cara.

—¡No le cuentes nada! Te estoy diciendo que antes de una semana la niña habrá vuelto. Además, incluso me parece bien que ella haya echado una canita al aire como hizo Alberto. Así no llegan al matrimonio como lo hicimos nosotras, que además de casarnos con quien nos impusieron, lo hicimos engañadas. Se dará cuenta de que tu hijo es todo lo que necesita, ya lo verás, no es tonta. ¡Volverá!

—Sinceramente, Obdulia, me estoy replanteando todo el asunto. ¿Y si ese... le pega algo? —había dicho entre carraspeos incómodos—. Con lo que nos ha costado conducirlos hasta esta boda —había lloriqueado— y ahora, con todo preparado, con los invitados que ya han confirmado su asistencia... No quiero ni imaginar el ridículo que vamos a hacer. La sociedad va a estar hablando de esto durante años, Obdulia, ¡años!

Obdulia, que se había puesto roja como la grana por la indignación, ni siquiera pudo contestar, había colgado el teléfono y dado la conversación por finalizada. Lucía se iba a enterar de quién era su madre el día que volviera con el rabo entre las piernas y pidiendo clemencia.

De esa conversación hacía casi tres semanas y aún no había tenido noticias

de la niña. A esa llamada la habían seguido muchas otras, Cecilia telefoneaba dos o tres veces al día, siempre con el mismo lloriqueo, siempre insistiendo en el descalabro social que la anulación de la boda significaría para ellos. Después, para más inri, a Lucía no se le había ocurrido otra cosa que poner a Alberto al tanto de todo ella misma. ¡Con lo que les había costado a Obdulia y a Cecilia disimular e inventar excusas! Había sido un esfuerzo titánico, aparte de un gasto económico considerable, se necesitaba dinero y mucha persuasión para acallar tantas bocas.

Cecilia y su marido ya estaban en el Puerto de Andratx, pero Obdulia no se había atrevido a instalarse en la casa de vacaciones ese año. Sabía que para la mayoría de sus vecinos ella era el tema de conversación, y que Cecilia se estaba encargando, harta de esperar a que Lucía volviera, de poner en aviso a unos y a otros del descarado de la niña y del desplante que le había hecho a su pobre hijo. De todas formas, ella tenía un asunto más importante que atender en Palma, y tampoco tenía prisa por salir de la ciudad ese verano.

Con Jorge, apenas se hablaban. Aunque él se puso de su parte durante la discusión y amonestó a Lucía, no lo hizo de la manera enérgica que se esperaba en un hombre. Y después estaban las palabras de Margarita... El muy canalla, encima, la había mirado con cara de pena en vez de decir algo ante las amenazas de muerte que había proferido la muy víbora contra ella. Aunque eso era lo de menos, se dijo, por fin había conseguido que esa bruja se marchara de su casa. Ya pasaba la edad de jubilación al menos en dos años, y no había podido deshacerse de ella hasta aquel día. Estaba mayor, ya no servía como antes y el imbécil de su marido seguía coladito por sus huesos, pensó. Si era que desde que Margarita se había ido, Jorge parecía un alma en pena, transido de dolor y buscando algo que no volvería a tener.

Estaba entrando en la espiral de pensamientos negativos que la ponían de mal humor y le llenaban el rostro de arrugas. No lo podía permitir, así que decidió hacer una llamada que sabía que la tranquilizaría.

—Buenos días, amor —dijo con voz melosa nada más oír la voz potente de

su interlocutor—. Tenía tantas ganas de oírte.

—¿Ya estabas pensando de nuevo en cosas malas, pichoncita? No debes hacerlo, que después se te agriará el carácter y vas a tener la cabeza llena de pesadumbre, ya lo sabes —contestó él con su tono afectado.

—Sí, lo sé, caramelito mío, por eso he pensado que era mejor llamarte y despistar un poco esos pensamientos tan horribles —dijo con voz impostada de niña pequeña—. He decidido que mañana por la noche voy a dar una cena en casa. Cuatro amigos íntimos, para que vean que todo va bien, que no me ha alterado para nada el desplante de la niña; necesito tu apoyo. Ya sabes que con Jorge no puedo contar.

—¿Mañana? Me temo que no podré acudir, mi algodoncito de azúcar, ya tengo la velada ocupada.

—Puedo pasarla al domingo por la noche, si te va mejor —añadió esperanzada.

—No creo que sea prudente que yo vaya a cenar a tu casa de momento. Se me pone dura cada vez que te veo. Dudo que pueda disimular mi devoción hacia ti durante una cena. Todo el mundo se daría cuenta de que hay algo entre nosotros.

Ella gruñó al teléfono queriendo parecer una gatita mala, y él suspiró de emoción al otro lado del aparato.

—Bueno, pues será en otra ocasión. Te dejo, voy a iniciar los preparativos. Más tarde te llamo, cuando me meta en la bañera, como todos los días —le dijo con la voz tomada.

—Esperaré con ansia —contestó él en un tono que pretendía ser seductor.

Obdulia, mucho más tranquila y con el alma más ligera, se dirigió a la cocina pensando en las órdenes que debía impartir para la cena del día siguiente.

El sábado, a las ocho de la tarde, estaba arreglada y esperando a que llegaran sus invitados. Había puesto especial cuidado en su aspecto; lo hacía siempre,

pero ese día se esmeró aún más que de costumbre.

Se regocijaba pensando en la conversación que habían mantenido ella y Jorge el día anterior, cuando ella le comunicó que darían una cena en casa para algunos de sus amigos más allegados.

—¿Una cena? —le había preguntado él—. ¿Qué quieres demostrar a estas alturas?

—No quiero demostrar nada, quiero reunirme con nuestros amigos, eso es todo. No porque Lucía haya decidido fugarse con alguien tan inapropiado, voy a estar encerrada en casa sin relacionarme con nadie, esperando a que siente la cabeza y vuelva.

—¿Y qué es, exactamente, lo que te hace pensar que la niña regresará a la vida que tú has planeado para ella?

—Tú lo hiciste, ¿no? —le había espetado ella con rabia.

—Las circunstancias no eran las mismas. Mis padres y los tuyos habían hecho un trato —había contestado él con inmensa tristeza en la voz.

—Sí, mis padres saldarían las deudas de los tuyos a cambio de que tú te casaras conmigo. Unos salían de la vergüenza de haber perdido todo su capital y los otros se aseguraban de que su hija se casara con el chico del que estaba enamorada desde los diez años. Aquí la diferencia radica solo en que tú sabías todo el trato, y a mí nadie me informó de nada.

—No, yo no estaba al tanto de todo, como tú has insinuado tantas veces. Nadie me explicó que todas nuestras posesiones pasaban a tu nombre; ni que, si en algún momento tenía la brillante idea de dejarte, nunca podría recuperar ni uno solo de los bienes de mis padres. ¡Qué estaría tan arruinado como antes de casarnos!

—Por algo mis padres tenían la sartén por el mango —había contestado ella furiosa—. Eran los tuyos los que necesitaban encarecidamente de su ayuda. Firmaron cuanto documento se les puso delante. Mis padres solo pensaban en mi felicidad, mientras que a los tuyos solo los movía el egoísmo. Fueron ellos

los que arruinaron tu vida. No yo. Yo me casé enamorada. Durante años creí a mi madre cuando decía que tú me querías, solo que no sabías demostrarlo. Pobre, le hubiera dado un infarto de haber sabido que todas las noches te encamabas con la criada. —Le había temblado el cuerpo de rabia, como cada vez que ese asunto salía a relucir.

—¡Cállate, Obdulia, no digas ni una palabra más sobre Margarita! —había dicho él con algo parecido a la furia.

—No sé por qué no te vas con ella. ¡Uy, perdona, sí que lo sé! Es por el dinero, ¿verdad? Si te vas, te quedas sin nada, en la calle literalmente.

Él, como siempre, había callado y había huido. Se merecía todo lo que ella le hiciera, pensó, la había engañado durante años, ¿y con quién? Con una criada vieja y fea. Lo que más la satisfacía era que Margarita lo había sacado de su cama en cuanto dejaron a Lucía en sus manos. De entrada, a ella no le había hecho ninguna gracia poner a la niña al cuidado de esa bruja, pero su madre había insistido tanto en ello que no le había quedado más remedio. «Nunca una mujer de nuestro linaje se ha encargado de la crianza de sus hijos, no vayas a ser tú la primera, ¡por Dios!», le había repetido sin cesar. Claro, la pobre nunca supo de los amoríos entre la criada y Jorge, Obdulia se había ocupado de que siguiera en la ignorancia hasta el día de su muerte.

No tener a su hija con ella le había dado mucha pena al principio, pero al darse cuenta de que la bruja rechazaba a Jorge en favor de la niña, había visto el cielo abierto.

«En ese tiempo, tonta de mí, todavía pensaba que sería capaz de conquistarlo, aún creía que estaba enamorada de él», pensó. Por eso había demorado tanto el momento de encargarse ella misma de la niña. Esa había sido su perdición; cuando quiso recuperarla, ya estaba contaminada por las ideas proletarias de la bruja.

«No, no, no —se amonestó—, piensa en las arrugas. Esta noche, nada de malas ideas, sonrío».

El timbre de la puerta sonó y ella se apresuró a ocupar su lugar para recibir a sus huéspedes. Iban a pasar una velada inolvidable, y a lo mejor algunos dejarían de hablar de ella a sus espaldas, si no era para elogiar su buen gusto, se animó a sí misma.

Casi una hora después se congratulaba por haber logrado mantener la conversación alejada del comportamiento de Lucía.

El primer sobresalto lo tuvo al entrar en el comedor y ver cómo estaba puesta la mesa. Había dado órdenes específicas de usar la cubertería Jardin d'Eden, de Christofle, y en lugar de eso, había mezclado piezas de la cubertería de plata Plain Fiddle, de Sheffield Cutlery, y de la Cluny, de Christofle. La sonrisa se le borró de la cara y fue sustituida por un rictus amargo que le costó muchísimo disimular. Solo esperaba que nadie hiciera algún comentario al respecto.

—Querida —dijo la voz meliflua de Tita, una prima lejana suya que siempre había sido muy entrometida—, el tema del personal está fatal hoy en día, ¿verdad? ¿Te has fijado qué confusión más tonta? No me puedo creer que las chicas del servicio sean incapaces de distinguir unos cubiertos de plata de unos de diseño. Si bien se parecen un poco en el aspecto, son totalmente diferentes en el peso y la calidad, ¿verdad?

Si alguno de los invitados no se había dado cuenta, ahora ya se había solucionado tal falta de información. Todos estaban al tanto.

—¡Uy, Tita! Eso no tiene ninguna importancia hoy por hoy. Antes, nuestras madres lo miraban mucho, pero nosotras somos más modernas y no nos fijamos en esas menudencias; además, la mezcla de elementos en la mesa es *trend*. —Carmencita, una de sus amigas, salió en su ayuda. Obdulia se lo agradeció con una leve inclinación de cabeza.

—No creo que esto sea una menidencia, hay cosas que no deben «mezclarse» —dijo Tita levantando las cejas levemente—. Al fin y al cabo, la elegancia y el *savoir faire* son lo que nos distingue del servicio, ¿verdad?

«Si vuelve a decir “¿verdad?”, voy y le arranco el moño postizo», pensó

Obdulia a punto de explotar; no había podido pasar por alto la sutil referencia a las *mezclas*.

—Por favor, sentaos —dijo en cambio—. No es una cena formal —se excusó—, no os he asignado sitios, podéis ocupar la silla que queráis —añadió.

—Ay, esta prima mía, cada día es más moderna, ¿verdad? Por lo visto, decidir dónde se sentará cada comensal e imprimir el menú también está *demodé* —dijo Tita con una carcajada malintencionada—. Es encantadora, ¿verdad? —añadió mientras se sentaba.

Obdulia apretó los puños y se acomodó a la cabecera de la mesa, que por supuesto los invitados habían dejado libre para ella. Jorge, con una sonrisa pintada en la cara, estaba en la otra cabecera. Parecía que se alegraba de que la cena hubiera empezado con tan mal pie.

La nueva gobernanta entró seguida de las doncellas para servir el primer plato. Obdulia les había tenido que pedir que trabajaran esa noche, habían aceptado a desgana y solo después de ofrecerles una gratificación importante. En el momento en que las vio, se sintió desfallecer. Una se había puesto el uniforme de diario y la otra, el de gala.

La gobernanta, que se había negado a llevar uniforme, empezó a dar órdenes en voz demasiado alta, interrumpiendo las conversaciones de los comensales, que cesaron a la espera de que las tres se retiraran y los dejaran hablar con tranquilidad.

A Tita le faltó el tiempo para expresar su opinión una vez que estuvieron de nuevo a solas.

—Que diferencia entre el servicio antiguo y el moderno, ¿verdad?

Nadie contestó a esa pregunta maliciosa, pero todas las miradas se dirigieron a Obdulia para ver su reacción. Se ocupó de que nadie notara sus ganas de llorar por el fracaso que estaba suponiendo la maldita cena y sonrió como lo haría una madre ante la falta de pericia de sus hijos.

No obstante, su mal humor aumentaba por momentos y rechinaba los

dientes de rabia; todas sus intenciones de aparentar normalidad se estaban yendo al traste por culpa de la estupidez del servicio. ¿Y Tita? ¿Cómo se le había ocurrido invitarla?, se preguntó, no podría odiarla más de lo que lo hacía en esos momentos; no había dejado pasar la oportunidad de resaltar todos y cada uno de los pequeños fallos.

«Al menos Nicolás se ha esmerado como de costumbre —se dijo—. Aunque le he tenido que sugerir yo los platos».

Como si le hubiera leído el pensamiento, Carmencita dijo:

—Esto está delicioso, Obdulia. ¿Qué es?

—*Carpaccio* de gamba roja mallorquina con hojas tiernas, mayonesa de *wasabi* y perlas de limón y pimienta —recitó de memoria la receta tal como le había dicho a Nicolás que la preparara; se dio cuenta, tarde, de que las hojas tiernas brillaban por su ausencia.

La gobernanta y las dos criadas hicieron otra entrada triunfal para el plato principal de pescado.

«Suprema de cabracho al horno con cigala, almejas, mejillón y salsa marinera —se dijo para sí—. Espero que esta vez no haya eliminado nada de la lista».

De nuevo, la comida estuvo deliciosa y el comportamiento de las criadas fue deplorable. A punto estuvieron de echarle la salsa marinera encima a Tita. «Que, por otra parte, se lo hubiera tenido bien merecido», se regodeó para sí la dueña de la casa.

Obdulia no sabía cómo disimular su enfado ni un minuto más, así que decidió tomar cartas en el asunto y, disculpándose ante sus invitados, se dirigió hacia la cocina antes de que aquellas tres volvieran a salir. No sabía qué esperaba encontrar allí, pero desde luego no el espectáculo dantesco que la recibió.

Las doncellas se tiraban del pelo, literalmente, mientras la gobernanta hacía esfuerzos para separarlas. Nicolás, que no la había visto entrar, intentaba sacar la presa ibérica del horno y no le estaba resultando fácil con aquellas

peleándose tan cerca; los platos estaban sin terminar de montar y peligraban ante los movimientos furiosos de las dos contendientes.

—Pero ¿qué pasa aquí? —gritó a voz en cuello Obdulia.

Nicolás, que al fin había conseguido sacar del horno la bandeja con la carne, pero la estaba asiendo de forma inestable, al oír el grito de la señora se asustó y la dejó caer, lo que provocó un estruendo considerable. La pelea cesó de golpe. Las tres criadas miraron la escena con cara asombrada, una de ellas al girar se llevó por delante dos de los ocho platos que estaban sobre la encimera; Nicolás y Obdulia gritaron al unísono palabras mal sonantes.

En ese mismo momento, entró Jorge desde el comedor.

—¿Qué pasa, Obdulia, qué son esos gritos? Nuestros invitados se han asustado al oírte. —Al ver el caos que reinaba en la cocina quiso reírse, pero la cara rabiosa de su mujer hizo que desistiera.

—¡Me despido! —gritó de golpe Nicolás—. ¡Esta no es manera de trabajar! Si Margarita estuviera aquí, esto no hubiera sucedido, no soporto más esta falta de profesionalidad. —Deshaciéndose del delantal, lo tiró con fuerza sobre la encimera, para después encaminarse hacia la puerta de servicio que conducía a la salida—. ¡Y no hace falta ni que me preparen el finiquito, no pienso volver jamás a esta casa de locos! —gritó de nuevo antes de dar un portazo tremendo.

Todos sabían que nada de todo eso hubiera sucedido si Margarita siguiera en la casa; ella era la que hacía que el servicio marchara como la seda, y su ausencia se había notado muchísimo desde el día que se fue, pero nadie se había atrevido a decirlo en voz alta hasta ese mismo instante.

La nueva gobernanta, pese a ser más seca que la propia Obdulia, no había conseguido hacerse con las riendas, y entre los que se habían ido por propia iniciativa y los que había echado ella, apenas quedaba nadie del antiguo equipo de servicio, con lo que la casa rozaba el caos, aunque *la señora* no lo quisiera reconocer.

Obdulia se rehízo como pudo y salió a dar la cara ante sus invitados.

Cuando entró en el comedor, todos ellos estaban de pie y preparados para irse.

—No te preocupes por nada, querida —le dijo Carmencita acercándose a ella y cogiéndola por las manos—. Todos hemos tenido problemas con los criados y sabemos el mal trago que esta gente puede llegar a hacernos pasar. Vendremos en otra ocasión. Cuando las cosas estén más calmadas.

—Sí, no te preocupes por nada —dijo Tita que se encontraba ya casi en la puerta—. Quien más quien menos ha pasado por situaciones como esta, no siempre es fácil encontrar personas tan eficientes como la que tú tenías, ¿verdad? No sé cómo la dejasteis escapar —añadió dirigiendo una mirada significativa a Jorge.

CAPÍTULO 16

Lucky ya llevaban más de quince días con las pesadillas nocturnas. Él y Lucía no habían vuelto a discutir, pero, así y todo, el ambiente no era distendido.

Margarita aprovechó un momento que la chica había ido al pueblo a comprar para hablar con él.

—Lucky, no puedo imaginar por lo que has tenido que pasar para que grites de esa manera todas las noches, pero Lucía tiene razón: en algún momento tendrás que desprenderte de ese peso que llevas encima. Creo que ha llegado la hora de que confíes en ella. Te quiere muchísimo, basta ver la cara con que te mira y a todo lo que ha renunciado por ti. ¡Ábrete a ella!, te sentará mucho mejor de lo que crees y quizás puedas dejar atrás el horror que viviste de una vez por todas.

Lucky la miró sin decir nada, le dedicó una de sus escuetas cabezadas. ¿Contárselo a Lucía? No se atrevía. No solo le daban miedo los recuerdos, también estaba asustado por la reacción que ella pudiera tener ante tanta miseria.

Durante el resto del día estuvo dándole vueltas en la cabeza a lo que le había dicho Margarita. A la hora de irse a dormir, ya había tomado una decisión.

Cuando se tumbaron en la cama, la espalda de Lucía contra su pecho, la cogió por la cintura y, acercándola más a él, empezó a hablarle al oído.

—Siempre me han dicho que yo tengo suerte, pero a costa de robársela a

los que me rodean. Nunca lo había creído, hasta que te conocí a ti.

Lucía intentó girarse para mirarlo a la cara, pero Lucky no la dejó hacerlo. Había decidido hablar al fin, pero sabía que las fuerzas le flaquearían si ella lo miraba de frente. Nunca había abierto las puertas del recuerdo de forma consciente. No sabía qué sería capaz de contar y qué quedaría oculto para siempre; pero sabía que tenía que intentarlo, por ella, por los dos.

—Crecí en una aldea muy pequeña, por eso no fui al colegio. Mis padres murieron cuando yo tenía doce años. Mi hermana cuidó de mí una temporada, pero apenas salíamos adelante; así que decidió venir a Europa. Me dejó al cuidado de uno de mis tíos y durante unos dos años estuve con ellos. Aunque él fue el primero que dijo que yo no compartía mi suerte con los demás, me trataba bastante bien.

»Una mañana cuando desperté, no quedaba nadie de la familia de mi tío en la casa, me imagino que se marcharon durante la noche; ni siquiera me avisaron.

»No había sabido nada de mi hermana durante esos años, así que pensé que había llegado a Europa y se había olvidado de mí; después de lo que vi y tuve que vivir, estoy casi seguro de que no lo logró.

»Yo no tenía nada para comer, ni mucho menos dinero, pero eso no me detuvo. Decidí que ya era hora de que hiciera algo por mí mismo y cogí lo que pude cargar dispuesto a llegar a Europa cuanto antes. Fue la primera tontería que hice —dijo con un suspiro Lucky—, pero ni la más grande ni la última, por supuesto.

—¡Solo tenías catorce años! —exclamó Lucía, intentando volverse en la cama de nuevo, sin poder conseguirlo.

—O quizás quince, no estoy seguro.

—¡Eso da igual, eras un crío! No puedo creer que tuvieras que pasar por eso.

—¡Amor mío! —Lucky sonrió con tristeza—. No es lo peor que vas a oír. ¿Seguro que quieres que siga?

Lucía giró la cabeza levemente, no podía moverse, pero deseaba tanto tenerlo delante. Él aprovechó para depositar un beso en su mejilla. No estaba segura de querer que siguiera con su historia; si a esas alturas ya tenía el corazón en un puño, no podía ni imaginarse cómo lo tendría cuando Lucky acabara de contar su historia. Tampoco quería que se callara, al fin había conseguido que hablara con ella y no deseaba desaprovechar la oportunidad de acercarse más a su pasado y, en definitiva, a él.

—Déjame abrazarte —dijo al fin—. Si no puedo moverme, me siento algo... inútil.

Lucky lo pensó un momento antes de soltar su cintura. Lucía se volvió en la cama, le puso una mano en la mejilla, con el pulgar lo acarició lentamente. Apenas podía verlo con la luz apagada, pero se sentía muy cercana a él.

—Pensaba que, si conseguía llegar a alguna ciudad y encontrar un trabajo, podría acumular algunos dólares y pagar para pasar la frontera hacia Níger —continuó él al cabo de un rato—. Era un iluso, no había trabajo para los hombres, ¿cómo iba a encontrarlo yo?

»Pasé más de medio año durmiendo donde podía, comiendo lo que lograba robar... Alguna que otra vez, la gente se apiadaba de mí y me daban pan, incluso algo de mantequilla, en ocasiones me daban ropa, pero eso era solo muy de vez en cuando.

»Mi suerte llegó en forma de un chico algo mayor que yo; se llamaba Saturday y, como todos los demás, no tenía dinero. Pero sabía cómo conseguirlo.

Volvió a suspirar con fuerza. Lucía se había acercado a él y lo abrazaba con un brazo y una pierna. Lucky le dio un beso y continuó.

—No estoy orgulloso de lo que hicimos, pero conseguimos suficiente dinero para ir a Agadez.

—¿Qué fue lo que hiciste? ¿Cómo ganasteis el dinero?

—Esto no ha sido una buena idea —exclamó Lucky suspirando de nuevo e intentando alejarse de ella; Lucía lo sujetó con fuerza, sabía que si él no

quería ella no podría retenerlo, pero esperaba disuadirlo.

—Sigue, estoy aquí, junto a ti. No te voy a soltar. No me iré de tu lado.

—¡Les robamos, Lucía! —tembló.

—¿A quiénes? —insistió ella.

—¡A otros que estaban en nuestra misma situación! Los engañábamos, les hacíamos creer que trabajábamos para alguien que podía «ayudarlos» a cruzar la frontera y llegar hasta Agadez. Algunos no nos creían, pero muchos sí; estaban tan desinformados como nosotros mismos.

»Nos daban lo que les pedíamos. Creíamos que éramos más listos que nadie y eso nos convirtió en unos avariciosos; queríamos ganar más, acumular más. Hasta que un día nos topamos con alguien más listo que nosotros.

—¿Qué pasó? —preguntó Lucía después de que Lucky pasara un rato en silencio.

—Nos dieron una paliza y se quedaron con casi todo el dinero que llevábamos encima. Yo había escondido algo en una casa abandonada en la que a veces nos quedábamos a dormir; no mucho, porque siempre temía que alguien pudiera encontrar mi escondite cuando no estábamos. Saturday estaba muy mal, se había llevado la peor parte; así que, como no sabía qué hacer, le dejé delante de un hospital y me largué con todo el dinero. No sé lo que pasó con él, nunca más volví a verlo.

Lucía se dio cuenta de que Lucky estaba llorando, las lágrimas rodaban por sus mejillas calladamente. Se acercó más a él, estaban tan juntos que parecían uno solo.

—Me prometí que nunca más le robaría a nadie, aunque tuviera que pasar hambre. Pensaba que lo había pasado mal, pero lo que vino después fue peor.

»Atravesar el desierto fue terrible. En Agadez conseguí «pasaje» en un camión que debía llevarnos a Trípoli, íbamos como sardinas en lata, ni siquiera podíamos movernos. Si alguien se caía, los demás lo pisoteaban. Cuando el camión paró, había cinco o seis chicos muertos en el suelo.

Su llanto empezó a ser más angustioso.

—No puedo, Lucía, no puedo recordar todo lo que pasó.

—No hace falta que lo cuentes todo hoy, podemos continuar otro día —le dijo ella intentando calmarlo.

—No —contestó él recuperando un poco la serenidad—, si no lo cuento ahora, otro día no podré, será mucho peor.

Reordenó un poco sus ideas y continuó.

—Yo había engañado a otros; a mí me engañaron también; esa fue la primera vez que me sentí estafado de verdad. No nos dejaron en Tripoli, como habíamos pactado en Agadez, si no en Djanet, a mitad de camino de lo acordado.

»Se formó un grupo para atravesar el desierto, querían cambiar de ruta e ir hacia Maghnia, algunos decían que desde allí era mucho más fácil llegar hasta el mar. Tardé mucho en darme cuenta de que en realidad nadie sabía nada, todos hablaban de oídas. En esos momentos lo que yo quería era avanzar deprisa, así que me uní a ellos. Buscaban un guía y solo fue cuestión de suerte que no cayéramos en manos de traficantes de personas.

»Emprendimos el camino a través del desierto mal equipados, no llevábamos demasiada comida, preferimos cargar con bidones de agua, que sin embargo, se vaciaron deprisa. En esa travesía murieron muchos de mis compañeros de viaje: unos, de cansancio; otros, de hambre; caían desplomados sin poder dar ni un paso más. Y no podía ayudarlos; si lo hubiera hecho, me hubiesen dejado a mí también.

»Atravesé montañas caminando y estuve a punto de morir varias veces yo también. Pasé hambre y frío, sobre todo recuerdo el frío, es un poco irónico recordar el frío del desierto, ¿no crees? —dijo con amargura en la voz.

»Ya había atravesado gran parte de Argelia y me faltaba muy poco para llegar a Maghnia cuando me detuvieron. No tenía visado, así que pasé tres meses en una prisión antes de ser deportado.

»Me metieron en una celda muy pequeña con al menos veinte hombres más. Como no tenía tarjeta de identidad, nadie se dio cuenta de que yo era un

menor, ahora creo que fue mucho mejor así; a los más jóvenes se los llevaron y no volvimos a verlos, pero yo ya era muy alto y pensaron que era un hombre, no un chico.

»Terminada la condena, nos deportaron a Mali. Esa vez estaba mejor informado; si eres maliense, no necesitas visado para estar en Argel, así que compré un pasaporte falso. Había conseguido esconder algo de dinero en la suela de los zapatos y esa fue mi salvación.

»Después de muchos meses y malvivir continuamente, pude llegar hasta Maghnia. Es como un país diferente dentro de Algeria; bueno, en realidad es como una confederación de países. Todas las nacionalidades de África están representadas allí. La gente se agrupa por guetos según su procedencia y en cada uno tienen su presidente, su policía, ¡todo!

»Desde Maghnia se organizaba la llegada al mar; eran los presidentes del gueto los que elegían los grupos que harían el viaje cada día; previo pago de las tarifas, claro. Yo casi había gastado todo el dinero, así que me quedé una temporada estacionado en ese campamento bestial.

»Trabajé de cocinero, recogí fruta..., hacía lo que fuera con tal de juntar los mil trescientos euros que necesitaba para cruzar. Pero nunca robé a nadie, lo había jurado y lo he cumplido desde entonces.

»Las condiciones eran infrahumanas; no podías ducharte y apenas lavarte una vez a la semana; el hacinamiento de personas, las peleas frecuentes... Las que peor lo pasaban eran las chicas, aunque no solo ahí, sino durante todo el viaje; algunas se prostituían, no les quedaba más remedio. Muchas habían sido violadas y eran las que sufrían las peores vejaciones. Pero eran fuertes, se resistían a darse por vencidas. Admiré mucho a algunas de ellas.

»Era un lugar triste, yo quería salir de allí cuanto antes, pero para eso necesitaba dinero y no era el único. No sé cuánto tiempo estuve varado en Maghnia, lo que sí sé es que fue mucho más del que pretendía. Conocí a un montón de gente, pero solo hice un amigo de verdad. Ni siquiera era de mi campamento, había llegado desde Gambia, se llamaba Bakary y era de mi

edad.

»Se había marchado de su casa una noche sin decir nada a sus padres porque sabía que de lo contrario no lo dejarían partir. Había tenido que atravesar el Sahara a pie y me contó que cada día, durante todo el camino, encontraron cadáveres de personas; algunos todavía estaban en descomposición mientras que de otros solo quedaban los huesos ¡Yo que creía que mi travesía había sido difícil! Bakary empezó el viaje por el desierto con ochenta y seis compañeros y, de todos ellos, solo consiguieron atravesarlo veinte.

Lucky permaneció mudo durante lo que parecieron horas. Se entretuvo en acariciar la melena dorada de Lucía con suavidad, y ella pudo notar el temblor de su pecho y de su mano; pero no se atrevió a decir ni media palabra; sabía que, si lo hacía, el llanto que estaba reteniendo tan estoicamente rompería las barreras que le había puesto y ya no podría parar.

Al cabo de un rato, Lucky continuó:

—A Bakary y a mí nos daba mucho miedo el mar, nunca lo habíamos visto ninguno de los dos. Las noticias de cayucos que se hundían o se perdían eran casi diarias; aun así, no nos amilanamos. Apenas nos hicimos con el dinero necesario, salimos de Maghnia como una exhalación.

»Si quieres ir a las Islas Canarias desde Maghnia, tienes que viajar hasta El Aaiún, atravesando Marruecos; en cambio, desde donde estábamos hasta la costa no había mucha distancia, lo difícil en ese caso es cruzar el Estrecho. No lo dudamos; no queríamos atravesar otro país si podíamos evitarlo, así que decidimos intentar salir hacia la península. Como habíamos pagado la «tarifa» para pasar, esperábamos que esa vez fuera rápido y fácil. Con todos los palos que habíamos recibido y aún seguíamos confiando en la gente.

»Después de un viaje espantoso, en el que de nuevo fuimos hacinados en un camión donde no cabía ni un alma más, nos dejaron en la última parada: una cueva no muy lejos de donde debíamos subir a los cayucos. Allí tuvimos que permanecer escondidos la mayor parte del tiempo, sin apenas poder

movernos. Teníamos los nervios a flor de piel. Se desataban reyertas frecuentes y, más de uno perdió la vida estando tan cerca de la tierra soñada.

»Estuvimos esperando en ese sitio durante un mes o más. La mayoría había comprado provisiones para dos o tres días, una semana a lo sumo. En cuanto la comida empezó a escasear, los guías se ofrecieron a comprarnos lo que necesitáramos, claro que al triple de su precio; el dinero desaparecía a marchas forzadas.

»Cuando por fin nos tocó el turno a Bakary y a mí, estábamos tan ansiosos que no cabíamos en nuestra propia piel. No obstante, las canoas que encontramos en la playa nos parecieron tan inseguras que nos faltó muy poco para abandonar, lo único que nos lo impidió fue que hacia atrás el panorama era aún peor que hacia adelante. Del mar no distinguimos demasiado, era noche cerrada y no veíamos mucho más allá de nuestras propias narices.

Volvió a detenerse, llevaba mucho tiempo hablando, pero llegado a ese punto no podía parar. Los acontecimientos que venían a continuación eran los que más lo atormentaban por la noche. Inspiró con fuerza, como si el aire de la habitación no le bastara.

—Nos hicieron subir a empujones, Bakary y yo quedamos cada uno en una de las canoas. «Nos vemos en España», me gritó agitando la mano. «Allí nos vemos», le contesté. Pero no lo vi nunca más.

»No hacía mucho tiempo que estábamos en el mar cuando tuvimos que ponernos a achicar agua, que entraba por todos sitios. Pasé tanto miedo, Lucía, tanto —le dijo apretándola con fuerza—. Los otros iban tan asustados como yo, algunos rezaban, otros lloraban y hasta los había que gritaban pidiendo auxilio. Yo estaba tan asustado que las palabras se me atascaban en la garganta.

»De repente, detrás de nosotros apareció una gran llamarada, era el motor de la otra canoa, que había explotado. Empezamos a oír gritos desgarradores de la gente que había ardido en llamas, se tiraban al mar para aplacar el fuego, pero ni siquiera sabían nadar. Yo empecé a gritar el nombre de Bakary

y seguí gritando durante toda la noche, hasta que me quedé sin voz. —Lucky se quedó sumido en un silencio triste, al cabo de un rato continuó—. Lo que más me pesa ahora es que no pude avisar a su familia de que había fallecido, no sabía ni dónde vivían ni cómo ponerme en contacto con ellos, nunca sabrán lo que ha sido de su hijo...

Lucky se estremeció por el llanto, había empezado de nuevo a llorar y no creía que pudiera parar nunca más. Lucía le llenó la cara de besos, pero no pudo evitar acompañarlo en su duelo; y lloraron los dos, lloraron y se besaron, besos tiernos de amantes que se quieren desde hace tiempo y a los que nada en el mundo puede separar.

Al cabo de lo que parecieron horas, Lucky decidió poner punto final a su relato.

—Tres días más tarde aún no habíamos llegado a la costa, estábamos desfallecidos, algunos se cayeron al mar de puro agotamiento, otros se tiraron para acabar cuanto antes con el sufrimiento, la sed y la desesperación. Una lancha de la Cruz Roja fue la que nos rescató. Después supe que estábamos a 28 de febrero, por eso decidí que sería la fecha de nacimiento que constaría en mi nuevo permiso de residencia. Una vez me lo preguntaste, ¿lo recuerdas?

Lucía se acordaba perfectamente, él no había querido responder a esa pregunta el día que se la formuló. En ese momento creyó entender porqué. En alguna ocasión había oído hablar del síndrome del superviviente; el que lo padecía se sentía culpable por haber sobrevivido a una determinada situación cuando otros no lo habían conseguido.

—Una vez que llegamos a la costa, en vez de conseguir la ansiada libertad, conseguimos tres meses de internamiento. Habían pasado al menos cuatro años y medio desde que salí de casa de mis tíos. Lo peor, Lucía, es cuando toda esa gente viene a visitarme por las noches, y me dice: «¡Lucky, Lucky, te quedaste con mi suerte!».

Lucía lo besó de nuevo, esa vez para callarlo con su propia boca.

—No puedes pensar eso, mi amor, muchos otros lo han conseguido. Tu nombre no ha tenido nada que ver.

—Les fallé a muchos, Lucía; y ahora también te estoy fallando a ti.

—Eso no es cierto. No me estás fallando, estamos juntos; conseguiremos salir adelante. Tú eres un gran trabajador, la Tata no para de decirlo, somos jóvenes y fuertes; Estamos al principio de nuestras vidas. No te pido que olvides el pasado, eso es imposible, te pido que no te atormentes más con él. Todo por lo que has tenido que pasar también te ha ayudado a convertirte en lo que hoy eres, y yo amo cada fibra de la persona que eres, cada pensamiento, cada movimiento...

Lucky no la dejó hablar más, la abrazó tan fuerte que casi se fundieron en un solo ser. Hicieron el amor despacio, disfrutando de su nueva conexión, del amor que compartían y del gozo de tenerse el uno al otro.

CAPÍTULO 17

—Y entonces, ¿cómo se te ocurrió venir a Mallorca?

Margarita retuvo el aire en los pulmones cuando oyó que Lucía le preguntaba eso a Lucky, pensando que iba a iniciarse una nueva pelea. Cuál fue su sorpresa al descubrir que no solo no fue así, si no que Lucky profería una de sus sonoras carcajadas.

—¿No te cansas nunca de preguntar? —contestó mientras cogía a la chica por la cintura y la sentaba en sus rodillas.

—Eso ya me lo preguntaste en una ocasión y entonces te contesté que no, lo que no te dije fue que me encanta saberlo todo de ti.

Margarita acababa de salir de su habitación, ellos estaban sentados a la mesa de la cocina de espaldas a ella y no la habían visto todavía. Se dedicó a observarlos un rato. Le encantaba la pareja que hacían. Los dos eran altos y muy guapos, a su parecer. Lo que le gustaba más era cómo se miraban; que nunca se separaban más de lo estrictamente necesario; siempre que podían se tocaban con discreción, ya fuera una mano, un pie, o sentándose muy cerca el uno del otro.

Habían preparado el desayuno y se los veía mucho más felices y relajados que en los últimos días. En cuanto se acercó, Lucía se levantó y se dirigió hacia su Tata para echarle los brazos al cuello.

—Tata, ¡dormilona! Hace tiempo que te estamos esperando. Ven, siéntate. Te hemos preparado tortitas, sabemos que te gustan —la urgió.

Fue el turno de la mujer para reírse.

—¡Mira que sois adúladores! —dijo al tiempo que se sentaba—. ¡Hmm! ¡Qué buena pinta tienen! ¿Quién las ha preparado?

—¡Las hemos hecho entre los dos! —presumió Lucía. Se había instalado de nuevo sobre las piernas de Lucky, que la miraba como si ella fuera el tesoro más preciado que pudiera poseer jamás.

—Lucky estaba contándome por qué eligió Mallorca para vivir cuando salió del centro de internamiento —dijo Lucía.

—Bueno, en realidad —atajó él—, tú habías preguntado, pero yo todavía no había dicho ni media palabra.

—¡Por eso!, ahora lo contarás, ¿verdad? —dijo mimosa y, haciéndole una carantoña, lo besó a continuación.

—Tienes razón, Margarita, ¡Lucía sabe muy bien cómo hacerle la pelota a alguien!

Ella le dio un golpe en el brazo, seguido después por un millón de diminutos besos.

—¡Venga, estamos esperando! —lo instó al liberar su boca.

Lucky volvió a reír.

—¿Por qué crees tú que fue? —le preguntó en tono meloso.

—¿Porque sabías que en Mallorca te encontrarías conmigo? —lo interpeló, pícara.

Margarita puso los ojos en blanco, y Lucky echó la cabeza hacia atrás para reírse de nuevo con esa risa que a Lucía le robaba el aliento y la hacía vibrar. Cuánto la había echado de menos durante esos días tan difíciles.

La mujer no sabía qué había pasado con exactitud, pero se alegraba de que el sermón que le había dado a Lucky el día anterior hubiera dado sus frutos; no obstante, no salía de su asombro cuando oía a Lucky hablar con tanta ligereza sobre un tema que había guardado tan celosamente hasta ese momento.

«Lucía es igual que su padre —pensó—. La gente no puede negarle nada, excepto la bruja de su madre, claro».

—Si hubiera sabido que te encontraría aquí y que me querrías tanto, hubiese venido mucho antes —le contestó; acercándola más a él, la besó con cariño.

—¡Chicos! Ya me he puesto miel en las tortitas, ¡no necesito más! —dijo Margarita en un fingido tono de reproche.

Lucía le sacó la lengua, juguetona, y Lucky se rio por enésima vez esa mañana. Margarita estaba en la gloria con ellos dos allí. Los iba a echar mucho de menos si se marchaban. Tenía que hacer algo para mantenerlos a su lado, así que en su cabeza empezó a maquinar un plan.

—Permanecí en el CIE^[1] de Madrid durante sesenta días, nos trasladaron allí porque los centros del sur de la península estaban abarrotados, y no les quedó más remedio que repartirnos por todo el país —empezó a decir Lucky mientras acariciaba la espalda de Lucía distraídamente—. No pudieron deportarme.

—¿Por qué no pudieron? —preguntó Margarita—. ¡Me alegro de que no hicieran, no me malinterpretes! —añadió rápidamente, algo avergonzada.

Lucky volvió a reírse al ver la expresión contrita de Margarita, después contestó:

—En dos meses no tienen tiempo de preparar el papeleo necesario y, si no has cometido ningún delito, que era mi caso, no pueden retenerte más de sesenta días.

Margarita asintió y él continuó.

—Me pusieron en la calle pasado ese tiempo. Estuve una temporada vagando de aquí para allá. Después de perder a Bakary en el mar, no quise relacionarme con nadie, ya había dejado a demasiada gente atrás. —Paró de hablar un momento, después suspiró con intensidad como si estuviera animándose a sí mismo a seguir—. Al fin era libre y estaba en Europa, pero me di cuenta muy pronto de que en España no todo el mundo era rico, ni mucho menos. Los que no tenían trabajo lo pasaban mal, pero los inmigrantes como yo, sin familia ni amigos a los que acudir, todavía lo pasamos peor.

»Me enteré de que podía alquilar un NIE[2] y un número de la Seguridad Social por doscientos cincuenta euros mensuales y no lo pensé. Trabajé durante varias temporadas en Mercamadrid cargando y descargando fruta. Me levantaba a las tres de la mañana y pasaba casi doce horas trasladando cajas de un sitio a otro; no estaba mal, me puse fuerte. —Sonrió tocándose el bíceps del brazo izquierdo—. Había trabajo y se podía ir tirando, aunque yo no me sentía a gusto. Además, estaba el asunto del carnet, que tenía que pagar cada mes.

»Alguien me dijo que en Mallorca, si sabías inglés, se podía encontrar trabajo con facilidad; así que en cuanto tuve suficiente dinero, cogí un tren hasta Denia y allí un barco hasta Mallorca. Pero una vez aquí seguía sin tener papeles, ni sabía cómo conseguirlos. El trabajo en inglés del que me habían hablado no apareció, claro.

»Cuando Margarita me encontró, llevaba casi un año en la isla y no me había ido demasiado bien. Contraje una deuda importante, a un interés muy elevado, porque necesitaba el dinero para comer; solamente pude acudir a un usurero, que se aprovechó de mi situación. Por eso no pude ahorrar nada durante el último año —se disculpó—. Solo hace dos meses que la cancelé. —Su semblante volvía a ser muy serio, pero Lucía no dejó que su ánimo decayera y lo pinchó a seguir.

—¡Por eso le dijiste que sí a la Tata! —lo ayudó.

—Cuando me preguntó si quería trabajar para ella, no me importó de lo que fuera, dije que sí. Y entonces fue cuando encontré mi suerte de verdad.

Se calló y Lucía lo miró a los ojos. Sonreía y su cara de enamorada era un poema. No podía creer que ese hombre tan fuerte y tan valiente fuera suyo, ¡todo suyo!

—Tata, nunca podré agradecerte lo suficiente que lo trajeras a casa a trabajar — dijo con los ojos llorosos y tirándole un beso a Margarita.

Ella los miró a ambos durante un rato, sonriendo y aceptando por fin que esa relación no era «culpa» suya, sino que era «gracias» a ella.

—Yo estaba pensando... —dijo haciéndose la interesante— ¿qué necesitaría Lucky para poder ser autónomo?

Los dos la miraron boquiabiertos por el cambio de tema.

—¡No me miréis así! Es un jardinero muy bueno, podría poner una empresa de jardinería y estoy segura de que no le faltaría trabajo.

—Y de cuidado de piscinas —añadió Lucía, poniéndose en pie como si hubiera tenido una revelación.

Lucky las miraba a ambas anonadado.

—No creo que sea tan fácil —dijo al fin.

—¿Por qué no? —preguntó Margarita—. Tienes los papeles en regla, solo se trata de averiguar cómo hacerlo y tenemos una abogada en casa que podría tramitar el papeleo, ¿qué más se puede pedir?

—¡No sé! —volvió a intervenir él—. Primero, no conozco a nadie, ¿quién va a querer contratar a un desconocido? Segundo, aquí la jefa —dijo señalando a Lucía con la cabeza— no me deja conducir, no creo que vaya a conseguir mucho trabajo en Puigpunyent —exclamó, mientras enumeraba con los dedos.

—Yo sí conozco gente. Podría hablar con unos y otros, no tardarías demasiado en tener una buena clientela; además, ni Lucía ni yo tenemos nada que hacer en todo el día —insistió Margarita—. Hasta que te saques el carnet de conducir, podemos hacerte de chófer una de las dos.

—Es una idea estupenda, Lucky, ¿cómo no se nos ha ocurrido antes? —exclamó Lucía sentándose, esta vez, a su lado—. Al principio, si no tienes demasiado trabajo, podrías estudiar y sacar el carnet; eso es una ventaja porque va a pasar un tiempo hasta que te puedas examinar. Ten en cuenta que en la isla hay muchos extranjeros que tienen aquí su segunda residencia, si no los hay que vivan en Puigpunyent, los habrá en Esporles o en Palma... Tú sabes inglés, no tendrás problemas en ese aspecto; los europeos, en general, hablan inglés mucho mejor que nosotros.

—¡Necesitaría dinero para eso!

—Bueno, yo te puedo hacer un préstamo, o mejor, ser tu socia capitalista —añadió con entusiasmo Margarita—. O incluso abrir la empresa y contratarte como empleado, si por casualidad no pudieras ser autónomo.

Él empezó a ponerse nervioso y su semblante se tornó serio.

—Mira, Lucky —dijo la mujer señalándolo con un dedo—, no te pongas cabezota. Yo con mi dinero hago lo que quiero; además, ¿quiénes crees que van a ser mis herederos? No os tengo más que a ti y a Lucía, no voy a dejar el dinero en el banco para que lo disfrutéis cuando yo ya no esté; quiero gastármelo con vosotros, aprovechar mientras todavía tenga ganas. ¡Y ahora de lo que más ganas tengo es de llevar esto adelante!

—Margarita, falta mucho para que mueras...

—Eso no lo sabemos —lo cortó furiosa—. Te he dicho que no te pongas cabezón. Por muy obstinado que tú seas, yo puedo serlo cien veces más. Ten por seguro que no conseguirás que cambie de opinión. ¡No me convencerás! Eso te lo digo desde ya.

—¿Quién es la cabezona ahora? —preguntó Lucky sonriendo.

—Ya te lo he dicho, y si lo que quieres es una competición para ver quién gana a testarudo, ya te advierto que hoy gano yo. —La mujer parecía enfadada, incluso a punto de darle un cachete como si fuera un niño pequeño y no un hombre hecho y derecho—. Si te quedas más tranquilo, me lo vas devolviendo cuando la empresa empiece a despegar, pero no me voy a bajar del burro —añadió luego suavizando un poco el tono.

—A lo mejor podríamos intentarlo —dijo Lucky, después de pensarlo un rato—. Al principio, si no me dejáis conducir, puedo ir a trabajar en bicicleta... —Torció el gesto porque la idea de no poder manejar un coche no lo seducía.

—¿Eso es un sí? —preguntó Margarita emocionada.

—Aunque tendrás que ayudarme, todo lo que sé me lo has enseñado tú, necesitaré tus consejos, de eso estoy seguro —le contestó, con una sonrisa iluminándole el rostro.

La mujer se llevó las manos a la cara, ¡estaba tan contenta! Había pensado que convencerlo sería mucho más difícil, había creído que el chico se haría de rogar.

Lucía la abrazó primero a ella y después a él, los llenó de besos a ambos. Había optado por no intervenir en la conversación hasta que no fuera absolutamente necesario, y, al final, esos dos cabezotas a los que tanto quería no le habían dado razón para hacerlo.

—Lo primero que haremos será poner un cartel en el jardín anunciando la empresa. La gente que pase por aquí verá el anuncio y de paso podrá darse cuenta de las maravillas que eres capaz de hacer, ¡no se lo pensarán, te querrán en sus jardines! —dijo todavía emocionada Margarita, al tiempo que intentaba librarse del abrazo de Lucía—. Venid, vamos a ver dónde quedaría mejor.

Se dirigió hacia la puerta con decisión y al abrirla se encontró con que allí, plantado como un pasmarote, estaba Jorge.

CAPÍTULO 18

—¿Qué haces aquí? —preguntaron secas, casi al unísono, Margarita y Lucía.

—¡Buen... buenos días! —tartamudeó Jorge, observándolos a los tres. Pensaba que no sería demasiado bien recibido, pero no esperaba tal hostilidad; al fin y al cabo, Margarita le había dicho que podía ir a verlas cuando quisiera—. Venía a ver a Lucía, creo que necesitamos hablar...

Lucky se adelantó un paso y se puso al lado de Lucía; su postura demostraba que, si hacía falta, la protegería con su cuerpo de cualquier amenaza.

—No hay nada que quiera decirte ni nada que tú puedas decirme que a mí me interese oír —le espetó ella.

—No digas eso, nenita...

—Ya no soy tu nenita, dejé de serlo cuando me diste la espalda. Si querías hablar, podías haberlo hecho el día que *tu* mujer se dedicó a insultarme en *vuestra* casa. Ese día no dijiste nada, ahora soy yo la que no quiere oírte. — Se preocupó de remarcar muy bien ese «tu» y ese «vuestra».

—Lucía, por favor, déjame pasar y te explicaré algunas cosas que va siendo hora que sepas. Quiero que entiendas mi comportamiento. ¿No ves que lo que haces solo dificulta más la situación? Si vinieras a casa, estoy seguro de que podríamos convencer a tu madre...

—¿Convencer a mi madre o convencerme a mí de que cambie de opinión como hicieron contigo, papá?

Jorge miró a Margarita, que seguía allí de pie sin decir nada. Ella agachó la cabeza. Seguía amándolo con todo su corazón, pero había dejado de aprobar su comportamiento hacía muchos años.

—¿Ya lo sabe? —le preguntó él. No era un reproche, en su voz se podía notar algo parecido al alivio.

—¡Sí, papá, ya lo sé! Sé cómo te has comportado con la Tata todos estos años. Yo creía que, de mis padres, tú eras el mejor de los dos y, sin embargo, te has portado como un cerdo durante mucho tiempo, y todo ¿por qué papá? ¿Por el dinero? ¡Qué rastrero has sido! Si me lo hubiesen dicho de ella, no me hubiera extrañado, ¡pero tú! —Las lágrimas de indignación habían empezado a rodar por sus mejillas, intentaba contenerlas por todos los medios, pero los nervios y las pocas horas de sueño empezaban a hacer mella en su autocontrol.

—Lucía, tú no lo entiendes, tú has podido elegir.

Ella elevó una sola ceja.

—¿En serio, papá?

Él no contestó.

—No me habéis dejado elegir nada en la vida. Tener que marcharse de casa no es elegir, es algo a lo que te obligan. ¿O ya no te acuerdas de cuando tú elegiste quedarte?

—¡A mí también me obligaron! —dijo Jorge elevando la voz.

Lucky se adelantó un paso, amenazante.

—¿Crees que no hubiese actuado de otra manera si no me hubieran atado de pies y manos? Tú no sabes lo que mis padres hicieron para que no pudiera escapar del matrimonio que ellos habían concertado —dijo entre dientes, e intentando no hacer enfadar a Lucky, que parecía dispuesto a defender a Lucía con los puños si hiciera falta.

Margarita se retorció las manos, odiaba ver a Jorge y a Lucía discutiendo, nunca los había visto hacerlo antes. Las disputas de la niña siempre eran con su madre, él no le había levantado nunca la voz.

—Papá, no quieras venderme la moto —le dijo con rabia—. Podrías haber hecho lo mismo que yo, pero te daba demasiado miedo vivir sin el lujo al que estabas acostumbrado.

—No sabes nada, Lucía. —Jorge se apretó el puente de la nariz mientras decidía si debía contar el secreto que había guardado durante tantos años—. No sabes nada.

—Pues, ¿por qué no me ilustras, papá? —le dijo con los dientes apretados.

—Margarita, ¿me dejarías entrar? También te debo una explicación a ti.

Lucía no la dejó contestar.

—¡No pasarás de aquí, papá! Di lo que tengas que decir y luego te vas, pero no vas a entrar en esta casa para ensuciarla con tus mentiras.

Lucía temblaba por la furia, al dolor de haberse sentido abandonada por su padre se añadía la pena que le había causado lo que les había contado Margarita a ella y a Lucky. No podía creer que él hubiera tenido el valor de presentarse en esa casa.

—Lucía, cariño —dijo Margarita al verla al borde de una crisis nerviosa—. Creo que deberías darle una oportunidad a tu padre...

—¿Para qué, Tata? ¿No te han bastado las humillaciones que has tenido que pasar hasta ahora? —le preguntó con sorna.

—¡Lucía! —dijo el padre con firmeza, pero sin gritar—. No hables mal a Margarita. No se lo merece, ¡lo sabes mejor que nadie!

Lucky le pasó a Lucía el brazo sobre los hombros y la instó a dirigirse hacia su habitación. Ella no opuso ninguna resistencia, pero tampoco cambió su cara de enfado. La veía a punto de explotar y no quería que lo hiciera contra Margarita porque sabía que después se arrepentiría. Si le tenía que gritar a él, que le gritara; ese día tenía claro que el enfado no iba con él.

La hizo sentarse en la cama y se sentó a su lado.

—No seré yo quien te diga que le des una oportunidad a tu padre, no se la merece y, por muy mal que estemos económicamente, no pienso que necesitemos su ayuda. Pero Margarita ha hecho mucho por nosotros,

deberíamos acceder a cualquier cosa que ella nos pida.

—¿Y si me pide que vuelva a casa con él? ¿También debemos acceder a eso? —estalló Lucía.

—No creo que Margarita quiera eso —le contestó él con calma—, pero si es así, creo que no, no deberías volver con él. Aunque claro, te lo dice mi parte egoísta, sabes que a lo mejor...

—¡Ni a lo mejor, ni a lo peor! No volveré a su casa. Quiero estar contigo y no creo que la oferta para irme con él te incluya a ti —siguió sin bajar la voz.

Lucky la estrechó con fuerza entre sus brazos y la besó en el pelo con cariño infinito. Después de lo sucedido el día anterior, no esperaba oír otra respuesta de sus labios; no obstante, no podía evitar que le doliera el alma solo con pensar que ella pudiera irse de su lado.

Lucía empezó a llorar, lágrimas de rabia, de ansiedad, de inquietud, que había reprimido durante esas semanas. No quería darle la más mínima oportunidad a su padre, pero sabía que Lucky tenía razón y que, si Margarita le pedía que lo dejase hablar, debía hacerlo.

Él la alzó, cogiéndola por debajo de las piernas, y la sentó sobre sus rodillas, como le gustaba tanto hacer, y empezó a entonar el poema que le recitaba su madre cuando era niño —el que prometía que todo mejoraría, que cada día volvía a salir el sol— mientras la mecía con suavidad como a una niña. La cadencia tranquila logró su objetivo, como había hecho la primera vez que la recitó para ella, en la casa para invitados, y Lucía dejó de llorar. Se aferró a Lucky con todas sus fuerzas.

—No nos separarán, Lucky. Prométemelo. Aunque pienses que con ellos estaría mejor, no es cierto. Tú eres todo lo que deseo en la vida. No volveré a esa casa si no es contigo —farfulló mientras volvía a ponerse nerviosa.

—¡Chist! ¡Chist! —La hizo callar él poniéndole un dedo sobre los labios—. Nada en el mundo conseguirá moverme de tu lado si tú no quieres. Ahora, tranquilízate, tómate tu tiempo. Cuando estés preparada saldremos a enfrentarnos a tu padre los dos juntos.

Mientras, en la cocina, Jorge y Margarita estaban sentados cada uno a un lado de la mesa; le había servido un café a él, pero para ella se había preparado una tila. Notaba el corazón acelerado en el pecho e intuía que no era solo por la reacción que había tenido Lucía. Jorge había conseguido que se sintiera intrigada acerca de lo que quería explicarle, aunque no se hacía ilusiones: creía saber todo lo concerniente a su relación y no pensaba que a esas alturas él pudiera añadir nada que lograra sorprenderla.

—Margarita, yo... sé que me porté fatal el otro día, no podía enfrentarme a Obdulia; no soy un pusilánime como seguramente pensáis mi hija y tú, pero durante toda la vida me ha tocado callar por razones poderosas y ahora ya no sé reaccionar.

—Jorge, no es a mí a quien debes dar explicaciones, es a la niña. Está muy dolida, es normal. Me parece que ahora mismo piensa que no la queréis, que lo único que os importa es el dinero... ¿No crees que tú te sentirías igual que ella?

—¿Cómo crees que me sentí cuando mis padres me utilizaron a mí? ¡Yo te quería a ti! Y tuve que amarte siempre a escondidas por culpa de ellos.

—Nunca tuviste su valor. Si lo hubieras tenido, Lucía podría haber sido nuestra hija, ¡de los dos! Otra cosa que tuve que tragar durante tantos años —suspiró—. Si fuera mi hija, puedes tener por seguro que no nos encontraríamos en esta situación, pero su madre es «ella» —espetó con una nota de odio en la voz—, no yo.

En ese momento, Lucky y Lucía salían de la habitación y oyeron las palabras que estaba pronunciando la Tata. Lucía se acercó a ella y se agachó para abrazarla y darle un beso.

—Eres mucho más que una madre para mí. Esa palabra, madre, nunca ha significado demasiado; en cambio, cuando digo Tata, siento que soy una privilegiada por tener a alguien como tú en mi vida.

Margarita agachó la cabeza emocionada mientras le palmeaba el brazo con cariño y le devolvía el beso.

—Sentaros —dijo al fin—. ¿Queréis café o preferís una tila?

—Yo lo prepararé, Margarita, no te muevas —atajó Lucky.

Lucía se sentó a la mesa, junto a Margarita. Su padre, solo al otro lado, parecía a punto de ser juzgado por algún tipo de tribunal improvisado.

—Habla, Jorge, di lo que has venido a contarnos... —dijo Margarita.

El hombre se estiró y pasó un dedo entre la piel del cuello y la tela de la camisa, como si le faltara el aire. Margarita, que lo conocía mejor que nadie, se dio cuenta de que estaba muy nervioso.

—En 1978, cuando volví de Barcelona con la carrera de abogado recién acabada, lo primero que hice fue ir a buscar a Margarita a la finca del pueblo. Me habían ofrecido trabajo en un despacho de la ciudad Condal y pensaba trasladarme allí, con ella, una vez que nos hubiésemos casado.

Margarita lanzó un ligero gritito y se llevó la mano a la boca.

—Eso nunca me lo dijiste, solo que querías que nos marchásemos, que ya tenías los pasajes. No hablaste de boda en ningún momento... —dijo emocionada, hablando por entre los dedos.

—¿Hubieses venido conmigo sin estar casados? Ya sabes que en aquel tiempo eso era poco más que imposible. Creí que habías imaginado que antes de irnos a Barcelona nos casaríamos.

—No, no pensé que quisieras casarte; hacía tiempo que nos habíamos saltado las normas del decoro que reinaban en esos tiempos. Si me lo hubieses dicho, hubiese intentado quitarte esa idea de la cabeza. ¿Fuiste a hablar con el padre Pedro?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—No lo sabía, pero lo he imaginado. Tú confiabas mucho en él, aunque él corría a contarle a tu madre todo lo que le decías en el confesionario. Tú madre me lo hizo saber el día que me dejó en el pueblo. Conocía cada paso que pensábamos dar: «A veces antes que tú», me dijo. Solo podía habérselo contado él. ¿Quién si no?

—¿Por qué no me dijiste que lo sospechabas?

—Pensaba que no me creerías, el padre Pedro te tenía comiendo en su mano —contestó Margarita haciendo una pequeña elevación de hombros.

—Hasta que descubrí que me estaba traicionando. —En sus labios se formó una sonrisa triste—. No te lo conté para no decepcionarte más de lo que ya lo estabas, y resulta que lo sabías desde antes que yo mismo. ¡Qué diferente habría sido todo si no le hubiese pedido que nos casase!

—O quizás no. Ahora ya nunca lo sabremos —añadió ella con tristeza.

Se quedaron callados durante un rato. Lucía no alcanzaba a entender cómo su padre y Margarita podían estar diciéndose esas cosas por primera vez. No eran dos extraños. ¡Por Dios! Se habían visto casi a diario durante los últimos treinta años. Sin embargo, decidió no intervenir, estaban teniendo aquel momento íntimo que el azar les había robado tantos años atrás.

—El padre Pedro salió disparado a contarle a mi madre que pensaba casarme contigo. Yo aún no había tenido tiempo de entregarte el anillo que te había comprado y ella ya había planeado la manera de que no pudiera hacerlo nunca.

—¿Me habías comprado un anillo? —musitó la mujer, conmovida.

—Sí, no era gran cosa. —Jorge alargó la mano y cogió la de Margarita—. Ya sabes que en ese tiempo mi asignación era más bien mísera...

Margarita se puso a llorar calladamente. Lucía la abrazó con ternura.

—Resultó que mis padres estaban arruinados —dijo dejando de dirigirse a Margarita para hablarle a Lucía—. Mi padre, que nunca supo cómo manejar el dinero, se metió en un negocio nefasto tras otro; perdió muchísimo y, para intentar recuperarlo, no se le ocurrió otra cosa que ir al casino a probar suerte. Mi madre, que era mucho más lista y tenía menos escrúpulos, vio la oportunidad de salir airosos de esa situación cuando tus otros abuelos, que se habían enterado del estado ruinoso de sus cuentas, le plantearon la boda entre su hija y yo.

»Si me iba con Margarita a Barcelona, no era solo yo quien se quedaba sin nada, ellos también se hubiesen visto en la calle. Yo tenía una carrera, podía

salir adelante, pero ellos no tenían de qué vivir. Los bancos se hubiesen quedado con todo...

—¡Y te quedaste por el dichoso dinero! —le espetó, volviendo a sentirse furiosa con su padre. Durante unos minutos, al oírlo hablar, pensó que podía haber redención para él; en cuanto salió a relucir el dinero, supo que no lo iba a perdonar.

Parecía que Jorge estaba a punto de echarse a llorar, pero Lucía no se compadeció de él.

—No, Lucía, me quedé para que ellos no se vieran en la ruina y cargados de vergüenza. —De nuevo, se quedó durante un rato sin decir nada—. ¡Me quedé por ellos! No tenían nadie más a quien acudir. Lo único que les he reprochado siempre ha sido el dichoso contrato prematrimonial que firmaron en mi nombre.

Lucía fue a hablar, pero él se lo impidió.

—Ya sé lo que vas a decir: que los contratos de ese tipo son impugnables. Este no, te lo aseguro. Lo he estudiado, lo he revisado del derecho y del revés. Es correcto en la forma, sin fisuras. La única manera de que yo pueda volver a estar en posesión de los bienes de mis padres, es si ella me deja algún día. —Suspiró y siguió hablando—. Y eso ya sabemos que no lo hará.

»Con el tiempo, como yo era quien manejaba nuestras finanzas, conseguí hacer algunas inversiones muy lucrativas, siempre con el dinero de tu madre e intentando que no se diera cuenta de nada. Pero lo supo —siempre lo sabe todo; tiene amigos en todas partes. Y si en algún lado no los tiene, los compra—, también estaba al tanto de la relación que seguíamos manteniendo Margarita y yo —añadió apretándole la mano de nuevo a la mujer.

—Yo no me quedaba con su dinero, solamente con lo que ganaba con las inversiones, pero eso sigue siendo ilegal. Cuando lo descubrió, tú no habías nacido todavía y sospechó de inmediato que mi idea era dejarla tan pronto como me fuera posible. Entonces hizo lo que mejor se le da: me chantajeó, primero con denunciarme; después, cuando vio que no me importaba

demasiado que lo hiciera, con hacer pública la ruina de mis padres. Eso fue lo que me detuvo, que mis padres pudieran verse expuestos a semejante indignidad; en cambio, ellos daban por hecho que esa era mi obligación, ni siquiera me agradecieron nunca que hubiera renunciado a tanto por ellos.

—Sigues diciendo que no pudiste elegir, pero yo no lo creo. Si los abuelos se portaron tan mal contigo, ¿por qué no los mandaste a freír espárragos?

—No viviste esa época, todo se basaba en el qué dirán; la autoridad de los padres no se cuestionaba, incluso estando casado y viviendo en otra casa.

—No me convencerás, papá. La situación nunca fue tan mala para ti. Tenías todo lo que querías, incluso la Tata se quedó a tu lado, no te abandonó. Tu postura, por mucho que intentes justificarla, era egoísta.

—Eso no es cierto, Lucía, las circunstancias me llevaron a actuar de esa manera.

—Entonces, ¿por qué no dejaste que la Tata se fuera? Ella hubiese tenido la oportunidad de formar una familia propia, ha tenido que conformarse todos estos años con cuidar de la tuya —le gritó, muy indignada.

Su padre se dio cuenta de que nada de lo que dijera conseguiría aplacarla. Margarita no había salido en su defensa como tantas otras veces. Decidió que era hora de marcharse, así que se puso en pie y dijo:

—No podré protegerte de tu madre, Lucía; yo no tengo nada, todo es suyo; ya se ha ocupado ella de que así sea.

—No estoy asustada en absoluto. No me creo que tenga tanto poder como tú quieres insinuar y, si lo tiene, ya encontraré alguna manera de eludirlo. Seguro que hay miles de sitios donde no llega su influencia. Y si tú estás tan descontento con ella, ¿qué haces todavía a su lado?

Jorge no contestó, se dirigió a la puerta y salió sin decir nada más.

Margarita, que hacía un rato que lloraba, salió corriendo tras él. Lucía intentó cogerla de un brazo para impedirselo, pero Lucky no se lo permitió; solo negando con la cabeza hizo que la chica se quedara sentada y los dejara hablar a solas.

Margarita lo siguió a fuera y lo alcanzó cuando él ya se estaba metiendo en su coche.

—Jorge, ¡espera! —Él se paró en seco al oír la voz de Margarita—. ¿De verdad lo hiciste por ellos, por tus padres, no fue por el dinero?

—Si hubiera sido por el dinero, podría haberme ido a Barcelona contigo, lo hubiese podido ganar trabajando. ¡Fue por ellos!, para que no tuviesen que pasar por el bochorno de verse sin nada. ¿Por qué crees que dejaron que te quedaras? Eras la garantía de que yo seguiría a su lado. Sabían que estaba tan enamorado de ti que haría lo que ellos quisieran siempre que no tuviera que renunciar a estar contigo. Siento mucho no haberme dado cuenta antes, seguramente las cosas hubiesen sido de otra manera.

Margarita no dijo nada más, se limitó a mirar a Jorge mientras se metía en su coche de lujo y conducía alejándose de nuevo de ella.

CAPÍTULO 19

U nos días después, Lucía estaba ayudando a Margarita en la cocina cuando sonó su teléfono. Se puso muy nerviosa pensando que podía ser una llamada para ofrecerle trabajo y estuvo a punto de cortarse con el cuchillo que estaba manejando.

Cuando tuvo el aparato en la mano, se decepcionó al ver que no era ningún bufete de abogados; solo era Patricia, la compañera con la que había salido a cenar antes de que ella y Lucky empezaran a verse. No sabía qué podía querer, pero de todas formas decidió contestar. Patricia era la única de sus conocidas que había tenido tiempo para ella cuando regresó de Boston. Las que había supuesto que eran sus mejores amigas, Bea y Nieves, por aquel entonces habían estado demasiado ocupadas para quedar con ella. «Y ahora que lo pienso, ninguna de las dos me ha llamado para preocuparse por mi situación y estoy segura de que ya saben que me he marchado de casa, y posiblemente también el porqué», se dijo.

—¡Hola, Patricia! —contestó con una sonrisa e intentando reponerse de esos pensamientos tan malintencionados.

—¡Hola, Lucía! —le dijo la otra también alegre—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, muy contenta. —Esperaba que su compañera no la hubiera llamado para cotillear—. ¿Tú qué tal?

—Muy bien, también. Esto... no quiero que pienses que soy una entrometida... —vaciló un poco al decir esas palabras—, pero es que me he enterado de que estás buscando trabajo.

—No te preocupes, creo que con los *currículums* que he repartido, lo sabe toda Palma.

Patricia se rio.

—Bueno, el caso es que tengo una prima que abrió un bufete hace poco y está desbordada de trabajo. Le he hablado de ti y me ha dicho que le gustaría conocerte para que pudierais cambiar impresiones, como soléis decir vosotros, los letrados. —Se rio de nuevo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó. Estaba tan asombrada que incluso notaba las piernas débiles.

—¡Y tan en serio! —contestó riendo Patricia—. Será mejor que hables con ella, lo único que puedo decirte es que tendrías que darte de alta como autónomo porque, aunque Magdalena tiene mucho trabajo, no gana demasiado...

—¡Lo que sea! No tengo nada, Patricia, ¡¡cuánto te lo agradezco!!

Su amiga se reía contenta.

—Pues te paso su dirección y su teléfono, así puedes hablar con ella y concretáis; si quieres, después nos vemos y tomamos algo —le dijo Patricia sin perder la alegría.

—¡Me encantaría! —contestó Lucía—. ¡Te estoy tan agradecida! —repitió, no sabía cómo darle las gracias.

—No seas tonta, no tienes nada que agradecerme. Tú siempre me trataste muy bien en el colegio, fuiste mi amiga cuando nadie más quería serlo, yo soy quien debería agradecértelo.

—¡Qué tontería! —exclamó Lucía—. Si tenías un montón de amigas. Te recuerdo rodeada de gente.

—No —contestó Patricia; Lucía pudo notar una nota de tristeza en su voz—. Las otras me aceptaban porque era amiga tuya, pero ninguna de ellas me invitó nunca a una de sus fiestas o a pasar un fin de semana en su casa. Tú hiciste ambas cosas, nunca me sentí inferior cuando estaba contigo.

—¿Cómo dices eso? ¿Quién pudo hacer que te sintieras inferior?

Patricia bufó, se notaba que estaba emocionada cuando contestó.

—¿Tú sabes que yo estudié en ese colegio becada?

—¿Becada? ¿Tenías una beca?

—Sí, mi madre era la cocinera de las monjas y por eso yo podía asistir a clases con la alta nobleza de la isla —dijo en un tono que no dejaba lugar a dudas de lo que pensaba de sus demás compañeras de colegio.

—No tenía ni idea —dijo Lucía con tristeza.

—Eso es porque tú no te fijabas en esas cosas, tú elegías a tus amigas por cómo eran y no por el lugar del que venían... Nunca fuiste como esas arpías de Bea y Nieves.

—¿Qué pasa con ellas?

—Nada. —Patricia se rehízo rápidamente—. No te preocupes.

—No, ahora me has dejado intrigada. ¿Te han causado algún problema?

—Olvídalo, no pasa nada. Esta boca mía tiene tendencia a abrirse más de lo necesario.

—No pienso olvidar nada. Si no me lo explicas ahora, tendrás que hacerlo cuando quedemos para tomar ese café que me has prometido, así que ¡tú verás qué es lo que más te conviene! —le dijo más preocupada por su amiga que enfadada con ella.

—Está bien, pero solo porque sé lo pesada que puedes llegar a ponerte cuando quieres saber algo.

—¡Oye! —protestó Lucía divertida—. A mí no me lames pesada.

Patricia se rio de nuevo, después continuó:

—Me crucé con Bea ayer, por la calle Jaime iii, iba del brazo de ese novio suyo, que es tan estirado como ella. En cuanto me vio se puso a sonreír con condescendencia y se paró a saludarme, cuando nunca antes lo había hecho. Me preguntó: «¿Ya has hablado con tu amiga Lucía?» «Mi amiga y la tuya, ¿no?», dije yo, y entonces ella... ella. —Patricia no se atrevía a repetir las palabras que había pronunciado Bea e intentó suavizarlas—. Bueno, me explicó que te habías ido de casa...

—Eso es más bien un eufemismo —contestó Lucía dándose cuenta de lo que Patricia habría tenido que aguantar. Bea sabía ser muy desagradable si se lo proponía—. Espero que no te hiciera ningún comentario desagradable...

—Por desgracia, me hizo unos cuantos, pero como la conozco desde hace años, sus pullas ya no me alteran como solían hacerlo, no te preocupes por eso. Resumiendo, que por ella me enteré de que estabas buscando trabajo y que te estaba resultando difícil encontrarlo.

—Sí, creo que mi madre se ha ocupado de eso. Ninguno de los «amigos» de mis padres ha querido recibirme siquiera.

—Bueno, tú ya no te preocupes más por lo que maquine tu madre y habla con Magdalena. Después me mandas un mensaje y quedamos. Sabes que me tienes para lo que necesites.

—Gracias de nuevo, Patricia, has sido muy amable al preocuparte por mí.

—Ya te he dicho que no tienes que darme las gracias por nada, Lucía. Haría cualquier cosa por ti. Te lo mereces.

Después colgó.

Lucía se quedó algo trastocada tras la conversación con Patricia. Entonces, entendió por qué ni Bea ni Nieves la habían llamado desde que se fue de Son Vida. Pensaban igual que su madre. «Y si fueran ellas las que estuvieran en mi lugar, ¿qué habría hecho yo?». No tardó mucho en llegar a la conclusión de que se habría preocupado por ellas, a pesar de lo que doña Obdulia hubiera podido decir. Habría intentado hablar con ellas e incluso las hubiera ayudado. Eso era lo que había hecho Patricia al enterarse de su situación, tenderle una mano. Qué tonta había sido al pensar que esas dos eran sus amigas.

El día siguiente a las cinco de la tarde, Lucía estaba en Palma para su cita con Magdalena, la prima de Patricia. Aunque en principio no se había sentido nerviosa, en ese momento notaba un leve cosquilleo en el estómago que le recordaba la necesidad apremiante que tenía de conseguir aquel trabajo.

La dirección que Patricia le había facilitado era de una travesía de la plaza

de Santa Eulalia. Esa zona de la ciudad se había revalorizado durante los últimos años. En lo que en la edad media fue la judería de Ciutat de Mallorca[3] y sus alrededores, muchas de las casas señoriales habían sido reformadas; los barrios antiguos de la ciudad habían dejado de ser los más descuidados. Se habían abierto gran cantidad de negocios elegantes y nuevas oficinas en lo que antes eran cuchitriles que se hundían bajo el peso de los años.

Lucía inspiró con fuerza tras alisarse la chaqueta del traje por enésima vez, y empujó la puerta de cristal esmerilado ante la que se encontraba. La recibió un hall reducido en el que se había colocado media docena de butacas; tras un mostrador, una chica algo mayor que ella hablaba por teléfono. Al ver a Lucía, la saludó con la mano y le indicó que esperara.

—Entonces estamos de acuerdo —decía al auricular mientras se ponía en pie—, mañana a las diez de la mañana me parece una buena hora... Sí, no se preocupe... Hablamos mañana.

En cuanto colgó le dedicó una ancha sonrisa y se dirigió hacia ella.

—¡Buenos días! —dijo—. Soy Magdalena Bestard, tú debes de ser Lucía, supongo.

Asintió, mientras observaba a esa mujer que se dirigía a ella con tanta seguridad. Llevaba un vestido negro, sobrio pero elegante, que definía todas sus curvas. La cara, más bien redonda, era risueña y estaba enmarcada por una mata de pelo muy rizado, de color canela.

—Estoy encantada de que hayas podido venir tan pronto.

—Lo mismo digo. Gracias por recibirme hoy mismo —contestó Lucía.

—No sé qué te habrá contado Patricia —dijo Magdalena sentándose en una de las butacas e invitándola a hacerlo a su vez.

—No mucho, solo que necesitabas a alguien para trabajar para ti porque tenías demasiado trabajo.

—Más que a alguien que trabaje para mí, lo que necesito es un socio, o una socia.

—¿Un socio? —preguntó Lucía alarmada—. Pero si yo nunca he trabajado. No sé si...

—Por eso no te preocupes. Yo trabajé para un bufet durante dos años al acabar la carrera; hice de todo menos practicar la abogacía: fotocopias, ir a buscar cafés, suplir a la recepcionista cuando no estaba... ¡Y por el sueldo mínimo! Cuando me harté decidí instalarme por mi cuenta. La verdad es que no me va nada mal, pero estoy sola —admitió risueña—. Aquí también tengo que coger el teléfono y hacer fotocopias, aunque ahora lo hago para mí misma.

—No sé qué decirte... —volvió a dudar Lucía.

—Mira, Lucía, te voy a hablar con total sinceridad. Necesito a alguien, pensaba poner un anuncio y hacer algunas entrevistas, pero Patricia me llamó ayer, me dijo que necesitabas trabajo y me pidió por favor que te escogiese a ti.

Fue a protestar, pero Magdalena era como una metralleta hablando, no la dejó meter baza.

—Patricia es para mí como mi hermana pequeña. Nuestras madres, que son hermanas, se separaron casi al mismo tiempo, así que decidieron irse a vivir juntas para economizar gastos. Aunque no íbamos al mismo colegio, pasábamos muchas horas la una con la otra, y ella siempre hablaba maravillas de ti. Te quiere mucho y yo la quiero mucho a ella. Vamos a trabajar juntas, digas lo que digas, así que lo mejor será que dejes de dudar y te pongas manos a la obra. Además, en agradecimiento, Patricia vendrá a hacernos de secretaria algunas horas a la semana, sin cobrar —dijo frotándose las manos en un gesto que pretendía ser maquiavélico—. ¿Qué nivel de informática tienes?

Lucía, que estaba cada vez más alucinada, elevó las cejas.

—¿Informática? —repitió como un loro.

—Sí, de informática. Tengo varias ideas para promocionar el despacho, pero no quiero agobiarte. Podemos ir decidiendo juntas. Espero tus

aportaciones, también.

Lucía empezó a sentirse muy agobiada, incluso mareada; Magdalena se dio cuenta y añadió en tono casual:

—¡Uy! Ya te he asustado. Ya lo sé, ya lo sé, cuando me pongo a hablar de esta manera, la gente suele poner la misma cara que tú. Pero es que mi cerebro corre más que mi lengua.

Intentó descender el ritmo de su discurso para que Lucía no se marchara del despacho como alma que lleva el Diablo, sobre todo porque Patricia no se lo iba a perdonar.

—Estoy segura que nos puede ir muy bien —dijo con mucha más calma—, solo que tendremos que trabajar duro al principio y probablemente sin ganar demasiado.

—No sé si me atrevo...

La puerta de la calle se abrió y por ella entró Patricia con su sempiterna sonrisa prendida en los labios. Lucía se alegró mucho de verla. La había emocionado que se preocupara tanto por ella.

—¿A qué no te atreves?

—Hola, Pati —dijo Magdalena—, creo que he asustado un poco a Lucía.

—¡Uf! No te dejes intimidar por su manera de hablar, parece que va a comerse el mundo, aunque después es muy fácil lidiar con ella.

Lucía sonrió a su amiga con tristeza.

—Ya, pero Magdalena quiere un socio y yo, ahora mismo, no tengo ningún capital que aportar y tampoco sé si podría trabajar gratis.

—Hombre, que yo he dicho ganar poco, no trabajar gratis. ¿Quién puede permitirse eso? —intervino la aludida.

Patricia se sentó a su lado, en otra de las butacas de la entrada, y le cogió la mano.

—Ya sé que estás pasando por un mal momento. Por ahora, no te preocupes de la aportación económica. El despacho ya está montado y el alquiler es muy barato; el local es de un primo de mi padre y nos lo ha dejado a muy

buen precio los cinco primeros años. A cambio del acondicionamiento, eso sí. Para lo único que se necesita dinero ahora es para contratar a una secretaria y yo me he ofrecido a venir gratis cuando tenga libre en el hospital. En cuanto la cosa empiece a funcionar, ya os pondréis de acuerdo tú y Magdalena.

—¿Por qué eres tan buena conmigo? ¿Qué he hecho yo para merecer tanto?
—preguntó una emocionada Lucía.

—Te lo dije ayer: siempre me has tratado como a una más. Yo era como un patito feo y tú el precioso cisne que me cobijó bajo su ala. Solamente quiero ayudarte ahora que lo necesitas. ¿Por qué no ibas a merecerlo si eres una de las mejores personas que conozco?

Lucía la abrazó con fuerza. Nunca pensó que se estuviera comportando con ella de forma especial, al contrario, ni siquiera la había considerado una de sus mejores amigas, y en esos momentos demostraba más amor hacia ella incluso que sus propios padres. A lo mejor meterse en un despacho nuevo era arriesgado, pero era mucho más de lo que le habían ofrecido hasta el momento; ¡era todo lo que le habían ofrecido!

—¡De acuerdo! ¿Cuándo empiezo? —dijo separándose un poco de Patricia.

—¡Mañana mismo! —contestó Magdalena—. Voy a sacar el cava de la nevera, esto hay que celebrarlo —dijo poniéndose en pie.

—¿Cava? ¿A estas horas?

—Siempre es un buen momento para una copita de cava —añadió Magdalena—. Sobre todo, ahora que tenemos algo que celebrar.

Lucía se sentía muy feliz. A pesar de que no sabía qué podía estar por venir; de lo único que estaba segura era de que, fuera lo que fuera que sucediera a partir de ese momento, lo habría conseguido ella, no se lo habría regalado nadie. Eso la hizo sentir sumamente orgullosa y, sobre todo, muy capaz de llevar las riendas de su destino.

CAPÍTULO 20

«La noche era oscura y sin luna, había tomado la precaución de cubrirse el pelo con un pañuelo, en un intento de que, en caso de cruzarse con alguien, no pudieran reconocerla. Aun así, se aseguró de caminar por las zonas donde las sombras la ocultaran mejor. Nunca se habían citado tan cerca de su casa y estaba preocupada de que pudieran pillarlos *in fraganti*. No entendía por qué él había insistido tanto para que se vieran esa misma noche cuando al día siguiente podían estar juntos sin tener que andar escondiéndose.

Siguiendo sus indicaciones llegó hasta el sitio donde él le había dicho que encontraría el coche estacionado. Asió la manecilla de la puerta, ladeó la cabeza a derecha y a izquierda para cerciorarse, una vez más, de que nadie la había seguido, y con un movimiento fluido entró en el SUV que él usaba en tan contadas ocasiones.

En cuanto se sentó en el asiento del copiloto y lo vio, tan apuesto, tan fuerte, mirándola con ese amor infinito que le profesaba, se relajó. Ella también lo amaba, muchísimo. Las pocas horas que podían robar a diario para estar juntos le eran del todo insuficientes.

Acercándose despacio a él, tomó su cara entre las manos y lo besó en los labios con pasión irrefrenable, como si no lo hubiera hecho apenas cuatro horas antes, cuando estaban en casa de él, a salvo de las miradas indiscretas de todos y bajo el manto protector que les confería su cargo.

—Amor —dijo susurrando cuando pudo desprenderse de su boca—, ¿por qué te has arriesgado a venir hasta aquí? ¿No te das cuenta de que alguien

podría verte?

—Me moría de ganas de estar contigo, no podía esperar hasta mañana para tenerte entre mis brazos de nuevo...

Ella tembló de la cabeza a los pies, emocionada. Volvió a besarlo hasta casi perder el aliento. Él se acercó todo lo que pudo a la mujer, con una mano le apretó un pecho por encima de la ropa y con la otra empezó a subirle la falda.

—¿Es que quieres que lo hagamos en el coche, como dos quinceañeros salidos? —lo interrogó maliciosa.

—Estoy deseándolo desde que me has llamado y me has dicho que estabas en la bañera, tocándote y pensando en mí. —Se mordió el labio inferior con anticipación.

Ella rio con un dejo histérico que, sin embargo, pretendía ser seductor.

—¡Picarón! —le dijo, tocándole la nariz como a un chiquillo al que se quiere reñir.

—Es que se me pone tiesa cada vez que pienso en ti enfundada en ese bodi de cuero negro que llevabas el otro día, y en la fusta que sacaste del bolso —dijo sobándole los dos pechos por encima de la blusa de seda.

Ella suspiró con fuerza, imitando a la actriz porno que protagonizaba todas las películas que veían juntos y que a él lo ponía tan cachondo.

—Te voy a follar aquí mismo —le dijo, intentando sonar soez a sabiendas de que a ella le gustaba—. Tan duro que mañana no podrás sentarte en todo el día.

Ella buscó su pene por encima de los pantalones y lo pellizcó, con lo que lo exacerbó todavía más.

De un salto, él se cambió de asiento y se situó sobre ella. En su mente se veía a sí mismo moviéndose de forma sensual, cuando la verdad era que lo hacía como un pato.

El ruido de varios automóviles que pasaron cerca de donde se encontraban los alteró a ambos y los dejó congelados durante casi un minuto entero.

—Deberíamos mover el coche, aparcar en otro sitio —sugirió ella asustada

—. Aquí estamos demasiado cerca de todo.

—¿Quién es la picarona ahora? —contestó, impostando la voz como si estuviese hablando con una niña muy pequeña.

—No es picardía, amor, es precaución —dijo seria.

—Está bien, está bien —contestó él algo picado—. Moveré el coche. Me suena que cerca de aquí hay un camino sin asfaltar, seguro que a estas horas por allí no pasará nadie.

Con movimientos patosos, volvió a situarse tras el volante y condujo como una bala hasta el lugar que tenía en mente. Una vez allí, no dijeron más palabras, el precalentamiento estaba hecho, bastaba ponerse manos a la obra.

Él se desabrochó el pantalón, se lo bajó a medias y volvió a pasar al otro asiento, donde ella lo esperaba con la camisa desabrochada y la falda por las caderas.

Estaba tan excitado que en el momento que su pene rozó la cara interna del muslo de la mujer le llegó el orgasmo.

—¡Aaaagh! —suspiró. Ella se quedó con las ganas, pero sintiéndose muy orgullosa de despertar tales sentimientos en él.

—Lo siento, vida mía —dijo con la voz soñolienta—. Dame dos minutos y te resarciré.

—No te preocupes, mi amor, no pasa nada —contestó acariciándole con ternura la cabeza, que reposaba sobre su pecho desnudo.

No habían pasado más de cinco minutos y ambos dormían uno en brazos del otro en el coche, en mitad del camino de tierra.

Unos golpes en el cristal los despertaron casi dos horas más tarde. Ella empezó a chillar al ver, a través de la ventanilla, unos ojos que la miraban con intensidad. Él intentó abrocharse los pantalones y disimular el alzacuello de su camisa al mismo tiempo.

—Bajen del coche, despacio y con los brazos en alto —les dijo la voz potente de un hombre, al tiempo que los apuntaba con un arma enorme.

Él se apeó con toda la rapidez que fue capaz, ella todavía se entretuvo

intentando limpiar las pruebas de su *lance* de entre sus piernas.

La escena resultaba estrambótica. Ella, tan elegante, con la ropa descolocada, arrugada y aquella cara de espanto; él, con los pantalones por los tobillos e intentando quitarse el collarín con manos temblorosas, sin llegar a conseguirlo.

Dos hombres, vestidos con ropas de camuflaje, los apuntaban con sus fusiles reglamentarios del ejército.

—¿No ha visto el cartel de prohibido pasar, páter? —preguntó uno de ellos, el que había podido disimular mejor las ganas de reír.

—No... no... no he visto nada —tartamudeó el hombre, que ya había dejado de luchar con el alzacuello.

—Pues aquí no pueden estar, esto es zona de maniobras militares; está muy bien indicado, me extraña que no lo hayan visto. Me temo que tendremos que llevarlos ante mi superior. No podemos permitir una intrusión como esta.

La mujer empezó a sollozar. Él centró su atención en los pantalones, consiguió subírselos y recuperar algo de su dignidad perdida.

—¡Oiga, joven, usted no sabe quién soy yo! —exclamó con un rescoldo de sus modos autoritarios, rescatándolos desde debajo de todas las capas de vergüenza.

—No se preocupe, lo sabré de inmediato —contestó el militar y, asiéndolo por un brazo, lo obligó a caminar.

La indignación hizo acto de presencia y el hombre empezó a revolve y forcejear, pero el soldado lo tenía cogido con fuerza; la mujer marchaba mansa y sollozando al lado del otro soldado.

Tras caminar durante un rato llegaron a una tienda de campaña grande, verde y camuflada entre los pinos.

—¡Señor! —dijo el soldado, dirigiéndose a su superior—. Estos civiles estaban durmiendo en un camino de la zona de maniobras.

—¿Durmiendo? —preguntó el capitán.

Tras él sonaron unas risas apenas disimuladas.

—¡Silencio! —ordenó. Todos callaron, menos la mujer, que no podía parar de sollozar—. ¿Qué hacían ustedes dos en zona militar?

—Pues, verá... —balbuceó el hombre—, acompañaba a mi secretaria a su casa, pero me estaba quedando dormido al volante, por eso... por eso... hemos decidido parar y dar una cabezadita... para evitar tener un accidente...

Nuevas risas enmascaradas en toses se oyeron por toda la tienda.

—Con los pantalones bajados se duerme mucho mejor, ¿dónde vas a comparar? —La frase sonó apagada, seguramente porque quien la pronunció se tapó la boca para disimular su voz.

Esa vez, las risas fueron francas y generales. Hasta al sargento se le escapó una pedorreta al intentar evitar reírse a mandíbula batiente.

El cura estaba rojo de ira, de vergüenza y de indignación.

—¡Usted no sabe quién soy yo! —Repitió la amenaza, impotente ante la situación.

—No, en eso se equivoca. Sé muy bien quien es —contestó el capitán, autoritario—. Usted es un civil que no ha respetado las señales de advertencia, ni las señales de prohibido pasar. Si de verdad nos encontrásemos en guerra, lo más seguro es que a estas horas ya estuviera usted muerto y su «secretaria» —añadió con retintín—, también.

El clérigo temblaba como un flan, pero no era de miedo, más bien se trataba de la rabia que lo estaba torturando. No quiso añadir nada más, ya se ocuparía de que todos esos agravios fueran compensados.

—Sargento, acompañe al vicario general —dijo el Capitán, demostrando que sabía a la perfección quien era el hombre que estaba de pie ante él— y a su «secretaria» a sus respectivas casas. Ocúpese de que no les suceda nada por el camino. Quiero que los deje personalmente ante la mismísima puerta. El coche lo recuperará cuando se acaben las maniobras, páter —añadió dirigiéndose al vicario.

El sargento se cuadró y, saludando, se dispuso a cumplir las órdenes que había recibido.

Una vez fuera de la tienda pudieron oír la voz potente del capitán diciendo:

—Lo que más me molesta de esta gente es su falsedad. Pretenden que los demás hagamos promesas que ellos no están dispuestos a cumplir y encima tienen la desfachatez de querer hacernos creer que tienen alguna autoridad moral».

Jorge, que había conseguido contar toda la historia con una impasibilidad envidiable, estalló en carcajadas al ver la cara con que lo miraba Miguel Ángel, el único amigo de verdad que tenía y el único que conocía su vida incluso mejor que él.

—No me creo que puedas conocer todos esos detalles, seguro que te lo has inventado —señaló su amigo en cuanto pudo coger aire, después del ataque de risa que le dio al escuchar el cúmulo de despropósitos que le narraba el otro.

—Bueno, hazte a la idea de que, si no es eso lo que ocurrió con exactitud, lo que te he contado se acerca bastante a la realidad —contestó Jorge, respirando todavía entrecortadamente—. Cuando abrí la puerta y me encontré frente a una desolada Obdulia, flanqueada por dos soldados que sonreían con socarronería...; bueno, no negaré que me asusté un poco. Pero después vi al vicario sentado en el jeep, intentando ocultar la cara de la vista, y te juro que me entró la risa.

—Hombre, ¿es que no es para menos!

—Resulta que se pasan años disimulando a la perfección y, cuando creen que están a salvo, los pillan unos militares y ¡en plena acción! —Un nuevo ataque de risa lo sacudió de arriba a abajo.

Miguel Ángel no pudo más que imitarlo tanto por la hilaridad de su amigo como por lo absurdo de la situación. Acabaron ambos secándose las lágrimas. Jorge sirvió más whisky en los vasos que ya se habían quedado vacíos.

—Lo más divertido es que me ha dicho que no piensa romper esa relación. Me ha echado en cara los años que yo estuve con Margarita.

—¿En serio? —preguntó su amigo sorprendido,

—No podría hablar más en serio, aunque quisiera.

—¿Y tú que le dijiste?

—Nada, la dejé hablar, como de costumbre.

—No te entiendo, ¿no piensas hacer nada al respecto? No creo que la convivencia vaya a ser nada fácil a partir de ahora.

—No tenemos ninguna convivencia desde hace años, Miguel Ángel, eso lo sabes mejor que nadie. Pero la vida empeoró muchísimo cuando Margarita y la niña se marcharon. No pienso quedarme más que el tiempo estrictamente necesario.

—¿El tiempo necesario?

—Miguel Ángel, no bebas más, anda, que ya estás muy espeso. Pienso jugar a lo que ella ha jugado conmigo desde que nos casamos. La voy a chantajear. O se divorcia de mí o me voy a los periódicos a contarle todo. Su amiguito aspira a ascender a obispo. ¿Crees que podría hacerlo si un escándalo así sale a luz?

—¿Y Obdulia consentirá ser la amante del obispo? Creía que era más ambiciosa.

—¿Aún más?

—Hombre, una relación como esa nunca podrá hacerse pública, no me parece que con ser la «mujer extraoficial» vaya a conformarse.

Jorge volvió a prorrumpir en carcajadas.

—¡Pues tampoco podrá ser la oficial! —dijo riéndose de nuevo—, además, no creo que él le gustara tanto si no tuviera un cargo —añadió—. Esa es otra de las cosas que siempre me ha reprochado a mí, que no tuviera aspiraciones más elevadas.

—Los militares también podrían hablar —dijo Miguel Ángel después de dar un sorbo al whisky y paladearlo.

—No creo que eso suceda, me parece que de ellos podrá encargarse él solito. En cambio, de mí...

—Eso invalidaría el contrato matrimonial a tu favor. ¿Volverás con Margarita?

Jorge se acabó el whisky de un trago.

—No nos precipitemos, quiero dar un paso detrás de otro. Esta vez voy a hacer las cosas bien; como debí hacerlas desde el principio.

CAPÍTULO 21

Después de casi dos meses de trabajar en el despacho, a Lucía le parecía que no había hecho otra cosa en toda su vida. Se sentía tan a gusto con Magdalena, y le gustaba tanto lo que hacía, que el trabajo no le resultaba para nada pesado.

Tenían una pequeña cocina en la que siempre había café preparado; ambas coincidían allí en más de una ocasión, aunque era más frecuente que lo hicieran cuando Patricia estaba en la oficina. Había cogido la costumbre de traer pastelillos para acompañar el café, algunas veces eran *cremadillos*, otras *robiols*[4], *ensaïmades*[5] de crema o de albaricoque... Cualquier cosa que se le ocurriera, pero siempre dulce.

Esa tarde estaban las tres sentadas comiéndose unos *croissants* de chocolate cuando Patricia dijo:

—Le di el número de teléfono de Lucky a una compañera del hospital. Necesita podar unos ficus que invaden la calle o la van a multar.

—¡Ostras! ¿Qué pasa con las enfermeras del hospital, todas tienen jardín?
Patricia se puso a reír.

—No, no todas, pero a la mínima que alguien insinúa que tiene que arreglar algo relacionado con la jardinería, le doy el número de teléfono de Lucky — contestó ufana.

La que se rio en esa ocasión fue Lucía.

—¿A ver si te van a mandar a tomar viento fresco? —le preguntó sin poder borrar la sonrisa de su cara.

—¡Uy! ¡Pues anda que no he tenido yo que comprar boletos de sorteos y cosas así para financiar los viajes de estudios de sus hijos! Y yo ni siquiera las obligo a comprar, solo les paso la tarjetita y les digo que Lucky es buenísimo...

—¡No sabes cómo te lo agradezco, Pati!

—¡Ni se te ocurra volver a empezar, que eres muy pesada!

En ese momento, y previendo que esas dos se volverían a enfrascar en una ronda de agradecimientos, Magdalena intervino.

—¿Y qué tal le va?

—¡Genial! —contestó Lucía emocionada—. ¡Mucho mejor de lo que esperábamos! Le molesta que no lo dejó conducir, se queja y rezonga, pero no pienso ceder en eso.

—¿Cómo se las apaña para ir a los sitios?

—Bueno, la verdad es que tenemos mucha suerte. Margarita lo acompaña arriba y abajo. De todas formas, le han salido varios trabajos en el pueblo o cerca y, si puede, va en bici. En principio, para lo que más lo contratan es para cuidado de piscinas, pero también se le da bien; como con la mecánica y las cosas técnicas se desenvuelve de maravilla no tiene mayor problema y, si algo no lo sabe, lo busca.

—¿Cómo hace si necesita buscar información? Dijiste que estaba aprendiendo a leer, ¿no? —intervino de nuevo Magdalena.

—Yo lo ayudo, aunque cada vez menos. Es un alumno muy aventajado, no me puedo imaginar dónde habría llegado de haber tenido la oportunidad de estudiar.

—¡Qué pena! —intervino Patricia—. Solo de pensar en la cantidad de vidas y talento perdido por la maldita malversación, ¡me pongo mala! Seguro que, si en sus países los recursos estuvieran mejor repartidos, no tendríamos que hablar de tercer mundo. Estarían a nuestro nivel... Bueno, al nivel de Europa, porque a nuestro pobre país, con tanta corrupción, ¡también ya le vale!

—¡Vaya! —suspiraron las otras dos.

Pasaron unos segundos enfrascadas cada una en sus pensamientos hasta que Patricia exclamó:

—¡No os podéis imaginar lo que me ha pasado esta mañana! Ha sido muy chulo.

—¡Uy, no empieces con cochinadas de enfermeras, de esas que te divierte tanto contar, que a mí me ponen los pelos como escarpías! —la interrumpió Magdalena.

Patricia le hizo una mueca, para reírse a continuación.

—¡Juro que no es nada asqueroso! ¡Es muy *guachi*, verás cómo os va a encantar!

—¡Cuenta, cuenta! —exclamó Lucía intrigada.

—¡Está bien! —añadió Magdalena, alargando mucho la e, como si le hiciera un favor a su prima al permitir que lo contara.

—Pues resulta —empezó la chica emocionada— que esta mañana estábamos a tope de trabajo, las auxiliares no daban abasto para hacer las higienes.

—¿Para hacer las qué? —inquirió Lucía intrigada.

—Lavar a los pacientes —contestó Magdalena, antes de que su prima pudiera meter baza—. Ya te acostumbraras a la jerigonza de enfermeras, ¡son muy finas ellas!

—Mira quien habla de jerigonza, con eso querrás decir que lo que vosotros habláis es asequible para la mayoría, ¿no? —Pero no la dejó contestar, siguió su historia justo donde la había dejado—. Bueno, pues, le he preguntado a un señor, creo que era suizo, muy agradable, siempre con su batín...

—Al grano, Pati, que te enrollas como una persiana —la urgió Magdalena.

—¡Pues no me interrumpas! Después soy yo la que se hace eterna, pero si tú no me dejas hablar tranquila...

—¡No os enfadéis! —atajó Lucía—. Estábamos con el señor suizo.

—Ya no sé ni qué decía —dijo Patricia. Después de hacer memoria durante unos segundos, continuó—: ¡Ah, sí! Le he preguntado a ese señor, el suizo, si

su esposa podía ayudarlo hoy en la ducha porque nosotras teníamos mucho trabajo y no creía que nos diera tiempo a hacerlo; y el hombre, ¡tan majo que es! —dijo ilusionada—, me ha dicho que claro, que sin problema.

Magdalena puso los ojos en blanco, pero no abrió la boca de nuevo, no quería que esa conversación se alargara hasta el día siguiente.

—Después, sobre la una, cuando yo estaba repartiendo la medicación, el señor se me ha acercado; usa caminador, y al principio he pensado «¿Dónde va este, quiere atropellarme, o qué?». Pero se paró a mi lado y me dijo, así con su pronunciación horrible: «Señorrita, ¡grracias, grracias!» —lo imitó—. «Mi mujerr, cuarenta años que no estarr conmigo en ducha!, ¡grracias!».

Las tres se echaron a reír sin poder parar.

—¡Madre mía! —exclamó Magdalena, tras conseguir coger un poco de aire—. ¡Lo qué habrán hecho estos en la ducha del hospital!

—¡No seas bruta! No ves que él casi no se tiene en pie —contestó, entre carcajadas, Patricia.

Seguían riéndose cuando se abrió la puerta de la entrada. Patricia intentó calmarse un poco y salió a atender a quien hubiese entrado. Magdalena y Lucía a duras penas habían acabado el cachondeo cuando entró de nuevo.

—Lucía, es tu padre, quiere hablar contigo —anunció seria.

La alegría se le congeló en el pecho a Lucía para transformarse en rabia al instante, pero tampoco era cuestión de dar el espectáculo delante de sus amigas; la educación que había recibido de su madre, tan estirada, pesaba de veras. De todas formas, la expresión de su cara decía a las claras lo que pensaba de esa visita. Salió a recibirlo con el ceño fruncido.

—¡Uy, la que se va a armar! —susurró Patricia a su prima.

—Esperemos que no, son gente civilizada...

—Pero es que Lucía está muy enfadada con su padre.

—¡Ay, deja, no seas pájaro de mal agüero! —cuchicheó Magdalena a su vez.

Lucía no se acercó a Jorge para darle un beso, como solía hacer antes, y la decepción del padre se reflejó en su rostro.

—Pasa al despacho, por favor —le espetó.

Él no contestó y la siguió al interior de su cubículo, estaba ocupado por una mesa moderna y dos butacas iguales que las de la entrada. Observó que Lucía no había colgado sus títulos, como hacía mucha gente. Tenía, en cambio, algunas estanterías con libros y dos macetas enormes: en una había plantada una kentia y en la otra, una dracena. Se veía que estaban muy bien cuidadas; Jorge supuso que Lucky iba a menudo al despacho, aunque sospechó que no eran las plantas las que lo impulsaban a hacerlo.

Una vez dentro Lucía no lo invitó a sentarse, se cruzó de brazos y elevó una ceja en un gesto que significaba «¿Y bien?».

—Hija —titubeó Jorge—, sé que lo he hecho todo mal; sé que piensas que soy el peor padre del mundo y, aunque suene manido, en mi defensa solo puedo decir que lo hice lo mejor que pude. Todo lo que he hecho ha sido mirando por el interés de los demás. Primero fueron tus abuelos, no podía dejarlos en la estacada; cuando tú naciste, todavía vivían. ¿Crees que me hubiese importado lo que pudiera hacerme tu madre, lo que pudiera contar de mí? ¡A mí no me importaba en absoluto!, pero tus abuelos se hubiesen muerto si hubiesen tenido que soportar tal escarnio.

Ella fue a contestarle de malos modos, pero él se lo impidió para seguir hablando.

—Cuando tú naciste y Margarita se alejó de mí, ya no tenía ningún motivo para irme de casa. Al contrario, tu madre, sin necesidad de cumplir ninguna de las amenazas que me había estado formulando durante toda su vida, me tenía más atado que nunca. Acomodarse a sus órdenes, como bien sabes, es más fácil que contravenirlas. Eso es lo que he estado haciendo todos estos años, intentar vivir sin muchos sobresaltos y lo más cerca posible de ti y de Margarita.

»El día que te peleaste con tu madre, si no salí en tu defensa fue

exclusivamente porque pensé, como hizo ella, que lo tuyo con Lucky solo era un encaprichamiento. Cuando os vi juntos en casa de Margarita me di cuenta de que no es así; me recordasteis lo que teníamos Margarita y yo, lo que perdí por no haber actuado de otra forma desde el principio. Te prometo que ahora lo haré todo bien, o como mínimo todo lo bien que pueda. No volveré a meter la pata, te lo aseguro, pero para eso te necesito, necesito que me ayudes a rehacer mi vida, que me enseñes a ser tan valiente como tú.

Lucía miró al suelo, no quería perdonarlo. La cabeza le decía que no lo hiciera, en cambio, el corazón le pedía a gritos que lo olvidara todo. Pensó en la famosa frase de Blaise Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no entiende» y, pese a que se había prometido a sí misma que no lo perdonaría, las ganas de abrazarlo superaban a las ganas que tenía de gritarle que todo lo había hecho mal. De todas formas, pensó, eso lo sabía él mejor que nadie.

Descruzó los brazos y los dejó sueltos a los lados del cuerpo, sin acabar de decidirse a abrazar a su padre, pero invitándolo con su postura a que lo hiciera él. Estaba a punto de llorar y no quería hacerlo. Jorge vio la contención en el rostro de su hija y en dos zancadas se situó ante ella y la abrazó; en ese instante, Lucía rompió a llorar.

—No llores, niña mía —le susurró él—. Las cosas cambiarán a partir de ahora. Lo prometo, te lo prometo.

La puerta se abrió y entró Lucky. Se había acercado hasta el despacho para ver a Lucía y Patricia le había dicho con quién estaba. No había perdido el tiempo en llamar antes de entrar. Cuando los vio abrazados, se alegró; él sabía bien cuánto echaba de menos Lucía a su padre, aunque ella no lo dijera en voz alta. A pesar de sentirse traicionada, lo quería mucho, y verse alejada de él la hacía sufrir.

Lucía no se había dado cuenta de su presencia, así que Lucky decidió salir sin hacer ruido; pero Jorge, que sí lo había visto, le hizo una señal para que se acercara a ellos. El chico lo hizo sintiéndose en parte un intruso. En cuanto se encontró a su lado, Jorge aflojó un poco su abrazo. Lucía, al notarlo, levantó

la cabeza; Lucky vio que estaba llorando y la atrajo hacia sí, con ternura.

—No te asustes —le dijo al hombre de su vida entre suaves hipidos—, estoy llorando, pero creo que es de alegría, más que nada.

Él la acunó entre sus brazos y ella se agarró fuerte a su cintura. Cuando se separaron ella se había serenado casi por completo.

Jorge, mucho más animado, le tendió la mano a Lucky; cuando este se la estrechó, tiró de él hacia sí y lo abrazó efusivamente, dándole palmaditas en la espalda. El pobre chico se quedó pasmado y miró a Lucía, que sonreía, divertida, elevando las cejas como si le estuviera diciendo «¿Qué le vamos a hacer?»

—Chicos, tenéis que ayudarme —dijo Jorge, una vez recuperada la calma—. Voy a pedirle a Margarita que se case conmigo.

—¿Qué? —exclamó Lucía.

—¿Cómo? —saltó Lucky prácticamente al mismo tiempo.

—¿Te vas a divorciar? —preguntó Lucía alucinada

—No, ha sido ella quien se ha divorciado de mí.

—¿Perdona? —exclamó Lucía incrédula.

—Incluso ha firmado un contrato privado en el que se compromete a no molestarnos en lo que le resta de vida.

—Papá, ¿qué le has hecho?

—¿Yo? —contestó él con pretendida inocencia—. Nada, todo se lo ha hecho ella solita. —Y dicho esto se puso a reír sin poderse contener.

CAPÍTULO 22

Lucía despertó abrazada a Lucky. «¿Por qué no ha sonado el despertador?», se preguntó algo desorientada. Alzó la cabeza para poder ver el reloj que descansaba sobre la mesilla de noche; enseguida se dio cuenta de que era domingo y se relajó. Apoyó de nuevo la cabeza sobre la almohada y se puso a rememorar lo que había sucedido la noche anterior.

Ella y Lucky se habían prestado a montarle una especie de trampa a Margarita. Le habían hecho creer que querían invitarla a cenar para celebrar que llevaban, ambos, tres meses trabajando por cuenta propia y con resultados espectaculares. En principio le habían dicho que irían a cenar al Club Náutico, pero ella se había negado en redondo.

—¡Quita, quita! —había exclamado la mujer algo picada—. Ya haré yo la cena. De algo me ha tenido que servir trabajar al lado de chefs de todas las cataduras durante casi sesenta años de servicio en una casa bien. No consentiré que gastéis tanto dinero solo por vuestro afán de agasajarme.

Esas habían sido sus palabras exactas. Un poco más y el plan que tanto les había costado elaborar entre su padre, Lucky y ella se iba al garete.

Margarita era la mejor persona del mundo, pero podía ser muy cabezona si se lo proponía y ese día se había propuesto que la pareja no derrochara sus escasos medios en ella. La pobre no tenía ni idea de que la bolsa que iba a soportar el gasto no era la de ellos dos, sino la de Jorge.

A pesar de sus quejas, y como parte del plan que Lucky y ella no habían contado a su padre, por la tarde había llevado a la Tata a la peluquería, con la

excusa de que tenía que ponerse guapa para ir a cenar. La había obligado a maquillarse y a hacerse la manicura y la pobre mujer estaba escandalizada, tanto por el dispendio como por lo tarde que se les había hecho.

Diciéndole que tenía que ir a buscar a Lucky al pueblo, Lucía dejó a Margarita frente a la puerta de un pequeño y afamado restaurante cercano a la Plaza de España, Casa Maruka. Los propietarios habían sabido reformar con gusto una casa antigua, la habían decorado de forma encantadora. Lucía había oído hablar tanto de él en el último tiempo que, una vez que Margarita había rechazado cenar en el Club Náutico, no había dudado en escogerlo a la hora de buscar un nuevo sitio.

Cuando llegó a Puipunyent puso en marcha la segunda parte del plan: llamar a Margarita.

—Tata, no te enfades con nosotros —le había dicho—, pero no vamos a ir a cenar contigo.

—¿Estáis bien? —había contestado la mujer, alarmada.

—Sí, sí, Lucky y yo estamos perfectamente —había respondido enseguida Lucía, que ya había previsto la posibilidad de darle a la pobre mujer un buen susto—. No te preocupes por nosotros, y tampoco te preocupes por la cena. Te aseguro que vas a estar muy bien acompañada. Lucky me dice que te mande un beso muy fuerte, y yo te mando otro.

Y había colgado.

Desde entonces no había podido dejar de pensar en cómo les habría ido a Margarita y Jorge en la cena; lo que se habrían dicho; lo que habrían hecho...

Esperaba que la Tata no se hubiese enfadado con ella, que todo hubiese salido bien y que, a esas horas y casi cuarenta años más tarde de lo previsto, Margarita y Jorge estuviesen prometidos.

Lucía no podía dormir; en cambio, Lucky, estaba seco como un tronco y ocupando casi la totalidad de la cama. No quería empezar a dar vueltas y despertarlo, así que lo besó suavemente y se dispuso a levantarse. Con un movimiento rápido e inesperado, él la cogió por la cintura.

—¿A dónde crees que vas? —la interrogó con voz soñolienta.

—No quería despertarte —le contestó en un susurro—, ya no tengo más sueño, voy a levantarme.

—No —dijo él—, te vas a quedar aquí conmigo, y vas a dejar que tu padre y Margarita duerman un rato más. Si te pones a hacer ruido por la sala, no podrán hacerlo.

—¿Mi padre y Margarita? —gritó ella.

—Vale, ahora seguro que ya se han despertado —añadió él en tono de fastidio y enterrando la cara en la almohada.

—¿Están aquí? —inquirió Lucía. Deshaciéndose del abrazo de Lucky, saltó de la cama.

—¿Quieres decir que no los oíste llegar? ¡Con el ruido que hicieron! Y después presumirás de que tienes el sueño ligero, *marmotilla* —le contestó él sin levantar la cara de la almohada.

—¿Cómo me has llamado? —Lucía volvió a la cama y se puso sobre Lucky. Empezó a hacerle cosquillas, el punto flaco que no hacía mucho había descubierto en su chico.

—¡Suelta, suelta! —gritó él entre risas.

Lucky se revolvió y, sin apenas esfuerzo, consiguió invertir sus posiciones, se colocó sobre Lucía y le sujetó los brazos sobre la cabeza.

—Me las vas a pagar —le dijo, con la voz enronquecida y mirándola a los ojos con intensidad.

Empezaron a besarse con pasión, pero a los pocos segundos Lucía se convirtió, de golpe, en un tempano de hielo.

—¿Qué pasa, amor? —le preguntó Lucky, mirándola fijamente.

Lucía estaba roja como un tomate y desvió la mirada, muerta de vergüenza.

—No puedo —susurró, al cabo de un rato, buscando los ojos de él de nuevo—. Mi padre está en la habitación de al lado.

Lucky elevó las cejas, interrogante; en su cara se podía leer con precisión un «¿En serio?».

—En serio, Lucky —contestó Lucía, sin necesidad de que él formulara la pregunta en voz alta.

—¡Oh, venga ya! A ellos no les importó en absoluto que tú estuvieras aquí anoche.

Lucía abrió los ojos como platos y volvió a ponerse colorada.

—¡Mientes! —exclamó al fin, poniéndose a reír—. No lo hicieron. Margarita sabe que podemos oírla hasta cuando da vueltas en la cama. Por eso nosotros siempre vamos con tanto cuidado.

—Primero, yo nunca miento, ya te lo he dicho en más de una ocasión; y segundo, tú duermes tan profundamente que, si la casa se cayera, ni te enterarías, y eso lo saben tanto tu padre como Margarita.

Esa vez el sonrojo de Lucía no tuvo fin. ¿Su padre y Margarita? ¿En la habitación de al lado? ¡Por Dios! Todas esas preguntas acudieron a su mente en décimas de segundo. Lucky se echó a reír al ver lo incómoda que ella estaba y tuvo que hacerse a un lado.

—¡No hace falta que te rías! No podré salir de aquí y enfrentarlos nunca más.

—Sí podrás —contestó él—. De hecho, lo estás deseando desde que te he dicho que estaban aquí. Venga, levántate y vete a la cocina, Margarita te está esperando.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió ella, asombrada por enésima vez de que Lucky tuviera un oído tan fino.

—Es lo que tiene vivir al límite —contestó él dándole un beso suave—. Aprendes a discernir los sonidos y saber de dónde vienen. O eso, o tengo un súper poder, que también sería chulo...

Ella le dio un manotazo y se levantó. Se puso el pijama, que ninguno de los dos usaba más que para salir de la habitación, y se dirigió a la puerta.

—¿Solo está Margarita fuera? —preguntó.

—¡Que sí! —dijo él alargando la i—. ¡Qué pesada eres!

Lucía salió a la sala sintiendo mariposas en el estómago, igual que si

hubiese sido a ella a quién le hubieran pedido la mano. «A decir verdad, cuando Alberto me pidió que nos casáramos, no estaba tan contenta como hoy», pensó.

Margarita estaba en la cocina, con la puerta de la nevera abierta. Canturreaba mientras iba sacando cosas para preparar, aparentemente, el desayuno para un regimiento. Lucía se acercó por detrás y le dio a conocer su presencia, no quería que con el susto a la Tata se le cayeran los huevos que tenía en la mano.

—Buenos días —dijo alegre—. Te veo muy feliz esta mañana, Tata.

La mujer entrecerró los ojos y la miró con cara de pretendido enfado.

—Tengo que hablar contigo muy seriamente, señorita —le dijo—. Casi me matas de un infarto anoche. Creí que tú y Lucky habíais tenido un accidente o algo por el estilo.

Lucía se echó a reír.

—Esa era la parte que menos me gustaba del plan, ya veía venir que pensarías eso. Pero te prometo que no encontramos otra forma de hacerlo —contestó Lucía haciendo una especie de puchero muy gracioso.

Margarita la miró de refilón, aún con cara amenazante, pero soltó los huevos en la encimera y abrazó, efusiva, a su niña.

—¿Eres feliz? —preguntó Lucía cuando se separaron.

—Muy feliz.

—¿Me contarás cómo se declaró? —preguntó pícara.

—Eres una maquinadora y una cotilla, no sé si te lo mereces —respondió la mujer con una sonrisa de oreja a oreja.

—Venga, siéntate, ya preparo yo el desayuno y así me hago perdonar —le espetó Lucía, cogiéndole a Margarita la sartén de las manos.

—Tiene razón Lucky.

—¿En qué? —preguntó la chica, mientras se dirigía hacia los fogones.

—En que cuando quieres eres una zalamera.

Lucía estalló en carcajadas.

—Sé hacer cualquier cosa si me lo propongo —le dijo, señalándola con un dedo al tiempo que le guiñaba un ojo—. ¡Y lo sabes!

—Pero qué payasa eres —le dijo Margarita que se desternillaba al verla. Cuando se calmó un poco continuó—: ¿Qué quieres que te cuente que no sepas? Si es que todavía no me explico cómo montasteis este follón.

—¡Ay, Tata, no seas aburrida! Solo fue para darle más emoción a la cosa. —A continuación, la señaló de nuevo con el dedo diciendo—: Y me lo tienes que contar todo, desde que yo colgué el teléfono ayer hasta que has salido por esa puerta hace un rato. ¿Se puso de rodillas? —Lucía no podía parar de hablar, apenas dejaba que la protagonista de ese día metiera baza.

—Sí —dijo la mujer hablando muy flojito—. Delante de todo el mundo, menuda vergüenza pasé.

La chica se puso a reír de pura alegría. Es ese momento se abrió la puerta de su habitación y Lucky salió por ella. Al verlas en la cocina lo primero que hizo fue extender los brazos, con una sonrisa de oreja a oreja, para abrazar a Margarita.

—Enséñame ese anillo que te ha esperado durante tanto tiempo —le dijo en cuanto la soltó.

Margarita alargó la mano, no sin cierta timidez.

—Soy muy mayor para ponerme colorada por estas tonterías —afirmó con los ojos brillantes—, pero ¡qué demonios! Con lo afortunada que me siento, no voy a dejar de presumir.

Los tres se estaban riendo de esas últimas palabras cuando el que salió de la otra habitación fue Jorge. Carraspeó un poquito, avergonzado también, preguntándose cuánto habrían oído su hija y su yerno durante la noche.

Lucky se acercó a él.

—Enhorabuena —exclamó tendiéndole la mano, mientras Jorge la atrapaba entre las suyas efusivamente.

Lucía también se acercó a su padre y lo abrazó.

—¿Al fin tienes lo que tanto has deseado? —preguntó mimosa.

—Todavía no acabo de creérmelo, cariño —le contestó él, besándola en la frente.

Se separó de su hija y sin perder tiempo se acercó a Margarita. La tomó entre sus brazos mirándola a los ojos. Retuvo un suspiro en el pecho y la besó con arrobo. Los vítores de Lucky y Lucía no se hicieron esperar.

—¡Vosotros dos, callaros! Yo he estado aguantando vuestros arrumacos durante tres meses y no me habéis oído quejarme ni una sola vez. ¡Así que ahora no me vengáis con tonterías! —los riñó. Después se puso de puntillas y besó a Jorge. Al fin era libre para demostrar su amor ante la gente y no pensaba dejar escapar ni una sola oportunidad de hacerlo.

Lucky se acercó a Lucía y la abrazó. Estaba tan feliz en esos momentos que le parecía que el corazón le iba a estallar en el pecho. Sabía que la felicidad era esquiva, que seguramente pasarían por épocas peores que esa. «¡O a lo mejor, no! —pensó—. Lo importante es disfrutar en cada momento de lo que uno tiene, y ¡tú has conseguido mucho más de lo que hubieras podido imaginar!», se dijo. Miró hacia arriba, como si pudiera ver el cielo sobre el techo de la casa, y agradeció al universo que lo hubiera hecho tan afortunado.

EPÍLOGO

Margarita intentó no hacer nada de ruido y se acercó a la cama en la que dormían María y Andrew, los gemelos de Lucía y Lucky. La pareja había querido pasar un fin de semana romántico, en algún lugar apartado, y los habían dejado en casa de la Tata la tarde anterior.

La mujer oyó ruido a su espalda y giró la cabeza para ver cómo Jorge entraba de puntillas.

—Son guapísimos, ¿verdad? —dijo él, cuando estuvo a su lado.

—No podía ser de otra manera, con los padres que tienen —contestó Margarita, amorosa.

—¿Cómo puede ser que se parezcan tan poco si son gemelos?

—¡Ay, Jorge! —suspiró ella—. ¡Que eso ya te lo ha explicado Lucía mil veces! ¡Que son mellizos, no gemelos! Eso quiere decir que son un par de hermanos que por casualidad han nacido en un solo parto, pero que podrían haber nacido con dos años de diferencia uno del otro.

—Pero aún así, son hermanos y no lo parece. María es rubia y tiene la piel más bien clarita. En cambio, él, a pesar de no ser tan negro como Lucky, es muy moreno.

—¡Eso a mí no me lo preguntes! Son cosas de la genética. Lo importante es que son dos niños preciosos, cariñosos y sanos, y que vamos a tenerlos para nosotros solos todo el fin de semana.

En ese momento, María abrió los ojos de par en par. Miró a su abuelo y a su Tata sin apenas verlos, estiró los bracitos y emitió un sonoro bostezo. Se puso

en pie de un brinco y se abrazó al cuello de Margarita.

—¡Buenos días! —dijo con la voz aun tomada por el sueño—. ¿Que hay para desayunar, Tata?

Después, se desasíó de la mujer y tiró los brazos al cuello de Jorge.

—Buenos días, abuelo, no me había olvidado de ti, ¿eh? —le dijo amorosa. El hombre se puso a reír.

—¡Eres tan zalamera como tu madre! —le dijo, besándola en el pelo.

—¡Abuelo! —contestó la niña, alargando la e, como si le hiciera un reproche—. Solo tengo seis años, aun no sé que *simifica* la palabra *calavera*.

Margarita y Jorge no pudieron evitar las carcajadas, no pretendían hacer tanto ruido, pero no pudieron remediarlo; eso hizo que Andrew abriera los ojos también. El niño no tuvo un despertar tan tranquilo como lo había tenido la niña y se puso a lloriquear y dar patadas cuando Margarita quiso calmarlo.

—Mamá siempre dice que a Andrew hay que darle su tiempo para que se despierte —sentenció la niña, con tonito de marisabidilla.

Jorge no podía borrar la sonrisa de la cara y volvió a besarla.

Cuando consiguieron que el niño se calmara y se integrara al mundo de los despiertos, fueron los cuatro hacia la cocina.

—¡Has preparado gofres! —gritó Andrew, a quien el olor del desayuno que tanto le gustaba había acabado de despertar.

Se sentaron a la mesa. Margarita no solo había preparado gofres, sino también zumo de naranja, huevos revueltos, tostadas y cualquier otra cosa que se pudiera encontrar en el buffet de un hotel bien surtido. Los niños y Jorge se relamieron ante los manjares que tenían delante de ellos.

—¡¿A qué hora te has levantado para preparar todo esto?! —preguntó Jorge, mirándola amorosamente.

—A la de siempre, solo que los otros días no cocino... —contestó ella, satisfecha por la alabanza velada de Jorge.

Después de casi ocho años de casados, aun no se acostumbraba a que fuera su marido, a no tener que verlo a escondidas, a poder disfrutar de su amor con

libertad. Vivían en la casa de Margarita, en Puigpunyent, porque ella se había negado a mudarse a una de las diversas, y enormes, casas que poseía Jorge. No había querido oír hablar de criados, ni cocineros, ni ayudantes; y, si se hubieran mudado a cualquiera de esos palacetes, no le hubiera quedado más remedio que aceptar que alguien la ayudase. Lucky y Lucía también se habían instalado cerca del pueblo, en la finca que fuera de la familia de Jorge durante generaciones. La casa había necesitado de una buena rehabilitación, pero Jorge los había ayudado, económicamente hablando, y el antiguo caserón se había transformado en una vivienda moderna y muy funcional, que no por eso había perdido sus raíces.

—Tata —dijo María, con la boca llena de gofre y sirope de chocolate—, ¿podremos volver a ver las fotos de la boda de papá y mamá?

—Claro —contestó Margarita con una gran sonrisa—. Pero primero tendrás que limpiarte bien la cara y las manos, no queremos que se manchen, ¿a que no?

—A mí no me gustan esas fotos, nosotros no salimos —dijo Andrew.

—¡Andrew! —replicó la niña con condescendencia—. Mamá te ha dicho mil veces que no salimos porque nosotros las hicimos.

El niño le sacó la lengua, no le gustaba nada que su hermana le hablara como si él fuera un bebé.

—¡Niños, niños! No os peleéis, no hace falta. Podemos ver las fotos que queráis y jugar a lo que más os guste. Hoy estáis de vacaciones en casa del abuelo y la Tata —dijo Margarita sonriendo.

Margarita cuidaba a menudo de los niños porque Lucía y Lucky tenían mucho trabajo. Lucky había aprendido a leer y a escribir a la velocidad del rayo, y lo primero que había hecho había sido sacar el carnet de conducir. La empresa que había montado había crecido tanto que enseguida necesitó ayuda. La Tata —porque ahora incluso él la llamaba así— lo había ayudado en la selección del personal y, por supuesto, había acertado en el noventa y cinco por cien de las elecciones.

En cuanto a Lucía, los inicios habían sido bastante duros. Tanto ella como Magdalena trabajaban muchas horas, para apenas cobrar el sueldo base. Pero con el tiempo se habían hecho un nombre y en esos momentos estaban pensando en contratar a un cuarto abogado.

—Ya tengo las manos y la boca limpias, Tata, ¿saco el álbum?

—Sí, sácalo mientras el abuelo y yo terminamos de recoger todas las cosas del desayuno. Ahora mismo voy.

La niña cogió el reportaje fotográfico de la estantería y se sentó en el sofá de la sala con él sobre las rodillas, para esperar a que vinieran su abuelo y la Tata a verlo con ella.

Mientras, Andrew había salido como una bala al patio para revolver la tierra. Le gustaba decir que era jardinero, como su padre, y que pronto podría ir a trabajar con él.

—¡Qué guapa está mamá en todas las fotos! ¿A que sí, abuelo?

—Tu mamá siempre está muy guapa, aunque no vaya tan elegante como en estas fotos —contestó Jorge, imbuido de amor por su hija.

—¿Y papá? Mamá dice que el traje le queda *espertacular*, que debería llevarlo cada día, pero yo le digo que se ensuciaría mucho si trasplantara plantas vestido así.

Margarita y Jorge se pusieron a reír ante la ocurrencia de la niña. Era una sabihonda, como decía su madre, pero era adorable.

—¡Y aquí se dan un beso! —añadió con una risilla pícara.

Margarita miró la foto con intensidad. Pensó que Lucía y Lucky seguían tan enamorados como al principio de su relación. Cualquiera que los observara bien se daría cuenta de que no podían estar mucho tiempo separados y, cuando estaban cerca, se tocaban o se rozaban disimuladamente siempre que les era posible; no habían dejado de hacerlo nunca.

«¡Qué chasco nos llevamos con Alberto! —pensó Margarita, como siempre hacía cuando salía a relucir la boda de Lucky y Lucía—. Él, que se quejaba de que Lucía había dado de qué hablar, al final, ¡va y se larga con la

estriper!». Le entró la risa al pensarlo; sobre todo al recordar que a la madre del chico la habían tenido que ingresar en un centro de *reposo espiritual*; Margarita estaba segura de que eso no era más que un eufemismo para decir que había ido a parar de cabeza a algún hospital psiquiátrico. «¡Hombre, es que a mí también me habría dado algo si mi hijo hubiera hecho un desfalco como el que hizo él!». Se puso a reír en voz alta y Jorge la miró extrañado. Ella le hizo una señal con la mano, haciéndole entender que se lo explicaría más tarde.

Pensar en Alberto la hizo pensar también en *doña* Obdulia –Jorge se reía de ella cuando la oía llamar a su exmujer *doña*, pero Margarita le contestaba que había costumbres muy difíciles de perder–. A Margarita le constaba que Lucía y Lucky la habían invitado a la boda, igual que le habían hecho llegar la noticia del nacimiento de los gemelos; pero la *señora* no se había dignado a aparecer, ni a ponerse en contacto con ellos para ninguno de los dos acontecimientos. Si hubiese sido por Lucía o por su padre, no le hubieran avisado en la primera ocasión, y mucho menos en la segunda; pero Lucky insistió, alegando que él no tenía familia y que lo apenaba que Lucía perdiese parte de la suya por su causa. Tuvieron que enterarse por la prensa que, al final, unos paparazis habían fotografiado a Obdulia y al vicario en actitud poco decorosa, en la piscina de un hotel muy lujoso de Mónaco. «¡Mira que se habían ido lejos!», pensó. Se le ocurrió que toda la situación era muy estrafalaria; ni en mil años hubiera podido imaginar que una cosa así pudiera suceder. «¡Es que al final será cierto eso de que la realidad siempre supera a la ficción!», se dijo.

Aunque las pesadillas de Lucky aún hacían acto de presencia de vez en cuando, cada vez eran menos frecuentes y solían coincidir con épocas de mucho estrés. Al chico lo había ayudado poder hablar con otros migrantes sobre su viaje y también el hecho de haber entrado como voluntario en la Cruz Roja. Al sur de Mallorca, en la zona de las playas de Santanyí y Ses

Salines, a veces llegaba alguna patera y lo llamaban, sobre todo, para que acudiera a hacer de intérprete; debido a los años que había pasado viajando por África podía entenderse con muchos de los que llegaban. Incluso había tratado de encontrar a su hermana, pero hasta el momento todas las averiguaciones que había hecho habían sido infructuosas.

El niño entró y la sacó de su ensimismamiento. Iba cubierto de tierra de la cabeza a los pies y Margarita se maravilló de que hubiera sido capaz de ensuciarse tanto en tan poco tiempo.

—¡Tata, Tata! —gritó—. Ya ha nacido el girasol que plantamos, ¡ven a verlo!

Margarita miró a Jorge con satisfacción mientras se levantaba del sofá. Tenía todo lo que había deseado en su vida; lo tenía y lo disfrutaba cada día, atesorando cada segundo como una piedra preciosa.

Cada vez que pensaba en ello, estaba más convencida de que Lucky le había traído suerte a ella y a los suyos. Él era sin duda quién había llevado la fortuna a sus vidas y le estaría eternamente agradecida por ello.

NOTA DE LA AUTORA

En esta novela he intentado hacer un pequeño acercamiento al drama de la migración, pero en ella solamente puede vislumbrarse la punta del iceberg.

Para los que quieran saber más, hay libros sobre el tema escritos por migrantes subsaharianos (por ejemplo: los del senegalés Mamadou Dia y los del gambiano Kalilu Jammeh), así como innumerables testimonios en Internet, que reflejan, mucho mejor de lo que yo lo he hecho, su día a día y su lucha por llegar a nuestro mal denominado primer mundo.

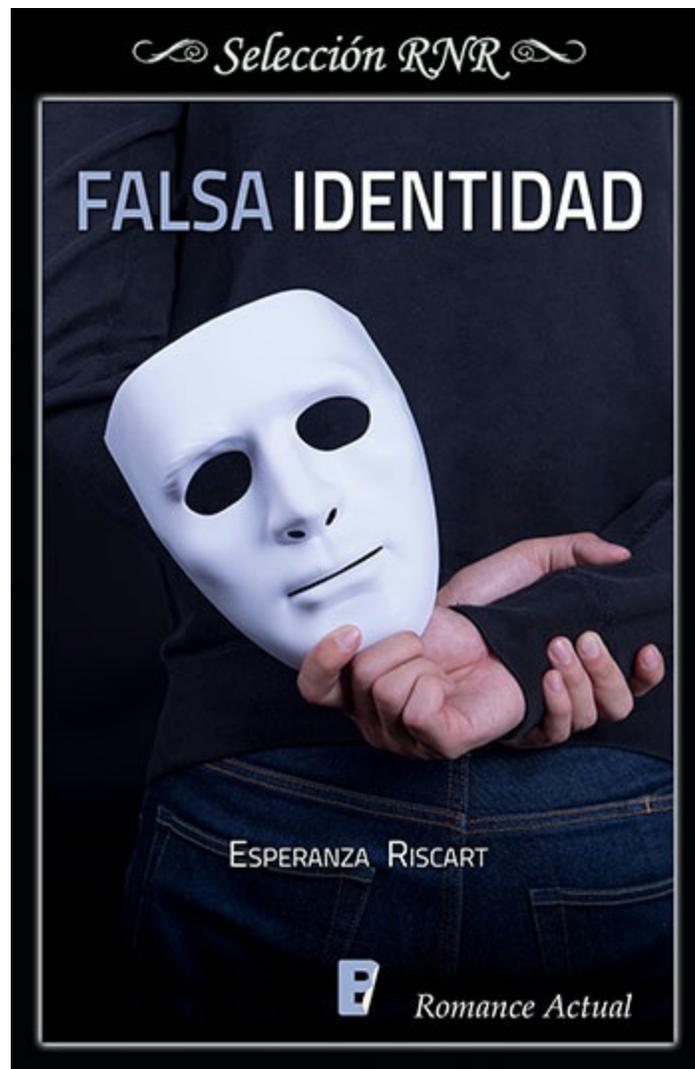
Si te ha gustado

Quédate en mi vida

te recomendamos comenzar a leer

Falsa identidad

de *Esperanza Riscart*



CAPÍTULO 1

La intervención resultó un éxito a pesar de que el crío ingresó con tal grado de deshidratación que algunos de sus órganos comenzaron a fallar, por lo que habría que esperar su evolución en las siguientes cuarenta y ocho horas antes de comunicarle a la familia que su vida no corría peligro. En casos como este, su experiencia le decía que debía ser cauta, aunque estuviera convencida de que el chiquillo de doce años iba a salir de esa. Pero un simple resfriado o una infección hospitalaria podrían complicar su mejoría y no se arriesgaría a ofrecer a los padres, por muy desesperados que estuvieran, un diagnóstico más favorable tan solo por el hecho de tranquilizarlos. De hecho, después de la negligencia que habían cometido respecto a los síntomas que presentaba su hijo, se merecían un buen escarmiento.

Ni siquiera habían llevado al crío a una consulta ambulatoria después de presentar un cuadro clínico de vómitos y fiebre durante tres días. Quizás, en esos momentos, solo se tratara de una simple apendicitis que lo habría mantenido hospitalizado dos o tres días, pero se había convertido en una grave peritonitis de la que podía haber muerto en cuestión de horas si el médico de urgencias no hubiera intuido la gravedad del caso y no hubiera acelerado su ingreso. Por cierto, debía recordar preguntar quién era y pasar a felicitarlo por haber demostrado un magnífico instinto y por su pronta intervención. Al contrario de los padres por muy ucranianos que fueran.

No podía excusarlos ni siquiera por ser extranjeros, ya que contaban con un buen seguro médico que les cubría cualquier necesidad médica que precisara la familia. Así que no entendía los motivos de la dejadez y tardanza que casi acaba con la vida del niño.

En ese momento, recorría el solitario trayecto que había desde el quirófano hasta la sala de espera donde suponía los encontraría. Antes de abrir la puerta de acceso al pasillo, entró un instante en un aseo a arreglarse el pelo; no lo

había hecho después de quitarse el gorro del quirófano y odiaba presentarse ante la gente con aspecto descuidado, algo que suponía daba mala impresión, ya que era lo que le sugería a ella cuando era otra persona la que se mostraba con aparente dejadez. Tantos años viviendo en el seno de una familia conservadora la habrían marcado de algún modo y ese detalle superficial era uno de los muchos a los que no le daba importancia.

Frente al espejo se soltó el pelo y se lo arregló con los dedos, para luego dejarlo caer en suaves ondas pelirrojas sobre sus delgados hombros. En ese instante pensó que no tenía mal aspecto después de llevar más de diez horas trabajando y haber asistido a dos estresantes y, por ello, agotadoras intervenciones quirúrgicas. Se estaba recuperando, después de dieciocho meses su aspecto había mejorado de forma considerable y se parecía más a la mujer que había sido hasta que... no. No era el momento oportuno de permitir la entrada al pasado. Julia había decidido hacía unos meses vivir el presente, sin ayer, sin mañana, solo existiría el hoy. Y prefirió fijarse en las graciosas pequitas que se dibujaban sobre su nariz y parte de sus mejillas por no haber usado protección solar alta el sábado anterior durante su partido de tenis contra su colega Curly. Pero tampoco le afeaban el rostro, por el contrario, a ella siempre le habían gustado porque le daban un aspecto juvenil que a sus treinta y tres años, después de tanto sufrimiento, humillación y vergüenza no le venía mal y, sobre todo, porque sus pacientes, sus niños, como les gustaba llamarlos, la llamaban la doctora hada y la convertía en la médico favorita de la planta de pediatría. Y ese era en realidad su aspecto, el de un hada, quizás bonita, pero también graciosa y simpática que incluso parecía feliz, aunque, solo lo fuera en su trabajo.

En cuanto abrió las puertas de la sala de espera, un par de hombres enormes que la sobrepasaban en más de veinte centímetros, de gran parecido físico entre ellos y algo mayores que ella, supuso, le salieron al paso. Tras ellos, dos mujeres de edad similar a la de los hombres, una de ellas rodeando a la otra por un hombro, casi arrastrándola, los seguían.

—¿Cómo está, Demyan? —preguntó el de pelo castaño, lacio y largo hasta la altura de las orejas—. ¿Cómo ha salido de la operación? —Insistió en inglés con claro acento de la Europa del Este.

—¿Es usted su padre? —Cuando el hombre asintió, ella tendió su mano y se presentó sin dejar de mirarlo a los ojos—. Soy la doctora Templeton, la pediatra que se ocupa de su hijo. —Julia observó cómo las mujeres permanecían detrás de los hombres e insistió en conocer a la madre—. ¿Y la madre de Demyan? —Los hombres tardaron unos segundos en reaccionar, pero se separaron y permitieron que la madre del niño se presentara.

—Ella es mi mujer, Kateryna. Apenas habla inglés, aunque lo entiende bien.

Julia suspiró asintiendo a la vez que se preparaba para comunicar el diagnóstico y agasjarlos con una buena reprimenda.

—Aunque el resultado de la operación ha sido favorable, la infección es bastante importante. Su estado es delicado debido al alto nivel de deshidratación con el que ingresó. —Un gemido de la mujer le hizo entender que había comprendido la gravedad de la situación—. Su hijo permanecerá cuarenta y ocho horas en cuidados intensivos y no podrán entrar en contacto con él. Debe permanecer aislado hasta que logremos controlar la infección y, de este modo, evitaremos cualquier riesgo de contagio que empeore su delicado cuadro clínico. Además, su función renal es deficitaria y, en cuánto se recupere de la cirugía, realizaremos un estudio preciso de los riñones que puede que se estabilicen de forma natural, dada la edad de Demyan, pero no debemos confiarnos.

La mujer más afectada preguntó algo en su idioma y la otra tradujo sus palabras.

—Quiere saber si el niño está sufriendo.

—Permanecerá sedado para evitarle cualquier dolor o que se ponga nervioso al verse aislado y solo, pero...

—¿Su vida corre peligro? —La interrumpió el angustiado padre.

—Señor, Shevchenko. Señora —añadió dirigiendo una leve inclinación de cabeza a la mujer que se mostraba más compungida que suponía era la madre—. La gravedad de su hijo se debe a la tardía intervención quirúrgica. No entiendo que no hayan llevado a Demyan antes a una consulta médica. Según han comunicado en la entrevista de la administración, el niño ha estado con fiebre, vómitos y con fuertes dolores abdominales tres días y ustedes ni siquiera lo han llevado a una consulta ambulatoria. No alcanzo a comprender esa negligencia cuando cuentan con un ostentoso seguro médico que cubre cualquier gasto sanitario que necesiten.

Para sorpresa de Julia, la señora apenada y encorvada bajo el peso de sus hombros, doblegada por el dolor, se estiró cual alta era, cambió su gesto de sufrimiento por uno de furia y de odio en el que mostraba todos sus dientes blancos y grandes, miraba a su marido o al padre del niño con ojos enloquecidos, lo señalaba con su tenso dedo índice y se encaraba contra él. Comenzó a hablar con una rabia contenida que Julia jamás había visto en otra persona y, sin dejar de clavar con fuerza su delgado dedo en el pecho de su marido, parecía maldecirlo una y otra vez hasta que él salió de su asombro y respondió con un lenguaje corporal cargado de los mismos sentimientos.

Aunque no entendiera el idioma, Julia comprendió la situación; la mujer lo culpaba, y no solo por el estado de su hijo. En ese momento lo juzgaba por todos los problemas y todos los sufrimientos que le causaba a ella y ahora podía añadirle a la larga lista de reproches la posible pérdida de lo único que, quizás, le quedaba de su matrimonio, su hijo. Estaba convencida de que la conversación o, más bien, la discusión entre ellos podría traducirse en esos términos.

Julia observaba la escena que parecía transcurrir en cámara lenta, aunque discutieran sin escucharse el uno al otro y no entendiera ni una sola palabra, estaba avergonzada por el espectáculo que contemplaba, por considerarlo algo demasiado íntimo como para descubrirlo ante una extraña. A la vez intentaba no perderse ni una sola escena, ni un solo gesto, dominada por la

morbosidad que la violencia que demostraba la pareja le provocaba. Veía como el odio, el resentimiento y el rencor eran las armas que dos personas usaban contra ellas en una situación problemática en la que estaba en juego lo más valioso de ambas. Ni siquiera ese hecho servía para unir lo que ya parecía roto, destrozado, aniquilado. Hasta que una sola palabra, que tampoco comprendió, los obligó a guardar silencio. Las cuatro personas enmudecieron, ella más aún de lo que ya estaba, y giraron sus cabezas hacia la procedencia de la voz grave y masculina que acababa de conseguir el silencio, hacia el hombre de pelo negro y rostro formado por líneas rectas que había terminado con la discusión.

Pero la desesperación de la madre de Demyan debía ser superior al temor que esa voz pretendía sembrar porque a los pocos segundos, su dedo enjuto, tieso y de final rojo sangre se dirigió hacia él, al igual que la rabia, el odio y el resentimiento, y recibió lo que Julia creyó una enormidad de maldiciones en forma de palabras, bañadas por salpicaduras furiosas de saliva, acompañadas por miradas rencorosas y escoltadas por venas y tendones hinchados en la garganta de la mujer que continuó desahogando su miedo y su dolor ahora en contra del otro hombre. Puede que considerara a todo el género masculino cercano a ella culpable de sus desgracias y, dada la espectacular y dramática actuación de la señora, Julia estaba convencida de que tendría alguna razón.

Mientras el marido intentaba sujetarla y la mujer que la acompañaba calmarla, haciéndole sugerencias en voz baja, la madre enmudeció de repente y se desmayó. El hombre de pelo negro demostró no guardarle rencor por su comportamiento y, con un rápido movimiento, la sujetó antes de que cayera al suelo y se golpeará.

—Creo que puede necesitar asistencia médica —dijo el hombre del pelo negro mirando a Julia que permanecía aún inmóvil como si estuviera sentada cómodamente en una butaca de cine—. Parece estar sufriendo un shock.

Julia reaccionó como la excelente médica que era y atravesó las puertas que

aislaban la sala de espera. A los pocos segundos, reapareció con una camilla empujada por un celador. Entre los dos familiares tumbaron a la mujer que aún no había vuelto en sí y, en cuanto se dirigieron hacia una sala de exploración, pidió la compañía de uno de los miembros de la familia.

—Alguien debería acompañarla. No creo que sea buena idea dejarla sola cuando despierte. —El marido dio un paso adelante—. No. Creo que será mejor que me acompañe la señora. —Exigió Julia alzando su mano. La mujer dudó, miró a ambos hombres y cuando ellos asintieron, se acercó a la médica—. ¿Habla usted mi idioma? —preguntó Julia dulcemente. La mujer asintió—. Entonces, acompáñeme.

Mientras seguían a la camilla, Julia interrogó a la angustiada mujer.

—¿Es familiar suyo?

—Es mi hermana —contestó con el mismo acento que los hombres—. Ella... Ella no es así. Debe disculparla. Pero estaba muy preocupada por Demyan. Quiere mucho a su hijo y a su marido.

—Lo imagino —respondió Julia mientras comenzaba la exploración—. ¿Se llama Kateryna?

—Así es. Y yo soy Mariya.

—Dele la mano a su hermana, Mariya. Le hará bien sentir el calor de alguien querido.

Después de realizar el examen pertinente, Julia puso una intravenosa en el brazo de Kateryna e inyectó un calmante suave en la bolsa de suero. Cuando despertara, necesitaría tranquilidad y afecto. Observó un instante a ambas mujeres y reconoció el parecido que existía entre ellas. Las dos rubias y de enormes ojos azules almendrados. No eran guapas, resultaban más bien exóticas, pero sus rostros eran duros y fríos.

—¿Por qué su hermana no llevó a Demyan a un consultorio médico?

—Su marido, Fedir, le dijo que esperara a que él llegara a casa. Está trabajando fuera de la ciudad esta semana y creyó que Kateryna exageraba.

—Demyan podía haber muerto si hubiera tardado un par de horas más en

ser ingresado.

—Eso dígaselo a él. Siempre cree que mi hermana actúa para llamar su atención. Aunque Kateryna y Demyan no lo merezcan, Fedir merece un escarmiento como este. —Al menos quiere mucho a su hijo y sentirá remordimientos por ser el causante de la gravedad de su enfermedad —aclaró sin disimular el desprecio que sentía por su cuñado, o eso aparentaba en esos momentos. Julia no se había equivocado al interpretar la ininteligible discusión—. Es un hombre muy dominante y, desde que trabaja para su primo Marko, pasa demasiado tiempo alejado de su hogar, de su mujer y de su hijo. Mi hermana no lo lleva bien, aunque reconoce que su situación económica ha mejorado mucho, no quiere que su marido pase tres o cuatro días fuera de casa. A saber lo que hará en compañía de Marko. Porque no todas las horas del día las pasarán trabajando, supongo.

—Habla usted muy bien mi idioma. —La interrumpió Julia que comprendió que Mariya desvelaba demasiado sobre la intimidad del matrimonio de su hermana y quizás a esta no le pareciera bien.

—Estudié en Kiev durante tres años y trabajé en la embajada inglesa de administrativa, lo que me resultó de gran utilidad para perfeccionarlo.

—Demyan —murmuró Kateryna volviendo en sí y captando la atención de Mariya—. Demyan.

Mariya tranquilizó a su hermana que, mientras recobraba la conciencia, le contaba lo que le había sucedido. A los pocos minutos, Kateryna se había recobrado y Julia le pidió a la hermana que fuera a comunicárselo a su cuñado.

—Preferiría que lo hiciera usted. No me apetece hablar con él.

—Está bien. —Asintió Julia y se encaminó de nuevo a la unidad de cuidados intensivos con la intención de revisar a Demyan después de aconsejarle unas instrucciones a la enferma.

De nuevo en la sala de espera, Julia encontró a los dos hombres. Shevchenko estaba sentado, ocupando casi dos sillas, con los codos apoyados

sobre los muslos largos de sus piernas y la mirada en el suelo. Su acompañante hablaba por teléfono, susurrando, y no la perdía de vista. Julia se sintió vigilada e intimidada en el instante en que sus miradas se cruzaron. Fedir se levantó y fue a su encuentro.

—Su mujer está bien. Ya ha recuperado la conciencia, le hemos inyectado por vía intravenosa un calmante suave, pero permanecerá un par de horas en observación.

—¿Mi hijo? —preguntó visiblemente angustiado.

—Estable. Debemos estar contentos porque no empeore. Su estado continúa siendo grave. Y le aconsejo, señor Shevchenko, que si se le presenta otro incidente de esta magnitud, no tarde tres días en acudir a un médico. Su hijo podía haber muerto en cuestión de horas. Ha sido una negligencia de su parte.

—Mi mujer, a veces, se comporta como una histérica. —Se justificó con desagrado y desesperación—. No sé cuándo exagera o cuándo dice la verdad. Además, su hermana se entromete demasiado en nuestras vidas.

—No voy a inmiscuirme en su matrimonio. Pero, si se trata de su hijo, dele un voto de confianza a su esposa. Le repito que el niño podía haber muerto, era su vida la que estaba en juego. Ahora tendremos que esperar cuarenta y ocho horas antes de descartar cualquier complicación.

—Lamento lo sucedido, doctora. —Se disculpó con sinceridad—. Habrá resultado un espectáculo bochornoso para usted.

—Cosas así ocurren en momentos de tensión, puedo justificarlo. Ahora me despido de usted; mi turno ha acabado. Puede preguntar por el estado de Demyan al doctor Curly. En caso de empeoramiento o necesidad vendrían a avisarle. Mañana estaré aquí a las nueve de la mañana, pero permaneceré localizable en todo momento por si surge alguna complicación.

—Muchas gracias. —Y tendió su mano en lo que Julia interpretó como un gesto de paz y de agradecimiento que ella aceptó—. Y de nuevo le ruego que acepte mis disculpas.

—Hasta mañana. —Y se marchó por las mismas puertas que había entrado.

Julia se despidió de las hermanas y repitió las mismas palabras que le había dicho a Shevchenko sobre las circunstancias de su hijo. Luego se dirigió una vez más a comprobar el estado de sus dos pacientes más graves, quienes permanecían estables. Mantuvo una breve conversación con su colega Curly y entró en su consulta donde se quitó la bata y los zuecos, se calzó las botas de agua, cogió su anorak, su bolso y su maletín con el ordenador donde archivaba los historiales de todos sus pacientes y fue hacia la salida.

No era muy tarde, aún no eran las siete, y no llovía. Así que decidió ir caminando en vez de coger el metro o un taxi. Necesitaba despejarse, liberar la mente y la tensión con una larga caminata urbana.

Era martes, por lo que tocaba cenar en su restaurante japonés favorito, el Akemi, al que acudía todos los martes que no estaba de guardia o de vacaciones desde hacía casi dos años y que regentaba, al que ya consideraba su amigo, Tatsu Hikari.

—Llegas tarde, doctora. —Le reprochó Tatsu sin mirarla cuando tomó asiento en la barra frente a la plancha donde cocinaba con una habilidad y con una delicadeza asombrosas.

—He venido caminando.

—¿Demasiado estrés? Tú siempre demasiado.

—Sí. Así es mi trabajo.

—Así lo vives tú —replicó en voz baja, solo para ella, mientras colocaba con delicadeza unas tempuras en un plato como si se trataran de una obra de arte.

—Tienes razón. —Reconoció Julia sonriendo y observándolo—. Te envidio, Tatsu. Has presentado en la barra tres platos mientras hablamos y sigues tan calmado como si estuvieras dormido.

—El trabajo es solo trabajo. Se hace lo mejor posible y solo afecta a tu cerebro y a tus músculos. Aprende eso de una vez. Tu corazón debe estar al margen, solo ponlo en lo que merece la pena.

—Mis pacientes merecen la pena. —Tatsu levantó la cabeza y la observó

durante un par de segundos—. Son niños.

—Doctora, tú necesitas amor. De hombre, de amigos, de familia. Tú no tienes nadie. —La señaló con un ancho cuchillo—. Tú, corazón vacío. Cero.

—Mi trabajo es importante para mí y para mis pacientes y consume la mayor parte de mi tiempo. —Insistió Julia sin perder la calma ni la sonrisa, encantada de filosofar con Tatsu—. Y tengo buenos amigos, no muchos, es cierto, pero son los mejores.

—Tú equivocas, doctora. Vida ser otra cosa y tú perderla. ¿Qué pasar a ti? —Y Tatsu sintió como el alma de Julia se encogía de golpe—. Algún día hablarás de eso. Debes expulsar el veneno, guapa doctora.

—Algún día tal vez termine por salir, aunque creo que lo voy consiguiendo. —Suspiró recomponiéndose y recobrando su buen humor—. Ponme de cenar, charlatán oriental. Hace horas que pienso más en tu sushi que en la medicina.

Tatsu le sonrió con la ternura que Julia le provocaba, le puso delante su botella de agua mineral y una copa brillante y comenzó a prepararle los bocados que a ella más le gustaban. Adoraba a esa mujer desde la primera vez que entró en su restaurante hacía un par de años, sola, perdida y con el sufrimiento grabado en sus magníficos iris verdes que le recordaban a los bosques montañosos de su país natal.

Ya había menos dolor en ella, pero un fuerte sentimiento de vergüenza la rodeaba y la aislaba del resto de las personas. Y aunque pareciera extrovertida, era incapaz de desahogar esas emociones que la consumían y la convertían en la persona solitaria que casi siempre demostraba ser.

Los pasos que damos nos llevan a veces a una vida que no habíamos imaginado...



Lucía es una abogada joven, que nunca ha trabajado porque ha llevado una vida de privilegios, durante la cual ha preferido seguir siempre los dictámenes de sus padres. Tras vivir un año en Boston, y conseguir su segundo máster en Derecho, regresa a Mallorca para cumplir con el plan establecido: casarse con el prometido que le eligieron y pasar a formar parte de ese grupo

de la sociedad en el que las mujeres solo se dedican a gastar dinero.

Lucky es un joven subsahariano cuya existencia ha estado plagada de horrores y dificultades. Tras bastante tiempo en España, ahora trabaja como jardinero en la casa de una de las familias más importantes de Palma de Mallorca. Tan introvertido como de buen corazón, dedica sus días a hacer su trabajo, con la esperanza de vivir una vida tranquila y sin sobresaltos.

El regreso de Lucía a Son Vida, la casa donde ha crecido, hará que los planes de ambos de desbaraten en el mismo momento en que sus miradas se crucen.

Maria Ferrer Payeras nació en Mallorca en 1973. De niña prefería pasar los días metida en su casa con un libro que salir a la calle a jugar. Con el paso del tiempo su pasión por los libros no ha disminuido ni un ápice.

Aparte de leer, sus mayores aficiones son hablar sin parar e inventar historias, la mayoría de las veces inverosímiles y exageradas, pero que por lo general se quedan cortas al compararlas con la realidad.

Es enfermera, trabaja en el Hospital Son Llàtzer de Palma, y en sus novelas suele aparecer siempre alguien desempeñando esa profesión.

En la actualidad vive en Ses Salines, Mallorca, con su marido y sus dos hijos, que son su alegría diaria.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Maria Ferrer Payeras

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-998-0

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

- [1] N. de la A.: Un Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE) es un establecimiento público de carácter no penitenciario donde se retiene de manera cautelar y preventiva a extranjeros sometidos a expediente de expulsión del territorio nacional.
- [2] N. de la A.: El NIE o número de identidad de extranjero es un código para la identificación tributaria de los extranjeros en España.
- [3] N. de la A.: Nombre que recibía Palma de Mallorca en la Edad Media.
- [4] N. de la A.: Pasteles típicos de Mallorca. Aunque son diferentes entre sí, pueden rellenarse de muchas cosas: crema, cabello de ángel, chocolate...
- [5] N. de la A.: Dulce típico de Mallorca por excelencia. También es uno de los *souvenirs* preferidos por los turistas.

Índice

QUÉDATE EN MI VIDA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE MARÍA FERRER PAYERA

CRÉDITOS

NOTAS